

A.C.N. DE P.

AÑO XXX

1 octubre - 15 octubre de 1954

NUMEROS 549-550

SUMARIO

I

LA PRENSA CATOLICA EN ESPAÑA

- 1.—Instrucción pastoral del Cardenal primado de 16 de junio de 1950 sobre el Día de la Prensa Católica.
- 2.—Instrucción pastoral de la Conferencia de Metropolitanos Españoles de 20 de julio de 1950.
- 3.—Síntesis del folleto "Prensa Católica", editado por la Junta Nacional del mismo nombre: Clases, fines. Necesidad y actuación de la prensa católica.
Organismos de prensa católica:
A) Junta Nacional de Prensa Católica: a) Creación; b) Misión. Oficina de Información y Estadística de la Iglesia en España. Agencia de Noticias Católicas.
B) Comisiones Diocesanas: a) Constitución; b) Misión. Aplicación de la colecta del Día de la Prensa Católica.

II

IV CONGRESO INTERNACIONAL DE PRENSA CATOLICA

- 1 Mensaje de Su Santidad de 29 de abril de 1954.
2. La misión de la prensa católica.
A) Salutación del padre Gabel, redactor jefe de "La Croix".
B) La prensa y la opinión pública en la Iglesia, por M. Roegel, redactor jefe de "Rheinischer Merkur".
C) La prensa católica al servicio de la Iglesia: difusión del magisterio de la Iglesia cerca de los creyentes y de los no creyentes, por M. Alessandrini, redactor jefe de "L'Osservatore Romano".
3. La prensa católica en el mundo.
A) La situación de la prensa católica en el mundo, por R. W. Kayserlingk, director de "The Ensinger" (Montreal).
B) La reconstrucción de la prensa católica en Alemania, por el profesor doctor Emile Dovifat (Berlín).
C) Algunos aspectos de la organización actual de la prensa católica en España, por A. González, director de "La Gaceta del Norte" (Bilbao).
D) El desarrollo de la prensa en los EE. UU., por M. Walsh (N. C. W. E., Washington).

III

APENDICE: PENSAMIENTO PONTIFICIO

1. León XIII. Pío X. Benedicto XV. Pío XI.
2. Discursos de Pío XII a los periodistas.
A) A los representantes de organismos periodísticos y radiofónicos de los Estados Unidos.
B) A un grupo de periodistas suizos.
C) A un grupo de periodistas norteamericanos.
D) A los representantes de la Asociación Americana de Editores de Color.
E) A un grupo de editores, directores y redactores de periódicos, agencias e información y de radio de los Estados Unidos.
F) A un grupo de directores y corresponsales de prensa griegos.
G) A un grupo de directores y redactores de periódicos de los Estados Unidos.
H) Al III Congreso Internacional de Periodistas Católicos.
I) A los participantes de la Asamblea Internacional de Prensa Deportiva.

LA PRENSA CATOLICA

Con frecuencia han preocupado a "A. C. N. DE P." los problemas planteados en torno a la prensa. En los últimos años recordaremos los trabajos publicados en el número 503 de nuestra colección sobre "Principios morales, políticos y económicos que deben inspirar una ley de prensa", de los que eran autores don Jesús Iribarren, don Enrique Jiménez Arnáu y don Mariano Rioja. Celebrado en 1954 el IV Congreso Internacional de Prensa Católica, ofrecemos de nuevo a los propagandistas una serie de documentos sobre la materia en los que puedan encontrar un conjunto de ideas que les ayuden a formar criterio.

I

La prensa católica en España

1.—INSTRUCCION PASTORAL DE 16 DE JUNIO DE 1950

Con fecha 16 de junio de 1950, su eminencia el Cardenal primado publicó la siguiente instrucción pastoral sobre el Día de la Prensa Católica. Las ideas en ella contenidas han sido reiteradas en documentos pastorales posteriores (1).

Viene en España tradicionalmente celebrándose en la festividad de San Pedro y San Pablo el Día de la Prensa Católica, con la triple finalidad de orar por ella, de hacer propaganda en favor, de la misma y de cooperar económicamente a su vitalidad.

El calificativo de prensa católica

Cuando en España, desgraciadamente, se contaban por centenares entre diarios y semanarios las publicaciones periódicas clasificadas de anticlericales, contrarias a la religión y a la Iglesia; cuando también eran muchas las decenas de publicaciones pornográficas que corrompían a la niñez y a la juventud, nadie que se profesase católico podía extrañarse, ni se extrañaba, de la celebración del Día de la Prensa Católica. Mas cuando, gracias a la cruzada de liberación, nos vimos libres de males tan graves, algunos espíritus que creen que para ser católico verdaderamente práctico basta profesar los dogmas del catolicismo, pero que no es necesario sentir con la Iglesia jerárquica, empezaron a impugnar no sólo la celebración del Día de la Prensa Católica, sino aun a impugnar el específico calificativo de prensa católica, al menos en España, con el pretexto de que en ella hoy ya, afortunadamente, toda la prensa es católica. Es preciso exponer con claridad los conceptos. Se llama prensa católica a aquella que tiene por finalidad defender en el terreno de la prensa las doctrinas y el criterio de la Iglesia, habiéndose determinado en España por la Jerarquía eclesial que se reconocían como prensa católica en el sentido estricto y específico de la denominación los periódicos

publicados con censura eclesiástica. No se niega a los demás que puedan ser tenidos por periódicos católicos si no ofenden al dogma ni a la moral, antes al contrario, contribuyen a la difusión de las noticias favorables a la Iglesia y de sus doctrinas. Mas el grado de catolicismo en tales periódicos ha de apreciarse no "a priori", sino de hecho, dependiendo no pocas veces de la mayor o menor formación religiosa y del catolicismo práctico de sus redactores. Por ello, el reciente Congreso Internacional de Roma fue denominado no de periódicos, sino de periodistas católicos, para los cuales bastaba el aval de su Ordinario.

El derecho de la Iglesia a tener prensa periódica y de información

Si se reconoce a la Iglesia como sociedad perfecta, como la ha reconocido el Estado español (2), no puede negarse el derecho de tener su prensa; no sólo la prensa eclesiástica, boletines oficiales de las diócesis, al igual que el Estado tiene su "Boletín Oficial del Estado" y sus boletines de los Gobiernos civiles, sino también su apostolado de la prensa, su prensa periódica doctrinal y de información, ya que en la época actual el criterio con que se suministra la información influye en los lectores de una manera importantísima, a veces, prácticamente, mas que la misma

(1) Instrucción pastoral de 20 de junio de 1951; idem id. junio 1952; idem id. junio 1954.

(2) Decreto del ministerio de Justicia de 3 de mayo de 1938 restableciendo en España la Compañía de Jesús.

exposición doctrinal. Los Romanos Pontífices han inculcado la necesidad de la prensa católica, y en los pontificados de Pío XI y del actual Papa, Su Santidad Pío XII, se han celebrado en Roma exposiciones mundiales de prensa católica. No siente, por tanto, con la Iglesia, aun cuando se llame católico, aquel que denigra o no reconoce siquiera la legitimidad de la prensa católica específicamente tal, o la quiere, con un totalitarismo condenado por Su Santidad Pío XII en su discurso al reciente Congreso Internacional de Periodistas Católicos, arbitrariamente sujeta al Estado.

El justo medio de una responsable libertad de prensa

Enseña Santo Tomás de Aquino que todas las virtudes morales consisten en el medio; y por ello es sumamente deplorable que no se quiera reconocer que entre las libertades de perdición, el desenfrenado libertinaje de la prensa para el engaño y la corrupción del pueblo, condenado siempre por la Iglesia, y el estatal totalitarismo de la prensa, existe el justo medio de una responsable libertad de prensa, propia de una sociedad cristiana y civilizada, que es el que defiende el cristiano Fuero de los Españoles (artículo 12), que no es un programa académico para que rija en futuras generaciones, sino una ley declarada básica en la ley de Sucesión a la Jefatura del Estado, refrendada por un plebiscito nacional.

Los frutos de la antigua prensa católica

En España no fueron tan pobres como algunos pretenden los frutos de propaganda de la prensa católica. Muchos periódicos católicos, que en algunas provincias eran únicos, dentro de su modestia local, conservaron el tradicional y cristiano espíritu español. Aun entre los periódicos de provincias no faltaron algunos de importancia por su redacción y difusión. Por fin, en la capital de la nación eran varios los diarios de prensa católica, no comprendiéndose cómo algunos no han podido todavía reaparecer después de la Cruzada, sobre todo cuando alguno llegó a ser rotativo de influencia nacional, de espléndida presentación técnica, reconocido así aun en el extranjero.

Hoy no son iguales todos los diarios

Hoy, en que se tiene la gran ventaja de no haber prensa impía ni obscena, no son, sin embargo, bajo el aspecto católico, iguales todos los diarios, sobre todo en el aspecto de la publicidad. Su Santidad Pío XII decía a los directores de periódicos en su reciente citado discurso: "Tenga el valor, aunque sea al precio de sacrificios pecuniarios, de proscribir implacablemente de sus columnas todo anuncio, toda publicidad injuriosa para la fe o la honestidad. Obrando así ganará su valor intrínseco, acabará por conquistar la estima primero y luego la confianza, y justificará la consigna tantas veces repetida: "En cada hogar católico, el periódico católico". Recientemente nos comunicaba el director de uno de los más antiguos y más beneméritos periódicos católicos que en él no admitían publicidad de espectáculos dando cuenta de los que de hecho en la ciudad se celebraban con las censuras calificativas de Acción Católica y otras entidades similares, premiándole la Providencia con un aumento de la otra publicidad. En cambio, hemos visto otro

periódico, cuyo título haría esperar otra cosa, abrir completamente sus páginas a toda publicidad de espectáculos, sin poner nunca ningún reparo moral, abdicando aun de toda crítica propia del periódico en críticas ajenas e interesadas. Así las páginas del periódico destinadas a los espectáculos respiran una muy perjudicial sensualidad. Ni pretenda nadie excusarse en que todos los espectáculos pasan hoy por censura oficial. Aun esta hace sus distinciones y reparos a algunas películas, por ejemplo, no permitiendo para los menores. Por otra parte, si bien un Estado católico, como el nuestro, debe prohibir lo gravemente inmoral, no puede una censura civil ser tan exigente como una censura de carácter religioso, dedicada a orientar a los fieles que tienen confianza en dicha censura.

Exhortamos, por lo tanto, a todos los

fieles de nuestra archidiócesis a que en la próxima fiesta de San Pedro y San Pablo oren por la prensa católica en España, por su florecimiento y difusión, hagan propaganda de la misma, sobre todo de las publicaciones de Acción Católica, y, por fin, contribuyan con su obolo a la colecta que mandamos se haga en nuestra santa iglesia catedral y en todas las iglesias de nuestra jurisdicción, la cual se distribuye entre el Obolo de San Pedro, las publicaciones diocesanas y los fines de orden general de la Junta Nacional de Prensa Católica, recientemente reorganizada por la Conferencia de Metropolitanos Españoles.

Toledo, día 16 de junio de 1950, fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús.

ENRIQUE, CARDENAL PLA Y DENIEL,
Arzobispo de Toledo

2.—INSTRUCCION PASTORAL Y NORMAS DE LA CONFERENCIA DE METROPOLITANOS DE 25 DE JULIO DE 1954 SOBRE CRITICA, PROPAGANDA Y PUBLICIDAD DE OBRAS HETERODOXAS O INMORALES

Es hoy axioma incontrovertible que en el mundo de las ideas y de las costumbres ejercen un poderoso y avasallador influjo los modernos medios de comunicación y propaganda: la prensa, el cine, el teatro, la radiodifusión. Constituyen algo así como los quicios sobre los que gira actualmente la sociedad, porque ellos son los que forman las ideas, y por las ideas, los que guían a la Humanidad orientándola o extraviándola.

La prensa periódica en particular, es sembradora de ideas, taller de reputaciones buenas o malas, propagadora de escándalos y de infamias o de nobles ideales, destructora o defensora de la autoridad, de la religión, del sentido moral, hasta del orden público y del equilibrio internacional. Más aún: el mismo cinematógrafo, con ser evidentemente una potencia formidable para el bien y para el mal, y—al decir de un profesor de Praga, bien enterado del movimiento cinematográfico europeo—"el más potente dominador de los entendimientos, de los corazones y de las conciencias", será, sin embargo, lo que la prensa quiera, según afirmó categóricamente el Papa Pío XI ante un congreso de periodistas (1). Sin publicidad, hoy no vive ninguna obra, no se desarrolla ningún negocio y la publicidad, en gran parte, está en manos de la prensa, sobre todo diaria.

Por otra parte, es un hecho innegable y digno de llorarse con lágrimas de sangre, que estos modernos progresos, en sí buenos o indiferentes, se emplean frecuentemente, mejor diríamos preferentemente, para el mal como instrumento de corrupción y de desorden.

Instrumentos de corrupción

A la vista de todos está el daño inmenso que por doquier producen los malos escritores, a quienes un crítico francés, con frase feliz, llamaba "maihocheros literarios". No hay espada, ni fusil, ni ametralladora que mate tantos cuerpos cuantas almas mata una pluma de un mal escritor. ;Y abundan tanto, por desgracia!

Son verdaderamente aterradoras las encuestas y estadísticas hechas acerca de los estragos del cine en su nefanda obra de corromper las conciencias y extraviar los espíritus, hasta el punto que en 1916 el fiscal del Tribunal Supremo español, al hacer el cómputo de la criminalidad del año anterior, no vaciló en darle el duro calificativo de "Escuela del crimen". Y el XII Congreso del partido comunista ruso lanzaba esta consigna: "El cine ha de ser un poderoso medio de agitación y de educación comunista."

Respecto a las mismas representaciones escénicas, ya el gran Bossuet, con toda

su autoridad y competencia, afirmó que el teatro había sido en todos los tiempos y en los países todos, salvo raras excepciones, escuela de inmoraldad y causa de decadencia.

La difusión radiofónica, en fin—portento admirable de nuestra época—, no se puede negar que está siendo muchas veces un instrumento excelente de cultura y de verdadero progreso, y aun de apostoiado religioso; pero, conjugado con todo esto, ¡cuánta frivolidad y sensualismo! ;Qué de infundios, y patrañas, y propagandas revolucionarias!

Hace cabalmente pocos días que nuestro santísimo Padre Pío XII, con motivo de la canonización solemnisima de "la pequeña y dulce mártir de la pureza María Goretti", lanzaba, una vez más, al mundo este dolorido lamento y grito de alarma: "La conjura de las malas costumbres, valiéndose de libros, de ilustraciones, de espectáculos, de audiciones, de modas..., intenta desarraigar del seno de la sociedad y de las familias, con daño principalmente de la niñez, hasta de la más tierna, las que eran defensas naturales de la virtud" (2).

¡Lástima grande que muchos avances científicos de nuestros tiempos se conviertan en bochorno y baldón del mismo progreso de las ciencias! Y es que la Humanidad no ha progresado en virtudes religiosas y morales en el mismo grado de aceleramiento con que avanzaba en la vida científica. Se echa de ver a las claras la falta de isocronismo entre el progreso material y el avance moral. De ahí el predominio de la materia, de lo positivo y de lo sensual en la colectividad. De ahí la alarmante inmoralidad social.

El disfraz de la belleza

Ahora bien; sucede muchas veces que ciertas obras literarias o artísticas, de carácter evidentemente impío o inmoral, están escritas o realizadas con tal arte y estilo, que seducen a muchos cristianos incautos, los cuales, tras el señuelo y cebo de la belleza literaria o artística, se tragan el veneno mortífero y corruptor.

Asimismo, se da el caso frecuente y lamentable de que semejantes producciones heterodoxas o inmorales encuentran eco y aplausos en escritores, oradores y publicistas católicos, que por cierto prurito y orgullo de imparcialidad, se complacen en tejer inconsiderados elogios de las mismas por su técnica o estilo brillante; y hasta ha llegado a ponerse como de moda en nuestra patria la peligrosa tendencia

(1) "L'Osservatore Romano", 12 agosto 1934.

(2) "L'Osservatore Romano", 25 junio de 1950.

de citar con encomio libros y obras de militantes heterodoxos de la hora actual, silenciando, incluso, producciones católicas aunque sean beneméritas. Sin tener en cuenta que cualquier elogio así tributado, aunque vaya envuelto en muchas reservas y se limite al aspecto técnico y literario, siempre enaltecerá al autor de la obra elogiada y será un estímulo en favor de esa, estímulo tanto más eficaz y más dañino cuanto mayor sea la autoridad o ascendente del panegirista o laudador.

Esto ha motivado en más de una ocasión el que la autoridad suprema de la Iglesia intervenga y dé la voz de alarma, especialmente por conducto de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, que tiene a su cargo la vigilancia y proscripción de las publicaciones nocivas a la fe o a las costumbres.

Citaremos solamente—por ser el que más directamente hace a nuestro propósito—un comunicado o "monitum" dirigido a los Ordinarios de los lugares y publicado en el órgano oficial de la Santa Sede, con fecha 15 de marzo de 1923 (3).

Dice textualmente así:

"Sucede muchas veces que escritores, aun de los que son tenidos vulgarmente por buenos católicos, en los diarios y revistas aaban, magnifican, aprueban libros, escritos, pinturas, esculturas y otras obras de ingenio y arte contrarias a la doctrina católica y al sentimiento cristiano, y aun reprobadas a veces expresamente por la Santa Sede.

Fácilmente se entiende cuán grave escándalo de los fieles con detrimento de la fe y de las costumbres puede brotar de aquí si los pastores de las almas no lo advierten y dejan pasar esto sin amonestación y castigo. Y para que tal no suceda, esta Suprema Congregación del Santo Oficio, con aprobación de nuestro santísimo Padre Pío XI, juzga conveniente avisar a los Ordinarios de los lugares que, conforme a su deber, si averiguan que entre sus súbditos hay algunos de estos escritores (principalmente del clero, secular o regular) o por sí mismos, o también valiéndose de la cooperación de los Consejos de Vigilancia, no dejen de tomar para con ellos las providencias que juzguen en el Señor más eficaces, sin ninguna demora.—Roma, en el palacio del Santo Oficio, 15 de marzo de 1923.—R. Card. Merry del Val, secretario."

El pecado de cooperación

El Episcopado español ha juzgado oportuno y necesario recordar y urgir a todos los fieles estas graves amonestaciones de Roma, en virtud de acuerdo adoptado en la última Conferencia de Metropolitanos, para lo cual no será fuera de propósito resumir aquí, clara y brevemente, la doctrina moral acerca del pecado de cooperación y de escándalo, haciendo aplicaciones concretas a nuestro caso y dictando normas e instrucciones a las que en esta materia han de atenerse los publicistas católicos, si es que quieren ser consecuentes con sus creencias y con su acatamiento filial a la autoridad de la Iglesia.

Nunca ponderaremos y recomendaremos bastantemente esta consigna del Apóstol de las Gentes: "Omnia ad aedificationem fiant", que todo sea para edificación (4). Todo cristiano debe ser en el mundo un edificador de la Iglesia viviente de Cristo por el testimonio de sus virtudes, de las que es centro y madre la caridad. Los preceptos de la caridad tienden a conseguir la edificación por el doble camino de promover todo lo bueno e impedir todo lo malo. Por lo que el cristiano está obligado, en la medida de sus fuerzas, a prestar su colaboración a toda obra buena y a negar su cooperación a cualquiera obra mala.

El campo de la cooperación al mal, dada la naturaleza social del hombre y su tendencia a dejarse influenciar por la conducta de los demás, es inmenso; y a buen seguro que muchos de los pecadores no pecarían si no encontraran en el medio ambiente en que viven alguien que los indujera, alentara o por lo menos les

dejara, con su pasividad, libre el camino del mal. Lo cual constituye un verdadero atentado contra la vida espiritual del prójimo, y se llama propiamente "escándalo", que quiere decir tropiezo; porque así como los tropiezos en que dan nuestros pies nos hacen vacilar y a veces caer, así el alma, en su movimiento ascendente hacia el cielo, puede ser maltratada, herida y aun muerta por el escándalo. Quien así coopera al pecado de su prójimo peca siempre contra el supremo mandato de Jesucristo: la caridad; pero peca, además, contra la virtud, a cuya violación concurre con su ayuda.

El escándalo

Pecado gravísimo es de suyo el escándalo, tanto más de temer cuanto más difícil es reparar sus estragos. ¿Como podría el que lo da reparar la inocencia que destruye? ¿Como recoger la mala semilla que sembró? ¿Como detener el torrente de iniquidad de que fue origen? Y aunque no todos los escándalos sean igualmente recrudus, es innegable que de unas a otras aunas se va propagando siempre el maleficio intruso. De ahí que ningún otro pecado merezca tan severos reproches y terribles anatemas de labios de nuestro bendignísimo Salvador: "¡ay del mundo—clamaba—por causa de los escándalos!" Dada la malicia humana y la dureza de los corazones, "forzosamente ha de haber escándalos; pero ¡ay de aquel por quien el escándalo viniere! Si tu mano o tu pie te escandaliza, cortátele y echalo de ti, que mejor te es entrar en la vida manco o cojo, que con ambas manos y pies ser arrojado al fuego eterno." Y hablando del que escandaliza a los pequenuelos, pronunció esta terrible sentencia: "Mas le valiera que le cogasen al cuello una rueda de molino y le arrojaran al fondo del mar" (5).

Todas las malas acciones publicistas son de algún modo escandalosas, porque dada la corrupción de la naturaleza y nuestra inclinación al mal, no faltará quien se sienta movido a la imitación o quien sufra detrimento en la virtud. Y son reos de escándalo no sólo los que hacen el mal, sino los que le aconsejan, o lo mandan, o lo aplauden, o lo aprueban, o, pudiendo, no lo impiden.

Pues bien; una de las especies de cooperación y escándalo más eficaz es la que venimos describiendo e impugnando de la propaganda y publicidad de escritos, obras y películas de tipo heterodoxo o inmoral. Hay católicos que piensan ser buena táctica de combate mostrarse condescendientes y comprensivos con los enemigos de la verdad para atraerlos así al buen camino. Pero una cosa son las personas, con las cuales siempre se ha de tener gran consideración, y otra sus errores y extravíos y el peligro que éstos envuelven para las almas.

Oportunamente recuerda el Santo Oficio, en su Instrucción del 3 de mayo de 1927 (6), que las cosas inmorales y obscenas, por muy artísticamente que se presenten, no dejan de serlo. Mas aún: la forma artística con que se presentan es un nuevo y poderoso incentivo de las pasiones desbordadas. Denuncia dicha Instrucción los peligros y estragos tan terribles que en todas partes está causando esa ola de literatura obscena, pornográfica, procaz, que ha invadido todos los sectores y ambientes sociales; exhorta severamente a los sagrados pastores para que por todos los medios vigilen y repriman tan grave mal, y amonestan a los escritores y publicistas católicos para que en absoluto se abstengan de leer, propagar o recomendar semejante inmundicia, aplicando la conocida sentencia del Evangelio: "No se puede servir a dos señores", a Dios y a la lujuria, a la religión y a la impudicia (7).

Normas morales

Expuesto lo que precede y para no prolongar excesivamente esta nuestra Instrucción, pasamos a concretar las "normas morales" por las que se han de regir periodistas y publicistas católicos en sus críticas, reseñas y anuncios de escritos, obras o películas de carácter heterodoxo o inmoral.

Primera. Dado el inmenso daño que para la fe y las costumbres conviene cualquier género de escritos contrarios a la fe o a la moral católica, deben los católicos considerar como función de caritativa maternidad la vigilancia y solicitud de la Iglesia en la promoción de libros y publicaciones, acopiadas con diligencia y no leídas, ni recomendadas, ni divulgadas como contrarias a la concepción cristiana de la vida y del mundo.

Segunda. Al hablar o escribir sobre libros dogmática o moralmente reprobables, han de procurar con justicia, si; pero con caridad hacia sus oyentes o lectores, expresándose de modo que éstos entiendan fácilmente cómo se circula el veneno, los errores y peligros para la moral.

Tercera. Deben abstenerse los críticos y publicistas católicos de elogiar aun la parte puramente literaria o artística de libros, obras teatrales o películas inmorales o heterodoxas, pues esto constituye una tentación en que se pone a sus lectores. Y especialmente en periódicos destinados a toda clase de personas, la narración de aspectos reprobables, la exaltación de valores artísticos, necesariamente arrastra a muchos a leer la obra o ver el espectáculo.

Téngase presente y cúmplase a la letra esta preciosa regla que el Papa Pío XI a este propósito da a los periodistas: "No escribir jamás ni una sola palabra que implique recomendación del vicio o menosprecio de la virtud" (8).

Cuarta. Ciertamente que la impugnación de autores, obras o películas no debe hacerse en tal forma que redunde en propaganda de lo mismo que se condena, contribuyendo indirectamente a aumentar su prestigio y nombradía. Mas no por eso el crítico católico puede eximirse de poner bien en claro el aspecto moral y hacer resaltar con razones lo reprobable de la obra o exhibición. Y si la malicia y corrupción de muchos, que gozan revolotándose en el fango de la inmundicia, tomase de ahí mismo ocasión y estímulo para leer o ver lo que se reprobaba, podría muy bien apacarse aquellas palabras del sagrado libro de Ezequiel: "Si habiendo tú amonestado al malo no se convierte él de su maldad y de sus perversos caminos, él morirá en su iniquidad, pero tú habrás salvado tu alma" (9).

Quinta. Dado el carácter de servicio público informativo de las llamadas "carteleras de espectáculos" podían publicarse insertando ellas toda clase de obras o películas, a excepción de las "carteleras" correspondientes a aquellos locales que habitualmente están dedicados a la exhibición de inmoralidades. Pero en la prensa católica debe ponerse a continuación la censura moral—de la Iglesia—de cada uno de los espectáculos anunciados.

Sexta. "La prensa católica—son palabras del Papa—ha de estar exclusivamente al servicio de la verdad, de la justicia y de la paz... Ha de tener el valor, aunque sea al precio de sacrificios pecunarios, de proscribir implacablemente de sus columnas todo anuncio, toda publicidad injuriosa para la fe o la honestidad" (10).

Consiguientemente:

a) En ninguna sección de anuncios o de reclamos podrá publicarse nada que en el texto o en el grabado contenga algo inmoral.

(3) A. Apca. S., 1923, pág. 152.

(4) 1 Cor. 14, 26.

(5) Mat., 18, 6 sg.

(6) A. Apca. S., 1927, pág. 186.

(7) Mt., 6, 24.

(8) En su discurso ya citado a los representantes del Congreso Internacional de la Prensa Cinematográfica, pronunciado el 11 de agosto de 1934.

(9) Ez., 3, 13.

(10) Del discurso de Su Santidad Pío XIII al Congreso Internacional de Periodistas Católicos, febrero 1950 (confróntese "Ecclesia", año X, núm. 450, página 201).

b) En ningún caso se pueden publicar anuncios ni reclamamos de espectáculos inmorales.

c) Tan sólo en el caso en que sea cierta la moralidad de un espectáculo, podrá anunciarse con reciamo; para lo cual deberá ponerse la máxima diligencia en conocer con anticipación la moralidad o inmoralidad de aquél.

d) Si en algún caso, necias todas las gestiones y diligencias, no ha sido posible averiguar de antemano la moralidad del espectáculo, que permanece incierta, y se sigue grave daño de negarse a insertar el reciamo, podría admitirse, pero previniendo a los lectores que se hace únicamente por vía de información y sin que esto signifique recomendación alguna.

e) Ni pretenda nadie excusarse con que todos los espectáculos pasan hoy por censura oficial. Si bien es cierto que un Estado católico, como el nuestro, debe prohibir lo gravemente inmoral, no puede una censura "civil" ser tan exigente como la censura de carácter religioso, dedicada a orientar y formar la conciencia de los fieles.

Exhortación

Mucho esperamos y muy confiadamente de todos los católicos españoles.

3.—SINTESIS DEL FOLLETO "PRENSA CATÓLICA", EDITADO POR LA JUNTA NACIONAL DEL MISMO NOMBRE

Clases de prensa católica

Podemos distinguir cuatro clases de prensa católica:

1.^a Prensa de inspiración católica no controlada por la Jerarquía eclesiástica. Es la prensa dirigida por los católicos, pero sin la garantía de la censura diocesana. A esta clase de prensa, precisamente por la ausencia de dicha garantía, no se la denomina técnicamente prensa católica, porque no tiene quien avale oficialmente su constante fidelidad a las normas católicas.

2.^a Prensa de inspiración católica controlada por la Jerarquía eclesiástica. Es la prensa que tiene la garantía de la censura diocesana. Esta segunda clase tiene derecho a llamarse, en sentido estricto, prensa católica.

3.^a Prensa de dirección eclesiástica claustral.—Es la que depende de alguna Orden o Instituto religioso. Esta clase de prensa debe contar con la censura y licencia interna de la Orden o Instituto y, además, debe someterse a la censura y licencia diocesana, porque son los Obispos los que ejercen en cada diócesis, por institución divina, la potestad de magisterio.

4.^a Prensa de dirección eclesiástica diocesana.—Es la que depende directamente de los Prelados diocesanos bajo todos sus aspectos. Comprende las publicaciones oficiales de los Obispos, como los boletines oficiales de los mismos y las que están al servicio incondicional de los Prelados diocesanos, como las de Acción Católica oficiales. Esta prensa es la que suele llamarse por antonomasia prensa de la Iglesia.

Fines de la prensa católica

— Emplearse en la defensa del dogma, de la moral y de los principios de la Iglesia.

— Ser un instrumento siempre al servicio del Prelado diocesano, en beneficio de los intereses religiosos.

A todos nos dirigimos y exhortamos a respetar y acatar con docilidad y exactitud estas normas y orientaciones nuestras, que fluyen como ineludible consecuencia de los principios básicos de la fe y la moral cristianas y de las enseñanzas pontificias.

Ténganlas presentes, ante todo, los periodistas y publicistas de cualquier género, ya que todos ellos en nuestra Patria, afortunadamente, ostentan hoy el título de católicos e hijos sumisos de la Iglesia.

Présentes su valioso y decidido apoyo los Poderes públicos y organismos estatales de quienes más directamente dependen los órganos y medios de propaganda y publicidad.

Y será un paso gigante que habremos dado en purificar moralmente el ambiente que respiramos; en levantar un dique infranqueable a todo lo indecoroso e inmoral; en afianzar más y más, sobre firme e incommovible base, la dignidad y prestigio de España y de todo lo auténticamente español.

Madrid, en la festividad del Apóstol Santiago del Año Santo 1950.

Por la Junta de Metropolitanos Españoles: el Presidente, † Enr. que, Cardenal Arzobispo de Toledo; el Secretario, † Balbino, Arzobispo de Granada.

a la coordinación, "que consideramos de suma importancia y que, por lo mismo, no podemos dejar de sentir el deber de promoverla en cuanto de nos dependa", iba dirigida la III Asamblea Nacional de Prensa Católica, convocada ya en aquellas fechas, y que se celebró en Toledo en junio del mismo año.

Concretamente—decía en su artículo 3.^o el reglamento que nos aprobamos para la misma—se propondrá la III Asamblea poner las bases de la coordinación de los elementos que integran la prensa católica española.

Deseando continuar por nuestra parte esta labor para disponer cuanto antes del instrumento reconocido hoy como indispensable para la Acción Católica, que es una prensa robusta y organizada, hemos conferido este asunto con los reverendísimos Metropolitanos, y de acuerdo con su dictamen venimos en decretar:

I. Se crea un organismo que se llamará Junta Nacional de Prensa Católica.

II. Los fines de esta Junta son:

Primero. La ejecución, en cuanto sea posible, de los acuerdos de las tres Asambleas Nacionales de Prensa celebradas, comprendiendo: a) agencia, b) diarios, c) revistas, d) hojas, e) folletos, f) libros y g) asociaciones u organismos con todos los anteriores relacionados.

Segundo. La preparación de la Asamblea venidera.

Tercero. La coordinación y alta inspección de todas las entidades católicas y obras de prensa católica existentes en España.

Cuarto. El cumplimiento de cualquier otro cometido que, en relación con la prensa, se le hiciere por el director pontificio de la Acción Católica.

III. La Junta se compondrá de un presidente, un vicepresidente, un tesorero, un secretario y varios vocales, designados por nos, más otro vocal elegido por los periodistas católicos de España cuando se organice en asociación profesional.

IV. Se reunirá la Junta en pleno cuatro veces, por lo menos, cada año, funcionando además permanentemente una comisión delegada de la misma.

V. Anualmente nos dará cuenta la Junta Permanente de su gestión durante el año anterior, del movimiento económico y de lo que se proponga realizar en el siguiente.

Esperamos que, con la gracia de Dios y la cooperación de todos los católicos, esta Junta Nacional, que hoy constituimos, puesta a la vista de los supremos intereses religiosos y patrióticos, aumentará la eficacia de los múltiples y valiosos trabajos que en España se realizan."

b) Misión.

a') Organizar en el Plano Nacional el Día de la Prensa Católica, que todos los años se celebra el 29 de junio, festividad de San Pedro y San Pablo.

b') Facilitar los medios para que los Prelados dispongan de un adecuado servicio de información y estadística, para lo cual se ha establecido la Oficina de Información y Estadística de la Iglesia en España.

c') Poner a disposición de las publicaciones periódicas españolas una Agencia de Noticias Católicas que dedique atención especial al movimiento católico en todo el orbe, a los problemas religiosos de los diversos países, a la

Su necesidad

Surge del categórico precepto de Cristo: "Enseñad a todas las gentes" (San Mateo, XXVIII, 19).

Su actuación

Aspecto negativo.—Cerrando herméticamente sus columnas a cuanto pueda rozar en lo más mínimo la moral cristiana o las verdades de la fe, lo que supone la renuncia a toda publicidad que en su contenido o exposición gráfica pueda resultar inconveniente.

Aspecto positivo.—Aprovechando cualquier circunstancia para la propagación y defensa de los principios religiosos y orientando todos sus trabajos editoriales, de colaboración o simplemente informativos hacia la suprema finalidad de secundar las enseñanzas del Papa y las iniciativas de los Prelados.

Organismos de la prensa católica

A. Junta Nacional de Prensa Católica.

Radica en Madrid, cuesta de Santo Domingo, número 5, dependiendo directamente de la Conferencia de Reverendísimos Metropolitanos. Está presidida por el excelentísimo señor Obispo de Ereso, Consiliario general de la Acción Católica.

a) Creación.

Fué creada en 9 de noviembre de 1925 por el siguiente decreto del eminentísimo señor Cardenal Arzobispo Primado de Toledo, doctor don Enrique Reig Casanova, de acuerdo con la Conferencia de Reverendísimos Metropolitanos:

"Al dar cuenta en nuestra pastoral de febrero de 1924 del honoroso cargo que nos había confiado Su Santidad el Papa Pío XI de dirigir la Acción Católica en España, señalábamos como la más urgente necesidad de nuestro tiempo la organización y coordinación de las diversas obras católicas.

Y refiriéndonos especialmente a las de prensa, hacíamos allí constar que

expansión de las actividades misioneras, a la difusión del pensamiento pontificio y de documentos pastorales, etc.

B. Comisiones Diocesanas.

a) Constitución.

Se constituirá en cada diócesis cuando lo estime oportuno el respectivo Prelado y con las personas que el mismo designe.

b) Misión.

a') Preparar en su ámbito la cele-

bración del Día de la Prensa Católica.

b') Impulsar el desarrollo y trabajos de la Delegación diocesana de la Oficina General de Información y Estadística de la Iglesia.

c') Coordinar las tareas de carácter religioso en la prensa que se publique en la diócesis.

d') Ejecutar los deseos de los reverendísimos Prelados en toda actividad relacionada con la prensa.

II

IV Congreso Internacional de la Prensa Católica

En conmemoración del XXV aniversario del I Congreso Internacional de Periodistas, que tuvo lugar en Bruselas, se ha celebrado en París en los días 3 al 7 del pasado mes de mayo el IV Congreso Internacional de la Prensa Católica.

Ya en febrero de 1950 había tenido lugar en Roma el III Congreso Internacional, que había sentado las bases de una acción concreta, y así, la Comisión de Editores abrió sus puertas a numerosos periódicos; la Oficina Internacional de Periodistas Católicos se renovó adoptando la forma de una Federación; se perfiló una Asociación de Agencias y, posteriormente, se creó un Secretariado permanente, que ha venido reuniéndose en París (1950), en Bilbao (septiembre 1951) y en Roma (octubre del mismo año), con ocasión del Congreso Mundial del Apostolado Seglar.

La tarea de este Congreso, como indica Jean-Pierre Dubois Dunme, no ha sido la creación de una especie de Kominform para dar consignas a la prensa ni la de fundar una nueva agencia, sino la de coordinar poniéndolos en relación a todos los católicos de todos los países; realizar una labor de documentación a través de encuestas susceptibles de rendir inmediatamente servicio a la prensa católica, y ostentar la representación de la prensa católica cerca del Consejo Económico y Social de la O. N. U.

Las tareas del IV Congreso fueron iniciadas con una misa oficiada por su ex-

celebración el Nuncio apostólico en París, monseñor Marella, celebrándose las sesiones los días 3, 4 y 5 de mayo en la Maison des Centreux, S. Rue Jean Goujon.

Del conjunto de comunicaciones presentadas, hemos seleccionado, agrupándolas en tres partes, las que juzgamos más interesantes para los lectores de "A. C. N. de P.": En la primera aparece la carta de la Secretaría de Estado del Vaticano dirigida al conde Dalla Torre, presidente de la Unión Internacional de la Prensa Católica. En la segunda se reflejan, ligeramente resumidos, los criterios del Congreso. Recogemos la salutación del director de "La Croix", P. Gabel; "La prensa y la opinión pública en la Iglesia", por H. Roegert, redactor jefe de "Rheinischer et Debats"; "La prensa pública católica al servicio de la Iglesia", por Federico Alessandrini, redactor de "L'Osservatore Romano". En la tercera, de carácter informativo, reproducimos los informes sobre "La prensa católica en el mundo", por Robert W. Kayserlingk, director de "The Ensign" (Montreal, Canadá); "La reconstrucción de la prensa católica después de la guerra en Alemania", del doctor Dovifat (Berlín), que constituyó la gran sorpresa del Congreso; "Algunos aspectos de la organización actual de la Prensa Católica en España", por Antonio González, director de "La Gaceta del Norte", Bilbao, y "El desarrollo de la prensa en Estados Unidos", por M. Walsh (N. C. W. C., Washington).

Aplicación de la colecta del Día de la Prensa Católica

Es la siguiente en todas las diócesis: Diez por ciento, para el Obolo de San Pedro.

Cuarenta y cinco por ciento, para las obras de la Junta Nacional de Prensa Católica.

Cuarenta y cinco por ciento, para atender necesidades de la prensa católica en la propia diócesis.

mentario, cuando el redactor debe, con la mayor frecuencia posible, hacer de ello una tarea en pro de la verdad y de la educación de los espíritus. Pero para ser leído, para ejercer una influencia, es preciso todavía ser maestro en el arte de hablar a la opinión pública en un lenguaje que ella entienda. No se improvisa un periodista. En esta ruda batalla de la prensa el celo más generoso no puede hoy en día sustituir esa habilidad indispensable, y nunca está de más llamar la atención de los responsables de la prensa católica sobre el esfuerzo que se impone a todos en ese trabajo.

Corresponde también a la Unión Internacional que usted preside, y a las tres organizaciones profesionales que la misma reúne, el favorecer por los medios apropiados las iniciativas aptas para confirmar y acrecentar siempre en mayor grado esta cualidad técnica de la prensa católica. Y es preciso agradecer en este punto al secretario permanente de la Unión su buen trabajo, llevado a cabo desde su fundación en el plano profesional.

Los deberes del periodista ante el mundo de hoy

Si la Iglesia solicita de la prensa católica este primer testimonio de su auténtico valor es en razón del servicio irremplazable que Ella espera de todos sus hijos, que tienen la misión de servir e ilustrar a la opinión pública.

El mundo se encuentra, efectivamente, empeñado en un combate espiritual en el cual nadie ignora lo que se pone en juego. Una inmensa ola de ateísmo se extiende por el mundo, y en raras ocasiones la acción contra la religión de Cristo fué más penetrante y sistemática. Hasta en las mismas filas católicas se encuentran fieles perturbados en su confianza en la misión de la Iglesia; se les oyen, incluso con frecuencia, amargas críticas dirigidas a esta Iglesia, a la que harían con gusto responsable de los progresos de sus adversarios, en tanto que éstos serían dignos de toda indulgencia. Ante un tal confusio-nismo de la opinión pública, frente a la impaciencia de los unos y el descorazonamiento de los otros, ¿cuál será en la actualidad el primer deber del periodista católico? Ante todo será un hijo de la Iglesia, diligente en servir a su Madre, y tendrá, por encima de todo, el sentimiento y el amor de la Iglesia.

Comentando un día delante de los sacerdotes de Roma el "Credo Sanctan Ecclesiam Catholicam", de nuestra profesión de fe, el Padre Santo escribía: "Mostradla, queridos hijos, a esta Iglesia, como Madre de las almas, visible sobre las montañas, la luz de los pueblos; visible en su vida, en su historia,

I.—MENSAJE DE SU SANTIDAD AL IV CONGRESO INTERNACIONAL DE LA PRENSA CATOLICA (29-IV-1954)

El 29 de abril de 1954 el Padre Santo, por mediación de greso Internacional de la Prensa Católica, reunido en París: monseñor Montini, dirigió el siguiente mensaje al IV Con-

"Señor presidente:

La Unión Internacional de la Prensa Católica, que se dispone a celebrar en París su IV Congreso, sirve en la vida católica contemporánea una causa demasiado importante para que el Sumo Pontífice no aproveche con agrado la ocasión que se le presenta de dirigir de nuevo a todos los miembros de la Unión su aliento y directrices.

Las enseñanzas tan profundas que daba Su Santidad hace tres años a los congresistas de Roma permanecen aún, sin duda alguna, en todas las mentes, y ellas aclararán en forma útil los debates actuales.

Este año el Padre Santo, inspirándose en el tema de vuestro Congreso, desearía por mi mediación deciros paternalmente lo que hoy en día espera la Iglesia de la prensa católica en el mundo.

Actividad técnicamente valiosa

Es preciso, en primer lugar, que la

prensa católica, en razón de la alta misión que le incumbe, sea, al servicio de la Iglesia, un instrumento de calidad, una actividad técnicamente valiosa.

En nuestros días, en efecto, las exigencias profesionales que se imponen al director de un periódico o agencia y también a los mismos periodistas se muestran más rigurosas y más apremiantes. A este respecto no se puede sino apreciar el deseo que han manifestado los miembros del Congreso de tratar de cerca los asuntos inherentes a las condiciones para ejercer la profesión, intercambiar las experiencias realizadas, confrontar los métodos y estimular las iniciativas.

Lo propio del periodismo, lo que en particular lo distingue de otros medios de actuar sobre la opinión pública, es el estar pendiente del acontecimiento del día y dirigirse a un lector deseoso principalmente de información. Es entonces, con ocasión de los hechos cotidianos, de su control, de su presentación, de su co-

en sus luchas y en sus triunfos, en su culto, sus sacramentos y sus ministros, su Jerarquía; visible en esta Roma, donde el Vicario de Cristo es el centro de su unidad y la fuente de su autoridad. Haced amar y venerar a tan Santa Madre."

Y Su Santidad añadía esta exhortación siempre oportuna: "Despertad y avivad en el ánimo de los fieles, en particular en el de los jóvenes, esta fuerza espiritual, hoy tan necesaria, pero que con demasiada frecuencia les falta: el sentido del honor católico." Ese es el elogio y la admiración del hijo por su madre; es el "sentire cum Ecclesia"; es la plena consciencia de que para los fieles, la religión, Cristo y su Iglesia son la misma cosa (discurso del 17 de febrero de 1942. "A. A. S.", t. 34, página 141).

(Estas palabras del Pontífice, ¿no señalan, acaso, su objetivo a los mismos periodistas católicos?)

Mientras que algunos se abandonan a la duda y a la crítica, el periodista católico digno de tal nombre pondrá su pluma al servicio "de la verdad católica, sin disminuirla ni ocultarla bajo el pretexto de no ofender a los adversarios de la fe" (Pío XI, encíclica "Rerum Omnium", "A. A. S.", t. 15, pág. 61). Desemascarará el error, bajo cualquier nombre que se encubra servirá animosamente a las grandes causas de la Iglesia, según su espíritu y sus directrices en todos los campos, en particular en el de la justicia social y de la paz internacional.

El periodista tomará como deber el de ilustrar la opinión pública sobre la despiadada lucha emprendida en ciertos países contra la Esposa de Cristo, y esta aparecerá de esta manera más grande todavía a los ojos de los fieles y de los hombres de buena fe por el martirio de sus Obispos, de sus sacerdotes y de tantos hijos suyos.

Tarea magnífica en estas horas de turbación, en las cuales los cristianos tienen necesidad de estrechar su adhesión a la Iglesia, de tener clara consciencia, al menos, del verdadero alcance de sus decisiones sobre el sentido de su acción a través de tantas vicisitudes y obstáculos.

Hombre de carácter, según la definición del Padre Santo, el periodista católico poseera "el amor profundo y el inalterable respeto al orden divino, que anima y abarca todos los dominios de la vida; amor y respeto que él no debe contentarse con sentir y alimentar en el secreto de su propio corazón, sino que debe cultivar en todos sus lectores" (discurso del 17 de febrero de 1950. "A. A. S.", t. 42, pág. 255).

Esta actitud de filial lealtad, de docilidad confiada, se la pide la Iglesia, sobre todo en una hora en que los cristianos deben dar en la obediencia la medida de su fidelidad. Entonces es cuando la objetividad de su información, la firmeza de su juicio, la humildad de su propia deferencia para con la autoridad religiosa, podrán constituir para muchos un saludable ejemplo y el apoyo indispensable en medio del remolino de una opinión que se extravía. Verdadero apostolado de la pluma, del cual nos han legado su ejemplo "tantos hombres verdaderamente grandes, honor y gloria del periodismo y de la prensa católica de los tiempos modernos" (ibid., página 257).

Recomendándoles esas virtudes profesionales, el Padre Santo desea, esencialmente, recordar a los congresistas que el cumplimiento de ese servicio a la Igle-

sia debe estar constantemente animado por una fe viva. La actitud del periodista cristiano, al considerar los actos de la Iglesia, a la que sirve, no podría, en efecto, equipararse a la del periodista que trata vis a vis con un Gobierno cuyas actuaciones enjuicia. A través de sus Obispos y del Pastor Supremo, es Jesucristo mismo quien conduce su Iglesia. "Por lo que si Ella habla y emite su juicio sobre los problemas del momento, lo hace con la conciencia clara de anticipar, por la virtud de su Santo Espíritu, la sentencia que al fin del mundo su Señor y Conductor, Juez del Universo, confirmará y sancionará" (radiomensaje de Navidad, 1951, "A. A. S.", tomo 44, pág. 7).

De igual manera, como hijo amante y como hombre de fe consciente de su responsabilidad, el periodista católico se guardará con cuidado de atribuir las decisiones o las enseñanzas de la Jerarquía a motivos humanos, a un defecto de información o a la ignorancia de las necesidades de nuestros tiempos. Feliz, por el contrario, de dar a los documen-

tos del magisterio la importancia y el lugar de honor que les corresponde, consagrará con agrado su pluma a propagar las enseñanzas de la Iglesia y a secundar sus directrices, con la seguridad de contribuir así al bien espiritual y temporal de sus hermanos.

En la confianza de que los miembros del Congreso Internacional de París trabajarán útilmente para desarrollar el valor de la prensa católica en sus diversos países y multiplicar entre todos ellos sus fraternales contactos, y en la confianza también de que a todos ellos les agradará el ponerse unánimemente al servicio de la Iglesia, su Madre, el Sumo Pontífice invoca sobre sus trabajos una gran abundancia de gracias y les envía de todo corazón, así como a usted mismo y al benemerito padre Gabel, organizador de ese Congreso, el favor de una amplia y paternal bendición apostólica.

Reciba, señor presidente, el testimonio de mi devota consideración.

J. B. MONTINI, prosecretario."

2.—LA MISION DE LA PRENSA CATOLICA

A) Salutación de bienvenida

Por el reverendo padre Gabel

Redactor jefe de "La Croix". Presidente del Comité de Organización del Congreso

Al finalizar nuestro Congreso de Roma en 1950, el Santo Padre nos hizo destinatarios de una alocución sobre la opinión pública. Por un sentimiento de viva gratitud al interés que desde hace tanto tiempo el Santo Padre viene testimoniando a nuestra profesión, hemos orientado nuestras investigaciones hacia la opinión pública, porque tenemos conciencia de que aun conserva riquezas no suficientemente explotadas.

I. EXIGENCIAS FUNDAMENTALES DE LA PRENSA CATOLICA

La prensa católica debe ser fiel a su vocación, y para ello debe poner los medios, siendo el más elemental, aunque alguna vez se sitúe en último término, el que sea ante todo verdadera prensa, el que se someta a las exigencias fundamentales de su naturaleza:

1. Actualidad

No es inútil decir que todo lo que se imprime no es necesariamente prensa, o, para ser más exactos, no es necesariamente periodismo y, todavía menos, verdadero periodismo. Lo que le caracteriza, sea diario o semanario, es el acontecimiento, el hecho que acontece día a día; su ley, al mismo tiempo que la condición de su éxito, es el no evadirse del acontecimiento del día que el periódico debe relatar, explicar y comentar. Y cuando parece remontarse con relación a este acontecimiento, es para mejor penetrarle y subrayar su actualidad.

2. Universalidad

Un periódico católico debe ser un periódico de información universal. Si no satisface esta exigencia y no se somete a ella, más vale que consagre su atención, su tiempo y su dinero a otra actividad que a esta tarea condenada de antemano al fracaso.

3. Lanza su mensaje a través del acontecer diario

Nuestro papel no es de ordinario presentar la doctrina en sí misma, no es publicar en su formulación abstracta el mensaje evangélico; nosotros no somos

ni la cátedra de la verdad, ni una revista teológica, ni un boletín parroquial. Lo que no quiere decir que tengamos el derecho de olvidar los principios, sino que tenemos más bien el deber de considerarnos al servicio no sólo de los hechos, sino de la verdad, y muy particularmente de la verdad evangélica y del magisterio encargado de recordar esta verdad y de aplicarla. Pero no se trata para el periodista de proclamar la verdad por sí misma, en el absoluto de su esencia mística, sino más bien de descubrir y hacer descubrir la verdad en su incidencia, en su estallido bajo nuestros ojos, en medio de las pasiones que ella compromete y contradice; es a través de los hechos, y con ocasión de los mismos, profanos y religiosos, de todo lo que acontece cada día: una guerra, una huelga, un afán apostólico misionero, una entrevista de jefes de gobierno, una reforma de estructura, un congreso político, una competición deportiva, un convoy de refugiados, un descubrimiento científico, como el periodista debe transmitir su mensaje. Es en esta historia concreta, a través de ella, y por ella también, cómo se realiza la salud en el mundo: los hombres no se salen fuera de la historia; la Iglesia no realiza su obra al margen de la misma, y la gracia adviene también a las almas por este "sacramento" universal que es la Historia. Sobre el frente entero de la humanidad se produce el misterio de la salud cristiana. Un periodista católico no puede, pues, olvidar ningún hecho ni abandonar ninguna cuestión, y si por causa de reacción contra la prensa neutra, que sistemáticamente guarda silencio sobre el hecho cristiano o profano, vacío de sustancia, olvida el acontecimiento o lo que nosotros llamamos la actualidad, y si no se solidariza con toda justicia y con toda verdad, si no se interesa por todos los hombres y por todos los problemas, él faltará a su vocación. En toda esta actualidad, simple o trágica, y con todos los hechos terriblemente cotidianos, él reconoce el rastro de Dios y la sangre de Cristo.

4. Realismo

Si el periodista cumple correctamente con su oficio, se convierte en el informador precioso que por exacto conocimiento de los hechos permite más fácil-

mente situar una pastoral, una enseñanza o un apostolado. El realismo es condición de fecundidad.

II. OBLIGACIONES DE LA PRENSA CATOLICA

La prensa católica no se dirige a hombres que viven en un ambiente cerrado, sustraídos a toda influencia; que sólo se plantean los problemas que nosotros les planteamos. Ella alcanza a lectores que sufren las presiones, participan de las reacciones y aceptan los juicios de un medio determinado.

Nosotros nos equivocamos si creemos que podemos redactar un periódico sin tener en cuenta los centros de interés que en ciertos momentos polarizan y apasionan a nuestros lectores. Entre las obligaciones más delicadas y, por tanto, más urgentes de la prensa católica, yo pondría en primer lugar la que afecta a mayor número de sus lectores: la de abordar los problemas que preocupan, efectivamente, a la opinión pública.

Bien sé que no siempre es fácil tratar de ciertos problemas con toda objetividad, lealtad y libertad; se les puede escamotear, tratarlos con preterición; se puede, sobre todo, deplorar que ellos hayan sido rebelados. Pero desde el momento que son conocidos, desde el momento que preocupan a nuestros lectores, desde el momento que todo el mundo, o al menos el medio católico, se interroga sobre ellos, tenemos el derecho de no sustraernos a nuestro deber.

¿Para qué servimos si no somos actuales ni en los hechos ni en los problemas?

Las cosas se presentan diversamente según los países, pero un deber fundamental idéntico se impone a todos: el de ser fieles, porque únicamente siendo fiel es como el periodista católico realiza una de sus funciones primordiales: la de promover la formación de la opinión pública católica. En las coyunturas difíciles debe estar animado de un profundo respeto por las almas, de un sentido de responsabilidad, de una voluntad de servicio formada y de una fidelidad a las enseñanzas del magisterio y a las decisiones de la jerarquía de la Iglesia.

El Santo Padre nos recordaba en su alocución de 1950 que una verdadera opinión pública supone un juicio personal y libre. Esta libertad algunos la sitúan sobre todo en una posibilidad de crítica, de "remis in question", en el uso de una cierta independencia en la investigación y en la defensa de una solución. Pero la libertad indispensable inherente a la opinión pública, ¿no consistirá más bien, y ante todo, en la libertad para prestar el asentimiento? Ciertamente que esta libertad de asentimiento supone una investigación, una problemática, pero también exige, sobre todo, una asimilación de las enseñanzas y de las orientaciones dadas por el magisterio, juntamente con una confrontación personal de esas mismas enseñanzas directivas y orientaciones con los hechos y las situaciones.

Las aplicaciones serán seguramente diversas en los detalles y en las modalidades técnicas, y en el interior de la opinión pública hay afortunadamente ancho campo para la elección, para la crítica y para las divergencias. Pero no hay opinión pública sin reducción a un denominador común, sin identidad de criterios, sin comunidad de sentimientos, sin convergencia de reacciones. La opinión pública es un consentimiento sutil y fuerte, indefinible y omnipresente, difuso y explosivo; pero este consentimiento debe ser obtenido no por una violación de las conciencias ni por una standardización del pensamiento, sino como término de una elección, de un asentimiento, de una toma de conciencia de sus responsabilidades, de un acto de libertad. Este juego de la libertad es absolutamente indispensable; se debe decir que es esencial a la opinión pública en la Iglesia, porque la opinión pública en la Iglesia no puede estar más que en la línea de la fe, en la prolongación de la fe; porque la fe es un acto libre del

hombre, quizá el acto más libre del hombre.

III. LA TECNICA EN LA PRENSA

El periodismo católico tiene, pues, una doble misión que no escapa, en ningún dominio, a las leyes del periodismo en sentido estricto. Por mi parte os había de decir que antes de tener una misión tiene una técnica.

El periódico ofrece el mensaje cristiano en un soporte, en un soporte de un

género particular: es preciso que ese soporte sea válido, y he aquí por qué a todo lo largo del Congreso nosotros queríamos reaccionar contra el "amateurismo", contra la improvisación y la impreparación de los hombres. No porque en un cántico se lean las glorias del Altísimo las notas y las palabras van a ser poesía y música. No porque hayamos bautizado una cierta actividad de publicistas, ésta sería verdadera prensa, conforme a las leyes propias del género y satisfaciendo la atención de un vasto público.

B) La prensa y la opinión pública en la Iglesia

Por Otto ROEGELE

Redactor-jefe de "Rheinischer Merkur"

Quizás alguno de vosotros se extrañará un tanto del tema acerca del cual tengo el honor de disertar: "La opinión pública en la Iglesia". ¿Por ventura no es éste un enunciado enteramente insólito, casi vidrioso y suscitador de escándalo?; en una Iglesia con una organización jerárquica tan sólida y una disciplina doctrinal tan severa, ¿cabe algo que pueda llamarse "opinión pública"?; ¿acaso una noción que pertenece por modo tan paladino al mundo contemporáneo y a la sociedad liberal tiene cabida legítima en el seno de una Iglesia jerárquicamente organizada desde hace dos mil años?

En qué sentido puede hablarse de "opinión pública" en la Iglesia

Por nuevo y desacostumbrado, el uso de la expresión "opinión pública" en el seno de la Iglesia suscita no poca desconfianza; mas ello no significa que la "cosa" sea en sí misma nueva e insólita. Por el contrario, siempre ha existido en la Iglesia una opinión pública. La Iglesia está compuesta de hombres expuestos en cierto grado al "espíritu del tiempo", al estilo de vida y de pensamiento de su época, a los influjos del mundo en torno; es más, los titulares de la potestad de magisterio eclesial, sin mengua de la dirección del Espíritu Santo, son también en su textura humana "hijos de su tiempo", y ello significa, como lo ha demostrado muy elocuentemente el gran teólogo de Innsbruck Karl Rahner ("Das freie Wort in der Kirche"; Einsiedeln, 1953), que están condicionados por la opinión pública de su tiempo. Esto se advierte más claramente cuando para la defensa de las enseñanzas y derechos de la Iglesia han de polemizar con ese "espíritu del tiempo", y es un fenómeno que ocurre frecuentemente en la historia de la Iglesia, el hecho de que las verdades importantes de la enseñanza dogmática y tradicional no se han decantado ni definido, sino por comparación con la opinión pública de la época correspondiente. Es, pues, indudable que, por lo menos en este sentido, siempre ha habido una opinión pública en la Iglesia, incluso cuando el término "opinión pública" no se empleaba en el seno de la misma. Pero esto no basta. La existencia de una opinión pública en el seno de la Iglesia, su formación y libre manifestación no son fenómenos por caso acaecidos, algo que podría ser de otra suerte o simplemente no ser. Esta opinión pública es un hecho que participa en mayor medida del ser mismo de la Iglesia. "La opinión pública—ha dicho Pío XII—es, en efecto, el atributo de toda sociedad normal compuesta de hombres... Allí donde no apareciese manifestación alguna de la opinión pú-

blica; allí, sobre todo, donde fuese necesario reconocer su real inexistencia, cualesquiera que sean las razones en cuya virtud se expliquen su mutismo o ausencia, habría que ver un vicio, una enfermedad, una dolencia de la vida social." ((Discurso de Su Santidad al Congreso Internacional de Periodistas Católicos, "L'Osservatore Romano", 18 de febrero de 1950).

Ahora bien: la Iglesia es, evidentemente, una sociedad, y lo es en sentido eminente y especialmente notable, una sociedad dotada de todos los caracteres y atributos de una verdadera sociedad, una "societas perfecta"; y no cabe, pues, extrañarse de que se exija también para ella una opinión pública. Con razón el Papa dice en el mismo discurso que esta exigencia "sólo puede extrañar a quienes desconocen a la Iglesia o la conocen mal". Sin embargo, cabe conceder que hoy vemos esto con más claridad y podemos expresarlo más explícitamente que antaño. Así, pues, podemos decir, sin temor a equivocarnos, que en la Iglesia de hace cincuenta años, a poco de la promulgación del "Syllabus", de Pío IX, un alegato "en pro de la consideración de la opinión pública" habría sido poco comprensible e inesperado casi en boca de un Papa.

Al cambiar los enemigos de la Iglesia y del cristianismo, la verdad cristiana, una e inmutable, no cambia en sí misma; pero cambia el frente en el cual la Iglesia tiene que defender su verdad, cambian los aspectos de la inmutable verdad que aquélla descubre, presenta y posee por entero. Y así, en la época del liberalismo, de la llamada "libertad de la ciencia", se pondrá de relieve la autoridad conferida por Dios al magisterio de la Iglesia; y en nuestros días, en la época del Estado totalitario, de la nivelación del individuo y de las orientaciones ideológicas impuestas, la Iglesia se verá constreñida a defenderse más abiertamente de todo intento de asemejar su ser y su acción con el ser y la acción de un Estado totalitario; tomará por modo más expreso el partido de la responsabilidad y de la libertad individual, tanto en la vida profana como en la religiosa; dirá, por ejemplo (cosa que no hizo tan expresamente en lo pasado), que hay y que debe haber una opinión pública en la Iglesia misma, por manera que resulte claro que ésta no es "un Estado totalitario en el plano religioso, según lo creen y dan a entender muchos de los que viven fuera de su seno" (K. Rahner).

Cuando la tendencia general era la de relajar los lazos tradicionales, la de destruir las estructuras comunitarias, la de romper todos los vínculos sociales entre los individuos, uno de los grandes cuidados de la Iglesia fué

el de acentuar las relaciones sociales del hombre y el de subrayar su estructura propia como sociedad sólidamente establecida, "actis ordinata". Hoy se trata más bien de moderar racionalmente las pretensiones desmedidas de los Estados, y no sólo de los Estados totalitarios; de garantizar la libertad de conciencia y los derechos de los entes naturales (individuos, familias, grupos sociales) contra los excesos de un poder colectivo que lo devora todo. Nada, pues, tiene de extraño que, en el seno de la Iglesia, hoy veamos con luz nueva los derechos del individuo, y podemos hacerlo en lo sucesivo sin peligro, porque la fidelidad a la Iglesia, a la Jerarquía y a Roma nadie la pone en duda. Por lo demás, el desarrollo general de la civilización ha conducido a los hombres, a lo menos en Occidente, a considerar sus relaciones con la Iglesia con más conciencia y reflexión que antes. Al mismo tiempo, han devenido "maduros", y no sólo están en condiciones de soportar un mayor grado de publicidad y libertad de pensamiento en el seno de la Iglesia, sino también de contribuir activamente a su formación y desarrollo.

El deber de participar en la "creación" de "opinión pública"

Si ello es una consecuencia necesaria del carácter de colectividad que la Iglesia posee (como el propio Papa ha dicho con claridad que elimina todo equívoco), si es lógico que se forme en el seno de la Iglesia una opinión pública, y una opinión pública que se manifieste, resulta de todo punto evidente que todos los creyentes tienen no sólo el derecho, sino también el deber de contribuir, cada uno en su puesto, a la formación de esta opinión pública y que es deber de la autoridad eclesiástica exigir dicha formación, y allí donde fuere necesario, fomentarla. Pío XII no ha titubeado en manifestar tal opinión en el precitado discurso, dirigido a los asistentes al Congreso de la Unión Internacional de la Prensa Católica, discurso publicado por "L'Osservatore Romano" del día 18 de febrero de 1950: "Por último, Nos deseáramos añadir unas palabras acerca de la opinión pública en el seno mismo de la Iglesia, naturalmente cuando se trate de materias abandonadas a la libre discusión. No tienen por qué admirarse de esto sino aquellos que no conocen a la Iglesia o la conocen mal, pues, a la postre, la Iglesia es un cuerpo vivo, y algo le faltaría a su vida si la opinión pública le faltase, por cuya falta la censura recaería sobre los pastores y sobre los fieles. A este respecto, la prensa católica puede ser muy útil. A este servicio, más que a ningún otro, el periodista católico debe aportar su carácter, del cual Nos hemos hablado, y que está hecho de inalterable respeto y amor profundo por el orden divino; es decir, en el caso presente, por la Iglesia, no sólo tal como ella es en los designios eternos, sino tal como vive concretamente en el mundo, en el espacio y en el tiempo; divina, sí; pero formada por miembros y órganos humanos."

"Si el publicista católico posee este carácter, sabrá guardarse tanto de un servilismo mudo como de una crítica sin freno. Ayudará con claridad firme a la formación de una opinión católica en la Iglesia y precisamente cuando, como ahora acontece, esta opinión oscila entre los dos polos, igualmente peligrosos, de un espiritualismo ilusorio e irreal y de un realismo derrotista y materialista.

Lejos de ambos extremos, la prensa católica deberá ejercer entre los fieles su influjo sobre la opinión pública en la Iglesia. Sólo así se podrán eludir todas las ideas falsas, por exceso o por defecto, acerca de la función y posibilidades de la Iglesia en la esfera temporal, sobre todo en lo atinente a la cuestión social y el problema de la paz."

Límites al desarrollo de la "opinión pública"

Nadie con más lucidez ni de manera más impresionante que el Papa podía formular el derecho a la existencia, la necesidad misma de la existencia de una opinión pública en la Iglesia, y el deber de participar en su creación. Pero al mismo tiempo se plantea la cuestión de saber dentro de qué límites, según las palabras del Papa Pío XII, esta opinión pública puede y debe desarrollarse con plena libertad. El Papa los define con estas palabras: "En las materias abandonadas a la libre discusión." Es una definición lúcida, con la cual podemos trabajar bien. Delimita claramente la esfera de origen de divino y sobrenatural y garantiza la libertad de opinión en "todas las demás cuestiones". Es sumamente instructivo a este respecto recordar que ya el gran Pontífice León XIII, en su encíclica "Libertas", de 26 de noviembre de 1888, manifestaba este mismo pensamiento con inigualable precisión. "En todas las cuestiones sobre las cuales ni Dios ni la Iglesia se han pronunciado, y que Dios abandona a la libre interpretación, cada uno puede pensar lo que quiera, puede expresar lo que reputa por verdadero; ello no está prohibido por la naturaleza, pues esta libertad jamás arrastra a los hombres a la opresión de la verdad; más aún: frecuentemente nos ayuda a encontrar la verdad e ilustrarla."

¿Qué materias comprende este dominio excluido de la libre discusión y de la formación de la opinión? El reverendo padre Antón Koch, de la Compañía de Jesús, da una respuesta exacta a esta cuestión en un artículo intitulado "Crítica de la Iglesia": "Todo el que, con cualquier pretexto, ataque los fundamentos de la Iglesia, por Dios mismo establecidos, ora se trate de sus dogmas o de su jerarquía, instituida por Nuestro Señor Jesucristo, ora de sus sacramentos o exigencias inmutables en materia de enseñanza moral, se coloque fuera de la Iglesia y no tiene derecho a comunicar en la misma como católico creyente." ("Stimmen der Zeit", 141, vol. 1947-48, págs. 170-171.)

Vemos, pues, que existe una esfera, relativamente poco dilatada y bien definida, de materias excluidas, "a priori" y absolutamente, de la libre discusión y de la formación de la opinión, es, a saber: las verdades reveladas y la organización jerárquica constitutiva de la Iglesia por institución divina. Todo lo demás, el extenso campo de vida religiosa que fuera de estos límites rigurosos se halla, está abandonado a las libres disputas de los hombres. Tenemos, pues, un campo inmenso para nuestras actividades y realizaciones. Ahora bien: si examinamos atentamente cómo se practica cotidianamente la formación de la opinión en el seno de la Iglesia, advertiremos al punto que, por lo que atañe a la realización de la idea del Papa, sólo estamos en el comienzo, en un comienzo tímido, inhibido por la pusilanimidad y la falsa noción de la autoridad. El amplio margen de libertad que se nos ha concedido, nos obliga, en cambio, a una conciencia siempre viva de nuestra responsabilidad. Esto nos

lleva como de la mano a la cuestión de saber qué condiciones deben cumplirse para que pueda surgir en la Iglesia una opinión pública libre y realista.

Condiciones para que surja en la Iglesia una "opinión pública" libre y realista

"La primera exigencia que tal libertad importa, es, indudablemente, la de que los hombres puedan conocer la verdad", decía Pío XII, el 16 de julio de 1946, ante los periodistas, y esta exigencia de un conocimiento hondo, tanto de las enseñanzas de la Iglesia como de los hechos que a la discusión atañen, es la primera y más importante para una participación activa en la formación de la opinión. No sin razón este postulado se halla también entre las exigencias profesionales del periodismo que el Papa anuncia en su discurso de 18 de febrero de 1950: "La competencia, una cultura general, sobre todo filosófica y teológica; los dones del estilo, el tacto psicológico. Mas en primer lugar, y ello les es de todo punto indispensable, han menester carácter, es decir, un amor profundo e inalterable por el orden divino que abarca y anima todos los dominios de la vida."

Este sólido fundamento de una cultura filosófica y teológica, y, cabría añadir, algo así como un "instinto católico" seguro son, sobre todo, necesarios cuando se trate de hallar el justo medio entre un espiritualismo ilusorio e irreal, por una parte, y un realismo derrotista y materialista, por otra, los dos extremos que Pío XII considera como los dos polos entre los cuales oscila con harta frecuencia la discusión en el seno de la Iglesia. Pero hay más: quien desee participar en el proceso de formación de la opinión en el seno de la Iglesia tiene, ante todo, necesidad de un amor apasionado por la Iglesia, de un ardiente "sentire cum Ecclesia", ha de participar, "ex toto corde", en los dolores y gozos de la Iglesia universal y de todos sus miembros. La participación en la formación de la opinión en el seno de la Iglesia traspasa necesariamente, "per se", los confines de lo puramente nacional, porque la perspectiva de la Iglesia no es ni nacional ni continental, si no, en verdad, planetaria.

Hallar esta perspectiva, aprender a ver en ella y no perderla en las tempestades que suscitan los conflictos espirituales, sociales y políticos de nuestro tiempo, presupone no sólo un trabajo continuo de propia educación, sino también sentido de la justicia, criterio firme, propensión a distinguir, en vez de la tendencia a generalizar, y, sobre todo, humildad. Pero esto no basta. El Sumo Pontífice desea que paremos mientes en una condición muy peculiar, atestiguando así que conoce exactamente la profesión de periodista, que ha sondeado el corazón del periodista. El Papa señala como peligros especiales y tentaciones del oficio, "la pusilanimidad y el abatimiento" y asevera que una "enérgica y altiva dignidad" constituye el mejor remedio, la virtud específica que oponer a ellos, sobre todo cuando se trate de abrirles los ojos a los lectores, de "abrir los ojos demasiado tímidamente fijos en los prejuicios tradicionales". Si a esto se añade que en algunos párrafos anteriores subraya el Papa el especial deber que el periodista tiene de combatir, en primer lugar, todas las corrientes que oprimen la libertad de pensamiento y de palabra, entonces este llamamiento del Papa a "la enérgica y altiva dignidad" del

periodista cobra más color, más luz, más fuego.

Otra condición para participar en la formación de la opinión pública en el seno de la Iglesia es cabalmente aquella competencia de la cual el periodista ha menester en todas las demás actividades de su profesión: la aptitud para apreciar oportunamente y prever las consecuencias y fenómenos marginales involuntarios, pero inevitables, de su palabra y escritos y enjuiciarlos siempre a la luz de la conciencia.

Una particularidad que asemeja la profesión de periodista a la de médico o "repúblico" en ésta: al periodista no le basta con empedrar de buenas intenciones sus actos y declaraciones. Amén del "animus beneficiendi", la apreciación del efecto y de sus consecuencias funestas, en su caso, corresponde también a las preocupaciones inmediatas de la conciencia. A menudo sucede hoy que una cuestión atañedora a la vida de la Iglesia no puede ser tratada sin que pronto se mezclen en el debate personas de todo punto indeseables e incompetentes, especialmente aquellas que intervienen en la disputa no para procurar sinceramente el bien de la Iglesia, sino por sentir un péfido placer, un gozo maligno y hostil contemplando el "aflictivo espectáculo" de discordia y zizafia que los miembros de ésta les brindan.

La cuestión se plantea, pues, en estos términos: cuando ejercemos nuestro derecho y cumplimos nuestro deber de hablar con entera libertad de las cosas de la Iglesia, ¿no es de temer que nuestras propias objeciones, nuestros pensamientos y nuestras cuestiones críticas se utilicen por los enemigos de la Iglesia e incluso se aprovechen y orienten en sentido diametralmente opuesto?; ¿no cabrá temer que, aun con recta intención por nuestra parte, es decir, la de ser útiles a la Iglesia, de una crítica formulada con entera libertad, ciertamente, pero también con respeto, se siga, por la inferencia de otros, un efecto nocivo, opuesto al que se deseaba?

Ciertamente, no cabe negar que una apreciación cuidadosa de estas repercusiones, siempre contingibles, es menester en cada caso concreto. Mas el temor de estas consecuencias, en manera alguna queridas, pero tal vez, "hic et nunc", inevitables, no debe hacernos pusilánimes. "Ha pasado ya el tiempo en que se podía esperar la ocultación de los daños reales con un sistema de enmascaramiento (camuflaje)" (A. Koch). Por lo demás, la propaganda de los enemigos de la Iglesia no carecería de armas para sus asaltos, aunque se cortase de raíz toda discusión en el seno de la misma por temor a que puedan aquellos utilizar para el mal nuestros pertrechos.

Por el contrario, a los ojos de la mayoría de los hombres de nuestro tiempo, el crédito de la Iglesia aumenta cada día, por ser visible el hecho de que en su seno se discuten con seriedad y libertad sus problemas, sus deberes, sus flaquezas y sus posibilidades. Cuando el mundo advierta la existencia de una opinión pública libre en la Iglesia (ello será para él una gran sorpresa), resultará de ello no una decepción, sino más bien un acrecimiento de la credibilidad. Los hombres de nuestro tiempo tienen una sensibilidad muy aguzada para la autenticidad y veracidad humanas, y al mismo tiempo fían poco de las palabras graves, sobre todo cuando las mismas están penetradas de la unción de la retórica eclesiástica. Quizá nada mejor para corroborar la credibilidad del men-

saje cristiano que demostrar cómo nos aplicamos, con entusiasmo y alegría, a crear, en libertad, una opinión pública independiente en el seno mismo de la Iglesia.

Aquel que posea las cualidades antedichas o se cure, por lo menos, de adquirir las, estará facultado para reivindicar el derecho de poder, con un amor reverente por la Iglesia—amor no es sinónimo de ceguera o falta de sentido crítico para las flaquezas y caídas—, formarse una opinión propia acerca de lo que está abandonado a las disputas de los hombres y de manifestarla sin ambages.

Si, en muchos casos se trata más de un deber penoso y amargo que de un derecho anhelado y gozosamente recibido. "Las verdades que se callan quedan emponzoñadas": esta frase de Nietzsche vale también aquí. Si quisiéramos callar verdades inoportunas por el mero hecho de ser inoportunas, pecaríamos contra el deber de sinceridad, faltaríamos al deber expresado por el Papa de contribuir a la formación de una opinión pública libre en el seno de la Iglesia, y quizá devendríamos cómplices de pravedades heréticas. Por otra parte, la falta de información, el ocultamiento de ciertos sectores de la actualidad de la Iglesia y del mundo, irrogaría considerable perjuicio a los responsables del apostolado en la misma, ya clérigos, ya laicos, y de semejante mal nos haríamos cómplices. "La Iglesia ha de ajustar siempre su vida a condiciones exteriores dadas, las cuales, en sí mismas, están con harta frecuencia sustraídas a su influjo inmediato y no son para ella sino simples contingencias, que, sin embargo, debe conocer" (K. Rahner), y será menester hablar de negligencia grave cuando el conocimiento y la comunicación de esta realidad contingente no se llevan a cabo, cualesquiera que sean las razones o restricciones mentales que para ello se aleguen, por culpa de los primeros responsables, conviene a saber, los periodistas.

A menudo entran por mucho en estas contingencias los "apetitos, emociones, sentimientos, enojos", etc., de hombres que podrían ser diferentes, pero que, ¡ay!, son como son, bien que este "son como son" sea en no pocos casos mera consecuencia del libre albedrío, que "de suyo", sólo "de suyo", permitiría a los hombres determinarse de otra suerte, sin que sea posible imponerles y ordenarles siempre y en todo caso estas otras decisiones.

Estas "precontingencias" son extraordinariamente diferentes y multiformes; cambian según los pueblos, las regiones y las épocas; cambian a menudo muy rápidamente; a las veces parecen contradecirse, y hácenlo realmente en muchos casos. En suma: el conocimiento de estas "precontingencias" a las cuales debe adaptarse la vida de la Iglesia no es ciertamente cosa fácil, mas ha de procurarse siempre y sin desmayo. Cabalmente, la "opinión pública" en la Iglesia tiene ahí su propio campo de actividad. La cual actividad consiste en una notificación de la "situación" que los dirigentes oficiales de la Iglesia deben conocer y tomar en consideración, una notificación efectuada por aquellos que existen en esa situación, que viven en ella su vida religiosa y cristiana y que han de procurar en ella la salvación de su alma. La opinión pública en la Iglesia debe poner de manifiesto las convicciones íntimas de los hombres que en ésta viven, a fin de que sus pastores puedan

dirigirla con pleno conocimiento de la situación. Los "responsables de la Iglesia" deben saber lo que los hombres piensan y sienten, lo que éstos aman y quieren, lo que les escandaliza, lo que les parece pesado y duro, qué cambios se han operado en sus reacciones, cuáles son los problemas que les preocupan, en qué casos estiman insuficiente una respuesta o una reglamentación tradicional, qué modificaciones verían con agrado, etc. "Cuanto mayor es el número de hombres, cuanto más distintas son sus situaciones, tanto más diferente es su mentalidad, tanto más difícil se hace este conocimiento de la situación, pero al propio tiempo tanto más necesaria también una opinión pública" (K. Rahner).

De todo lo dicho se infiere que la participación activa en el proceso de formación de una opinión pública en el seno de la Iglesia exige talentos y conocimientos muy precisos, una familiaridad con la vida pública y el dominio de ciertas técnicas. Dicho de otra manera, esta participación constituye en gran parte la tarea propia de una profesión determinada. No ciertamente por acaso, Pío XII, al hablar de la opinión pública en general y de su formación en el seno de la Iglesia en particular, se dirigía a los representantes de esta profesión, a los periodistas y editores.

La función del periodista

Y en verdad, aunque se vacilase en afirmar la existencia de una "esfera cultural autónoma" de la opinión pública—a mí parecer, semejante vacilación no estaría fundada—, se debería, no obstante, reconocer que, para la formación de la opinión, nadie mejor preparado que el periodista, cuya profesión le coloca constantemente en relación con la opinión pública.

El principio de subsidiariedad, valedero en toda suerte de actividad social, y que los Papas de los últimos lustros han recomendado incansablemente, es útil también al respecto. Pío XI y Pío XII han enseñado con claridad suma que el "principio de subsidiariedad es asimismo valedero en el seno de la Iglesia", sin mengua de su estructura jerárquica (doctrina que, por desgracia, apenas cuenta en nuestras controversias eclesiológicas y éticosociales, por no hablar de la práctica, que a las veces se complace en derrocarlo por entero). Semejante falta de claridad es tanto más lamentable cuanto que el conocimiento y aplicación de esta doctrina podría servir de faro en las borrascas que a menudo levantan, así un clericalismo recalitrante, por un lado, como la insolencia irreverente, por otro.

Pío XII, en su famosa alocución al Sacro Colegio de 20 de febrero de 1946, puso de relieve el valor del principio de subsidiariedad en el campo religioso: "El Apóstol de las Gentes, hablando de los cristianos, proclama que no son ya como niños que fluctúan (Efesios, IV, 14), de incierto paso, en el seno de la sociedad humana. Nuestro predecesor, de feliz memoria, Pío XI, en su encíclica sobre el orden social "Quadragesimo anno", sacaba de este mismo pensamiento una conclusión práctica, al paso que enunciaba un principio de valor universal; conviene a saber: aquello que los individuos pueden hacer por sí mismos y con sus propias fuerzas, no se les debe arrebatar y traspasar a la comunidad. Tal principio es asimismo valedero cuando se trata de sociedades o agrupaciones menores, de orden inferior, respecto de las

mayores y más elevadas. Porque—así decía el sabio Pontífice—toda actividad social es por naturaleza subsidiaria; debe servir de sostén a los miembros del cuerpo social, y jamás destruirlos y absorberlos. Palabras, en verdad, luminosas, que tienen aplicación práctica tanto en la vida social, en todos sus grados, cuanto en la vida de la Iglesia, sin mengua de su estructura jerárquica.”

El principio de subsidiariedad exige, naturalmente, que la participación activa en la formación de la opinión pública en el seno de la Iglesia se confíe, desde luego, a los que, a más de católicos, son profesionalmente artesanos de la opinión pública. Cuanto más confusa la situación, tanto más delicado el arte de percibirla y manifestarla, tanto el servicio de la opinión pública debe ser la tarea de una profesión precisa organizada especialmente para ello. Cabalmente, a los miembros de esta profesión, el Papa les reconocía “expressis verbis” “la regia libertad de los hijos de Dios” en el ejercicio de la misma, esta libertad que en el sacramento de la Confirmación se reafirma en cada bautizado con miras a su esfera de acción, especialmente para su cooperación en las tareas apostólicas de la Iglesia, y que hace del periodista católico un partícipe colaborador en la tarea apostólica de la Iglesia, en la “transmisión de los principios exactos del magisterio” y en la “solución segura de las controversias” (Pío XII al Cardenal Faulhaber, 1 de noviembre de 1945).

Así, pues, en realidad, nada tiene de extraño que la Iglesia conceda a los periodistas (como a las demás personas calificadas para participar en la formación de la opinión pública en el seno de la Iglesia) una esfera de libertad inviolable. Esta liberalidad no es una concesión a duras penas arrancada a la Jerarquía, sino una emanación de la esencia misma de la Iglesia, la consecuencia de un principio que vale para toda actividad desarrollada en sociedad y, por tanto, en la Iglesia.

¿A qué altura está la prensa?

Ahora bien, ¿nuestra prensa católica está en la actualidad a la altura de las exigencias que con ella se tienen? La discusión en el seno de la Iglesia, el fomento, desarrollo, difusión, promoción, corrección, perfeccionamiento y depuración de la opinión pública en el seno de la Iglesia, ¿ocupan en nuestra prensa el lugar que les corresponde? O, por el contrario, esta zona de nuestros deberes, ¿no es para muchos, quizá para la mayoría de nosotros, una tierra todavía virgen, una “terra incognita”, a la cual no podemos aproximarnos sino con temerosas vacilaciones y una timidez angustiosa?

La respuesta a estas preguntas será diferente para cada nación aquí representada. Ello es natural y justo, porque la medida e intensidad de la discusión en el seno de la Iglesia, su grado de apertura y publicidad, dependen del nivel medio espiritual y religioso de cada país y sus habitantes.

Hasta el presente, hemos hablado tan sólo de la esfera que, según palabras del Pontífice felizmente reinante, está abandonada a las libres disputas de los hombres.

Importancia de la opinión de los fieles

Digamos ahora unas cuantas palabras acerca de la importancia de la

opinión de los fieles en las materias reservadas al magisterio de la Iglesia.

El Cardenal Newman, en su célebre artículo sobre “La encuesta entre los fieles en materia de doctrina cristiana” (“Rambler”, julio 1859, págs. 401-414 y 548-557), pone de manifiesto cómo en todo tiempo la afirmación de fe de los simples fieles, que puede expresarse no sólo con fórmulas, sino también con plegarias, costumbres y ritos paralitúrgicos, etc., siempre se ha tomado en consideración por los más altos representantes del magisterio eclesiástico, los cuales la han estudiado cuidadosamente y utilizado para la definición de los artículos de la fe.

Newman escribió este artículo justa y exclusivamente para precisar una frase y defenderla, frase que había publicado en el “Rambler” dos meses antes: “Puesto que en la preparación de una definición dogmática se pregunta su parecer a los fieles, como se ha hecho recientemente en el caso de la Inmaculada Concepción, es asimismo natural, por lo menos, que se den parejas pruebas de simpatía y benevolencia en importantes cuestiones prácticas (y no hablo de la amable condescendencia, que debe ser privativa de los que son el modelo del rebaño)” (I P., 5, 3).

Cuando se piensa en esto y en las circunstancias históricas; cuando se considera que el artículo de julio ocasionó la entera justificación de Newman ante el magisterio de la Iglesia, se desvanecen las últimas dudas que pudieran existir en cuanto a la importancia de la opinión pública en el seno de la Iglesia en el plano esencial de la enseñanza dogmática y de la enseñanza moral.

La alusión de Pío XII a una “enérgica y altiva dignidad”, con la cual ha de cumplir el periodista católico su deber profesional de formación de la opinión en el seno de la Iglesia, nos insinúa que, allí donde la Iglesia y la esfera cultural se toquen y crucen, “el parecer de los fieles debe desempeñar un papel aún más importante, un papel de primer plano”.

He aquí, para terminar, unas consideraciones exegéticas, que quizás a los filósofos más ligados a la tradición les parecerán demasiado “periodísticas”.

No sin razón, el vocablo periodista despierta, por asociación de ideas, el concepto “noticias”. El periódico vive de las noticias y de las reflexiones que la noticia provoca. La información y la reacción consiguiente determinan naturalmente la opinión pública, incluso en la Iglesia misma.

A este respecto, la Sagrada Escritura nos brinda un ejemplo famoso, y es por demás significativo que el hecho relatado exacto y minuciosamente por los tres Evangelios sinópticos describa con vigorosos trazos y de manera impresionante la función de los laicos ante la Jerarquía en lo atañedor a la noticia, su crítica y su estimación.

Las tres mujeres, María Magdalena, María, la Madre de Santiago, y Salomé, acudieron, cuando alboreaba el primer día de la semana, al sepulcro de Cristo y supieron, por boca del ángel, del mensajero del Señor, la noticia de la resurrección, y recibieron la misión de comunicar a los apóstoles esta nueva auténtica (Marcos, 16, 7; Mateo, 28, 7). Y partiendo a toda prisa del monumento (San Marcos, cap. 16, vers. 8, emplea el verbo huir), las tres mujeres fueron a contar a los apóstoles lo que habían visto. Pero tales palabras las tuvieron por femenil delirio de mujeres y no las creyeron (Lucas, 24, 11). Sólo

Pedro, por la conciencia que tenía de su deber, como jefe, de fiscalizarlo todo cuidadosamente, incluso las posibilidades más inverosímiles, se levantó y corrió al sepulcro (Lucas, 24, 12); así que vió comprobadas las afirmaciones de las tres mujeres, quedóse estupefacto.

Las tres mujeres que Dios había escogido para transmitir a la Iglesia la nueva más estupenda de todos los tiempos eran simples laicas, simples laicas sin categoría ni posición en la Iglesia. Una de ellas, por añadidura, María de Magdala, no había podido penetrar, a causa de su reputación, en las casas de los “bien-pensants” de Jerusalén. ¿Cabe nada más significativo que esta historia para dar una idea de los medios que el Espíritu Santo está dispuesto a emplear en ocasiones cuando se trata de manifestar una verdad sobre un mundo nuevo?

No es menester mucha imaginación para figurarse cuál fué la reacción de los once y de los discípulos cuando llegaron las mujeres con información tan sensacional. Debió sorprenderles “como una bomba”. Asustados, los hombres de la Iglesia estaban reunidos, con todas las puertas cerradas, y lloraban el hundimiento de todas sus esperanzas mesiánicas, en parte puramente terrenas (Lucas, 24, 21). Quizá deliberaron entre sí lo que era necesario hacer para que el Sanedrín no pudiera aprisionarlos y llevarlos a juicio cuando de nuevo se presentase, después de las fiestas, la ocasión de llevar a cabo una acción oficial. Quizá prepararon su huida de la capital; tal vez celebraron consejo acerca de la manera de mantener contacto entre sí, caso de que su suerte les deparase nuevas vicisitudes.

Cabalmente en tal ambiente de honda presión estalló, por decirlo así, la noticia de la resurrección del Señor, cuya muerte dolorosa está descrita por menudo, cuya muerte está probada por la lanzada, cuyo sepulcro se había sellado por orden de la autoridad superior y sometido a vigilancia policíaca. ¿No era todo ello más que suficiente para que el relato de las mujeres pudiera atribuirse a una mala pasada de sus nervios sobreexcitados? ¿No era todo ello razón más que suficiente para que hombres cuerdos y reflexivos, hombres serios, obligados por sus funciones a la circunspección y la dignidad, debiesen echar en saco roto las declaraciones de seres apasionados, ayunos de todo sentido crítico?

Empero, las tres mujeres no permitieron el mentís de lo que habían visto y oído. Aunque Pedro y también Juan, según su propio testimonio, acabaron por seguir las y corrieron hacia el sepulcro, ello debió ser más por insistencia de las mujeres que por la confianza que su narración les merecía. Llegó Juan el primero, porque era joven e impetuoso, y a medias estaba ya convencido de la veracidad de la noticia; Pedro, más maduro, llegaba más despaciosamente, cual hombre que en su fuero interno no puede darle crédito.

La historia de las tres mujeres, a despecho de las diferencias que se advierten en la recensión de Juan, está relatada tan concordante en los tres Sinópticos, que no cabe dudar de la autenticidad histórica de sus pormenores.

En tales pormenores, esta autenticidad pone de relieve su carácter ejemplar, especialmente importante para nuestro objeto. La circunstancia de que sean mujeres por extremo “incompetentes” las que desempeñen el papel principal; el hecho de que el primer efecto por ellas conseguido fuese una desdefiosa recusa-

ción fundada en femeniles "delirios"; el segundo, la extrañeza, y el tercero, la fe; el hecho de que sea el propio Papa el primero en determinarse a conceder a la información de las tres "incompetentes" entidad suficiente como para llevar a cabo en persona su verificación, mientras los demás apóstoles y discípulos se obstinaban en el escepticismo, en una recusación "a priori"; el hecho de que la función de estas tres mujeres haya consistido en conmover a la Iglesia con un "shock" salutar, en reanimarla y convencerla del actual poder salvífico del Señor; todos estos hechos hay que desdenarlos si se quiere poner en duda que la opinión pública, independiente de las instancias superiores oficiales de la Iglesia, tenga una significación esencial irremplazable, una significación que toca inmediatamente a la salvación, la salud del alma y la santificación.

C) La prensa católica, al servicio de la Iglesia: difusión del magisterio de la Iglesia cerca de los creyentes y de los no creyentes

Por Federico ALESSANDRINI
Redactor jefe de "L'Osservatore Romano"

Nosotros podemos hacer una distinción entre lo que es de fe y lo que es del dominio de la opinión, es decir, de la libre interpretación.

Pero todo periodista sabe bien, por experiencia personal, que hay casi siempre una cierta interdependencia entre lo que yo llamo el sentir común y la verdad, y sabemos que en nosotros mismos (por consiguiente, en todo hombre y dentro de la colectividad) hay siempre la tentación de interpretar, de reconocer la verdad desde el punto de vista de nuestras propias preferencias, es decir, de nuestras propias posiciones.

Manzoni, ese gran escritor italiano mal conocido en el extranjero, incluso en Francia, aunque de formación tan francesa (se siente planear sobre él incluso la sombra de Port-Royal), hace vivir un personaje muy real en el Milán del siglo XVII. Dona Prasede, de buena familia y de una gran caridad, tenía un celo inagotable de apostolado. Pero tenía la debilidad de confundir su propia voluntad con la voluntad de la divina Providencia. Pues bien, mis queridos colegas, permitidme decirlos que nosotros estamos todos expuestos a los peligros de esto que yo llamaría el complejo de Dona Prasede.

No cabe duda de que los periodistas católicos tienen siempre la mayor veneración por las enseñanzas de la Iglesia, pero hay a menudo en lo más hondo de nosotros una inclinación a ver en este magisterio lo que nos conviene en primer lugar.

De aquí una primera conclusión. Si la palabra de Santo Tomás es cierta—y lo es—, es preciso "contemplata tradere" transmitir este don que nos ha hecho después de haberlo comprendido bien.

I. TRABAJO DEL PERIODISTA

Nuestro trabajo se divide, pues, en dos momentos distintos: el primero consiste en conocer y reconocer el magisterio, es decir, en adherirse a él racionalmente; el segundo es la comunicación a nuestros hermanos creyentes y no creyentes de esto que se ha convertido en nuestro patrimonio íntimo y profundo.

1) "Contemplare"

Un hombre político italiano de otro tiempo, uno de estos hombres que entre nosotros son considerados como los padres de la patria liberal e incluso de la Italia del resurgimiento, decía que el Estado no previene, sino que reprime. El aforismo no es aceptable, sino con

En suma: esta "opinión pública" no podrá cumplir plenamente su función si sólo puede obrar por instigación, por mandato, en virtud de un "de frente marchen" de las instancias superiores de la Iglesia y dentro de un marco rigurosamente delimitado por las mismas. Es más: tiene un lugar y una misión independientes de la voluntad reguladora del magisterio de la Iglesia, y ello es valdero en todo tiempo y lugar. Las tres mujeres no estaban especialmente designadas para inquirir; sentíanse impelidas y llamadas por su amor al Señor, por el deseo de volver a verle que ardía en sus corazones; y estaban allí, precisamente allí donde el acontecimiento se había producido, en el lugar mismo de la noticia. Era su legitimación, válida y suficiente. ¿Puede serlo hoy de otra manera?

serias reservas, en la política. Pero me parece que puede aplicarse en parte a la condición del cristiano: la Iglesia, por los sacramentos que administra, es decir, por la gracia, asegura a cada uno de nosotros la energía vital para la acción. Con su enseñanza doctrinal y moral, fija una orientación, no otra cosa que una orientación, para el camino a seguir; por su enseñanza moral, se pronuncia sobre los medios de la acción. Dentro de este cuadro, el hombre, el cristiano, procede libremente, usando de esta libertad, que es el don inestimable y terrible del hombre caído y redimido.

Las llamadas, los avisos que eventualmente puedan alcanzarnos sin impedirnos exponer, dentro de la obediencia, nuestras razones, nos imponen, ante todo, una revisión profunda de la inspiración y del método de nuestro trabajo, pues el magisterio de la Iglesia, está unido a la verdad directamente; nos otros, por el contrario, no podemos llegar a ella sino por la mediación.

2) "Tradere"

El conocimiento está hecho de intuición y de reflexión: lo que nosotros debemos hacer es no separar los dos momentos y comprenderlos de prisa y bien.

Pero desde que nosotros, por el razonamiento, hemos confirmado la certidumbre que tenemos por la fe sobre las verdades del magisterio, debemos comunicarnos a nuestros hermanos los lectores, y nuestro deber profesional es saber hacerlo muy pronto.

Por lo que se refiere a la enseñanza de la Iglesia, yo sé, por estar muy cerca de la fuente, la dificultad principal con la que chocan casi todos nuestros periodistas: la rapidez y la integridad de la información. Con seguridad que hay grandes agencias de prensa, pero en el dominio de la enseñanza de la Iglesia, como en cualquier otro terreno, la información de las agencias telegráficas tiene sus lagunas y sus defectos, que—independientemente de la parcialidad que a menudo se da en ellas—son inherentes al carácter mismo de la agencia, sobre todo cuando ella quiere adelantarse a un competidor.

Esto hace que el sentir común de que yo hablaba no se forma a propósito de una información determinada, sino a propósito más bien de la primera interpretación del redactor de agencia. Y como muy a menudo se trata de documentos de enseñanza bastante largos, no se retiene sino aquello que, según el criterio del mismo redactor, tiene rasgos de actualidad inmediata, política o polémica. Esto es lo que últimamente hemos visto

a propósito de ciertas informaciones enviadas de París sobre el caso de los "sacerdotes obreros", y que han contribuido de un modo considerable a confundir las ideas. ¿Qué hacer para remediar esta situación? Evidentemente, la solución mejor consistiría en poseer nosotros mismos una agencia telegráfica de prensa. Pero soy el primero en saber que este proyecto sería difícil de realizar, siendo así que existen muy grandes obstáculos de todo género que sería necesario vencer.

Podemos esperar que la entrada en funcionamiento de la emisora, muy potente, de la Radio del Vaticano podrá hacer más fácil nuestra tarea de información rápida y exacta. Yo no sería sincero si no añadiera que el equipo técnico, en el sentido mecánico de la palabra, no lo es todo. Hay, además, todo un trabajo de organización de redacción a cumplir; por ejemplo, las transmisiones por dictado de documentos o de noticias más complejas podrían constituir para la prensa del mundo entero una excelente fuente de información muy rápida y muy segura.

Pero si a esto le damos una información segura, una vez que hayamos comprendido la razón, el espíritu, el objetivo, ¿cómo comunicarnos a la opinión católica y a una opinión más amplia todavía?

Podemos estar seguros de que en ciertos países todo católico lee su diario católico. Y yo pienso con una admiración profunda en los católicos de los Países Bajos, que dan a nuestros hermanos holandeses un apoyo tan bello, moral y material.

Pero existen, por el contrario, otros países donde todo el mundo es o cree ser católico; donde la fe está fuera de discusión por definición, cuando no en realidad. En estos países el problema de atraer a los católicos al periódico católico es perpetuo. Pienso en particular en Italia, donde la difusión del diario católico es directamente proporcional a la calidad de la organización de la Acción Católica o de los comités de prensa diocesanos o parroquiales. E incluso estos países tienen a menudo un límite de saturación, una especie de diafragma que separa la opinión católica, en el sentido amplio de la palabra, del diario católico. Hay una preferencia del público católico por el gran periódico de información neutra, que unas veces bien, otras mal, es respetuoso con la religión tomada en su sentido más estrecho, que no se extiende al campo de la moral en sus matices más profundos y más reales del pensamiento, que puede ser también ecléctico, y aun existencial, o a la moda, irreligioso de hecho, si no de intención. Esto es lo que ama la opinión católica "bien pensante"; esta opinión que expresa el fastidio a la primera sospecha de apologética. Se debe declarar con melancolía que una cierta opinión católica, "de orden" seglar por lo normal, no tiene mucho gusto por la reflexión. Me refiero, naturalmente, a mi experiencia personal, y, por tanto, geográficamente limitada. Puede ser que en otros sitios la situación se presente diferentemente. En Francia, por ejemplo, existe una élite católica más numerosa y capaz, en todo caso, de asegurar una tirada respetable de nuestros periódicos. Pero si yo considero las malaventuras de una cierta prensa francesa de opinión, sobre todo política, y si comparo esta situación a la de Italia—pues incluso entre nosotros la prensa de opinión definida no ha tenido mucha suerte—, me veo obligado a concluir que, al menos en ciertos países de antiguo catolicismo, en los que la fe es un don que nadie acata directamente, nuestra prensa no tiene para el sentir común demasiado encanto. Evidentemente, la situación es bien diferente en los otros países, y sobre todo en aquellos en los que la fe es o ha sido una conquista cotidiana, una posición a mantener.

II. A LOS CREYENTES

El diario católico, vosotros lo sabéis mejor que yo, debe ser ante todo un diario, es decir, debe responder a la necesi-

sidad de información. Pío IX, en otro tiempo, hablando de los católicos en la política, decía que la vida política, como el ejercicio de todas las profesiones, exige una preparación profesional profunda y completa, de suerte que en el campo técnico el católico político debe ser el mejor de los políticos. Esto es igualmente válido para el periodismo y para el diario católico: un diario católico deberá ser, desde el punto de vista técnico, el mejor de los diarios. Vosotros conocéis bien, señores, la definición corriente: nuestra misión es formar e informar. Yo diría que nosotros debemos formar informando con la más grande objetividad a nuestros lectores, pues no tememos a la verdad.

No hay cuestiones que la prensa católica no pueda tratar. Existe, ciertamente, un problema de responsabilidad, y sobre este punto nuestro amigo Delforge ha escrito cosas muy verdaderas. Por su parte, el reverendo padre Gabel escribe que nuestros lectores perdonan de buena gana a cierta prensa sus silencios o sus necesidades en lo que concierne a la enseñanza de la Iglesia. Pero a la prensa católica no perdonan nada, ningún error, ninguna omisión. Cuando una u otra de sus opiniones no está defendida por el diario que leen, se separan alegremente de él bajo el pretexto de que este periódico no es exclusivamente católico. Y entonces se van a la prensa neutra, prefiriendo verse anulados en sus opiniones antes que confirmados en sus certidumbres."

Se podría caer entonces en la tentación de creer que los católicos tienen el deber moral de leer la prensa católica; pero la conclusión del reverendo padre Gabel, que es también la mía, es bien diferente: "Es necesario ofrecer una mercancía de calidad bajo todos los aspectos. La prensa católica debe estar tan bien informada, tan bien redactada, tan bien presentada, como cualquier otra prensa."

Se puede añadir que ella debería ser mejor que cualquier otra prensa?

La calidad de la prensa católica, en efecto, es a menudo—no siempre—la primera condición de su difusión. Cuando los lectores se aperceban que nuestra información política, económica, social, literaria, científica, no es solamente exacta, sino bien redactada; el día que nuestro periódico ideal se busque por la imparcialidad y la honestidad de su información, nosotros habremos franqueado una buena parte del camino: fuerza le será al lector reconocer que incluso nuestra información de las enseñanzas de la Iglesia es objetiva, honesta, sin sectarismo. Se dice, en efecto, de nosotros los católicos que somos sectarios y que nuestras afirmaciones, nuestras interpretaciones, son propaganda. Y hay que añadir aquí que se da a esta palabra una significación ultrajante desde el punto de vista del valor que le atribuí. cierta ética llamada en otro tiempo maquiavelista y calificada hoy con otros adjetivos procedentes de la ideología. Se está persuadido hoy que la propaganda es la enemiga de la verdad. Nosotros podemos protestar contra esta opinión, pero no debemos ignorar que está en el ambiente.

Para nosotros, la mentira o incluso la alteración de la verdad es un pecado capital. Pero no podemos convencer de esto a nuestros adversarios, o incluso a algunos neutros y aun a nuestros amigos, sino por los hechos.

No es necesario para esto hacer concesiones. Se siente a veces, leyendo o relejendo algunos de nuestros artículos, la preocupación que tiene el autor de ponerse a favor del sentido común o, al menos, de no chocar con ella.

Hay otro aspecto, hoy muy importante, a saber: la política. Todo diario, y por consiguiente tanto los periódicos católicos como los otros, están en la "polis" (en la ciudad), y en este sentido son diarios políticos. ¿He de decir que esta realidad hace más difícil todavía la situación de nuestra prensa? Hay materias con las cuales los católicos están ligados por esta unidad "in necessariis", que es una regla fundamental de

la moral cristiana. ¿Tendremos la clarividencia indispensable—y aquí insistimos de nuevo sobre la preparación del periodista católico—para distinguir lo esencial de lo que es de carácter contingente, de lo que mana de la fe, de lo que nace de la libre interpretación y de la libre discusión? ¿Tendremos la prudencia necesaria para no confundir las dos categorías sin olvidar, sin embargo, que no hay episodios en la historia que puedan sustraerse al juicio moral? El periódico católico, como tal, no puede sostener con toda su influencia posiciones en las cuales, aun entre católicos, pueden existir diversidades honestas de opinión. Olvidando esta regla tan importante, correríamos el riesgo de dividir a nuestros lectores, que, lo mismo que nosotros, pueden creer que ciertas posiciones particulares, ciertos intereses, yo no diría personales, pero sí limitados, son de fe.

Nuestras posiciones deben ser muy firmes sobre las cuestiones de doctrina y de moral; en los otros terrenos dejaremos campo libre a la discusión, sin olvidar que, incluso dentro de la diversidad, la caridad conserva su derecho de prioridad: "in omnibus autem caritas".

Pero se trata aquí del problema del periódico católico; yo me limito a un simple recordatorio, pues es evidente que, en lo que concierne a la difusión de las enseñanzas de la Iglesia, estas posiciones tienen una gran importancia. Si por nuestras faltas se desconfía de nosotros, de nuestra objetividad, toda la función del periódico sufre con ello; por consiguiente, la difusión de la doctrina, que es, entre nuestros deberes, el más importante.

Yo creo—y cuando hago esta afirmación me acuerdo de experiencias que no son solamente mías—que para explicar las enseñanzas de la Iglesia a los creyentes y a los no creyentes basta con

esclarecer con una gran simplicidad el punto de vista de tal o cual documento, pero también la doctrina general de la Iglesia, esta gran desconocida, cuyos nobles rasgos están perpetuamente ocultos tras las brumas, los prejuicios y los partidos tomados.

III. A LOS NO CREYENTES

Cuando se explica con simplicidad sin recurrir a las grandes palabras estos simples datos de nuestra filosofía de la cultura, se hace a los creyentes y a los no creyentes verdaderas revelaciones. Por lo mismo, se hace como una revelación cuando se explica que a causa del libre arbitrio que es la base de la moral católica, un totalitarismo católico no es posible.

Un periodista conocido mío seguía este método; sus adversarios no creyentes decían de él que era un hereje.

Nuestra doctrina, nuestra moral, son grandes desconocidas. Es necesario descubrir el verdadero rostro en cada ocasión, suponiendo siempre que el lector, creyente o no creyente, no sabe nada. Es necesario explorar, en término que no sean fórmulas, sino razonamientos, las verdades más elementales, y se esclarecerá un mundo desconocido, de suerte que la honestidad—"honestas spirat ubi vult"—quedará admirada.

Esta claridad leal en la exposición nos ayudará incluso cuando se trate de difundir verdades impopulares. En resumen, es necesario aceptar la verdad, reconocerla, explicarla a sí mismo y a sus hermanos próximos y lejanos.

El periódico católico es un nudo de problemas en los que se puede ver gran complejidad. Podemos incluso proponer tal o cual solución; pero, evidentemente, este nudo, este problema, es, sobre todo, de orden práctico, pues no se trata de explicar cómo hay que redactar un periódico católico; se trata de redactarlo.

3.—LA PRENSA CATOLICA EN EL MUNDO

A) La situación de la prensa católica en el mundo

Por Robert W. KEYSERLENGK

Director de "The Ensign" (Montreal)

Querer discutir la cuestión de la prensa católica en el mundo actual es querer embarcarse en un tema tan vasto como el mundo mismo y tan variado en sus manifestaciones como lo es la familia humana. La prensa católica se diferencia en sus aspectos como nuestras propias naciones, y es tan variado en su actividad como los intereses humanos de que ella se ocupa. El carácter de unidad reside, no obstante, en el fin común buscado a través de razonamientos diferentes y en formas y métodos diversos: hacer que los hombres comprendan, aprecien y sirvan siempre la verdad.

En un cierto sentido el esfuerzo que la prensa católica persigue en tal o cual país está descrito de una manera demasiado simple. Se oye hablar con frecuencia de prensa católica como si se tratase de una forma de expresión única y claramente específica: la unidad del objetivo enfocado oculta la diversidad de formas empleadas. De hecho, esta idea constituye a veces un obstáculo para su desenvolvimiento normal en bien de los países, en los que se ha pedido con insistencia a los católicos no leer más que un periódico católico, en lugar de prepararse a darse cuenta de la variedad de criterios de la prensa.

El catolicismo abraza todas las formas de la vida y no deja de lado aspecto alguno de las aspiraciones y luchas de los hombres. No se sabría limitar la prensa católica en los confines estrechos de una sola forma de publicación sin crear

en el espíritu de los católicos la impresión de que hay un campo limitado para la influencia católica sobre la vida cotidiana del individuo y de la sociedad. Se llega así, inconscientemente, a aceptar la hipótesis de una dicotomía, de un sistema en el cual la religión está separada del pensamiento social, político y económico.

Como ya dije con ocasión del Congreso Internacional de Editores Católicos en Bilbao, "es importante, precisando la rica variedad de funciones de las publicaciones católicas, hacer tomar conciencia al mayor número posible de católicos que viven en todos los países del mundo de la variedad de lectura que les es ofrecida bajo la designación colectiva de "prensa católica". Hay diversas maneras de abordar en católico los problemas de la vida en general y de la vida cotidiana en particular; estas maneras deben encontrar la manera natural de expresión en publicaciones de formas diferentes.

Se me ha pedido que pase hoy revista a la situación de la prensa católica en el mundo. Varios colegas darán sobre ello su punto de vista en lo que concierne a las condiciones especiales en su país.

Yo también me limitaré a una especie de ojeada más bien que a una clasificación de periódicos particulares, pues en ésta trabaja con mucha competencia nuestro secretario M. Dubois-Dumée. Yo quisiera subrayar solamente algunos caracteres e indicar algunas categorías generales. Y esto a la vez sobre un plan

geográfico y en función de los distintos tipos de expresión de la prensa católica.

I. CARACTERES DE LA PRENSA CATOLICA

1) Regiones de predominio católico

Hay regiones que yo llamaría de predominio católico. Sus tradiciones, sus influencias culturales condicionan evidentemente las formas de expresión. Y no considero solamente aquí los países donde los católicos tienen necesariamente una posición predominante. Hay países que yo diría han conservado intacta su tradición católica, aunque, por el laicismo, las incursiones del ateísmo han realizado estragos entre sus fieles. Estos son países tradicionalmente cristianos, en los cuales la Reforma no ha desgarrado la unidad cristiana; citaré como ejemplo Italia, Francia, España, Portugal, Bélgica y todos los países de la América latina.

En estos países el pensamiento católico, habiendo tenido que luchar desde los primeros días del cristianismo contra los asaltos continuos del ateísmo, es siempre la fuerza dominante, incontestable de la sociedad. El ha llevado a aceptar con frecuencia, generalmente de manera inconsciente, una jerarquía de valores derivada de las normas católicas.

2) Regiones con influencia protestante y laica

Hay un grupo importante de países en los cuales la expresión católica lucha en dos frentes. En estos países el periodismo católico no es solamente un arma en el combate contra el laicismo, sino también cuando se trata de defender y afirmar una doctrina atacada por otros grupos cristianos. El primero de estos frentes es el paganismo; después, el comunismo, con sus persecuciones materiales y sus subversiones poderosas, hasta el espíritu de indiferencia religiosa de la sociedad moderna. En otro lado del frente se encuentran ciertos grupos que, habiendo aceptado una parte de la fe cristiana, han rechazado el catolicismo siguiendo sus sectas respectivas tales o cuales puntos de esta doctrina. Se trata de países en los cuales la influencia conocida con el nombre genérico de protestantismo ha jugado un papel en el establecimiento de un cambio de clima político, social, económico e intelectual en el seno de la sociedad. Es difícil delimitar de manera precisa las diferencias doctrinales en un estudio tan breve como éste. De cualquier manera que sea, los protestantes están todos unidos en la lucha contra las posiciones de la Iglesia católica y contra los fundamentos de la conducta individual y colectiva que la Iglesia presenta como una parte integrante de la verdad revelada. Pondremos un ejemplo: la actitud adoptada por la Iglesia en lo que concierne a la santidad del matrimonio. La Iglesia católica no tiene solamente que defenderla contra los positivistas, los libertinos y los licenciosos, sino igualmente contra los grupos de cristianos muy importantes que conforman e influyen en la legislación del Estado y por la misma forman el carácter de la sociedad.

Falta prensa católica en muchos de los países de este tipo, una prensa católica que ejerza una influencia suficiente al lado de otros periódicos no católicos y en el seno de la opinión pública; la posición de la Iglesia católica sobre cuestiones como esta de la educación no es con frecuencia conocida de la gran masa de ciudadanos. De aquí resultan importantes deformaciones en toda la prensa neutra largamente leída por los ciudadanos católicos. Los que así aprenden de la lectura de esta prensa una manera de concebir la cuestión escolar, por ejemplo, que les hace considerar la posición de la Iglesia católica sobre este punto como una actitud estrecha, pero razonable y demasiado exigente. Y es porque con demasiada frecuencia los católicos rehusan sostener el punto de vista de la Iglesia católica con toda la fuerza y el vigor que debie-

ran como ciudadanos miembros de un país libre.

Allí donde los católicos, colocados bajo la influencia constante y poderosa de una mayoría protestante que controla la prensa que él mismo lee para conocer las informaciones de interés general, encuentra una prensa católica limitada exclusivamente a las actividades de un grupo religioso, el problema adquiere con frecuencia caracteres muy agudos; sin darse cuenta, el católico se somete a influencias no católicas en su visión social e intelectual de un gran número de problemas.

Esta observación resulta de experiencias prácticas. Muchos editores de periódicos tuvieron que enfrentarse con esta cuestión cuando quisieron extender la elección de los temas más allá de los límites a los cuales ciertos lectores estaban acostumbrados, límites constituidos por los temas religiosos o las actividades de grupos religiosos. Un número cada vez más grande de Obispos y de dirigentes laicos han puesto en guardia a los católicos sobre este punto: no deben, como católicos, rehuser voluntariamente esta participación completa que reclama la enseñanza católica en la formación de la sociedad en su conjunto.

En esta segunda categoría geográfica vemos campos de actividad donde los católicos tienen que luchar en dos frentes para afirmar su posición en el seno de una sociedad cristiana heterogénea. Inglaterra, Alemania, Suiza, Estados Unidos, Canadá de lengua no francesa y Holanda pueden servirnos de ejemplos.

3) En países de misión

Una tercera categoría comprende los países que, a falta de una expresión mejor, yo llamaría países de misión. Y digo que a falta de un término mejor, porque de hecho un número importante de estos países, que eran desde hace siglos países de misión, cuentan hoy con millones de fieles, de sacerdotes y una jerarquía indígena. Pero son todavía países fundamentalmente no cristianos por su origen cultural, su vida intelectual, su estructura y sus tradiciones sociales; la sociedad cristiana debe allí establecerse dentro del cuadro de antiguas culturas absolutamente no cristianas.

En esta categoría figuran países como el Japón, la China, India y otros países de Asia, así como la mayor parte de África. Allí todavía, la prensa católica tiene una función particular en cierto modo limitada. Consiste con frecuencia en ayudar a los fieles a adaptar los valores espirituales en una estructura social y de costumbres tradicionales en tanto en cuanto no están en conflicto con la ley moral predicada por la Iglesia. En estos países el problema consiste con frecuencia en demostrar que la verdad no se limita a tal clima determinado o a tal cultura, y que aunque sea diferente la manera de vivir de un pueblo con relación a la sociedad cristiana occidental, la verdad esencial queda, no obstante, intacta. Es evidente que la prensa católica en la India no tendrá los mismos problemas a resolver que en el Japón, por ejemplo, y que tendrá que adaptarse de manera diferente en las tribus de Basutoland que entre los esquimales.

II. TIPOS DE PRENSA CATOLICA

Analicemos ahora las diferentes formas adoptadas por la prensa católica.

Es preciso que recordemos, una vez más, que debemos limitarnos a los rasgos generales.

1) Prensa de piedad

Puede usarse de la prensa para extender las enseñanzas de la Iglesia donde el púlpito no alcanza, hasta los hogares de los particulares. Aquí la prensa se utiliza ampliamente a fin de instruir y edificar a tal o cual individuo ya católico. Es un medio de predicar a los que ya están convertidos, a fin de reforzar su fe y de aumentar su piedad. Este público es el mismo que el de la predicación.

Se trata de una prensa que tiene por objeto paliar las limitaciones materiales que sufre inevitablemente la actividad sacerdotal a consecuencia de la distancia, por ejemplo. El predicador no puede usar de la palabra para alcanzar más hogares que aquellos que alcanza con su sermón del domingo o su visita semanal. La prensa, en este caso, aporta una ayuda al apostolado director, gracias a la imprenta y a un sistema de distribución bien organizado.

No deben subestimarse los servicios importantes que este tipo de prensa puede rendir. Los mejores ejemplos de esta especie de periodismo se encontrarán en las publicaciones como las que "Our Sunday Visitor" en los Estados Unidos, que, según los resultados de una encuesta realizada durante seis meses en 1952, alcanzó una tirada de 752.331 ejemplares por semana. Encontraría en Europa o en ambas Américas realizaciones de este mismo tipo. Pero no se puede pedir más de aquello que se pretende dar. Tiene límites bien definidos y de hecho está muy lejos de ser la única forma de expresión posible. Desde el momento en que su interés es la piedad, la instrucción religiosa y otros temas estrictamente religiosos, es leída esencialmente por aquellos que están interesados de antemano en tales cuestiones y que aceptan ya la doctrina católica. Su papel principal es mantener a los católicos fervientes en su fervor. Los otros lectores, como regla general, no la leen.

Como M. Dubois Dumée subrayaba con ocasión del I Congreso Internacional del Apostolado Seglar en Roma en 1951 al Comité encargado de estudiar la prensa católica que yo tenía el honor de presidir: "Este tipo de prensa en Francia, lo mismo que en otros países de Europa, de Australia, de América del Norte y de América del Sur, vive en un círculo cerrado." Exponía que estos periódicos se dirigen a un grupo bien definido en el cual, decía, "se habla la lengua especial de las encíclicas, de las cartas pastorales, de la Acción Católica, lenguaje que es inaccesible a cualquier persona extraña a la doctrina de la Iglesia y a los términos litúrgicos. Ocorre con frecuencia en este género de prensa el empleo de una jerga ininteligible que aparta a los lectores formados de manera diferente, aunque no sea más que por la razón de que no son capaces de seguir el tema en discusión. Se comprende que esta forma de apostolado, más que expansiva se limita por sí misma. Esta prensa alcanza el objetivo que se propone reforzando la fe de los que creen, pero no tiene, en cambio, la atracción de alcanzar a aquellas gentes que se encuentran fuera de su circuito cerrado.

Como ya he dicho, no hay que subestimar la utilidad de esta prensa. Cumple una misión importante que conviene no abandonar. Una tal prensa es particularmente eficaz allí donde los católicos están constantemente expuestos a las influencias que, directa o indirectamente, combaten su fe. Yo llamaría a esta categoría la prensa de piedad.

2) Prensa religiosa

La prensa religiosa en las Américas, en Australia, así como en numerosas partes de Europa y, sobre todo, en Asia y en África, tiene una tirada muy importante. Estos periódicos tratan de hechos y acontecimientos particulares. Pero se dedican, sobre todo, a tratar de acontecimientos ocurridos en el interior de un grupo. Pretenden reforzar la vida común de un grupo católico en cuanto grupo.

Informan a los miembros de este grupo de las declaraciones de su Obispo, reproducen sus sermones, sirven igualmente para una mayor audición del púlpito o la tribuna, asegurando así, hasta cierto punto, las funciones de la prensa de piedad. Hacemos constar aquí, igualmente, que si la cifra de tirada de estas publicaciones es con frecuencia elevada, particularmente en los Estados Unidos, donde se la estima superior a 10 millones de ejemplares, su función importante queda casi enteramente al margen

de la corriente general de las discusiones públicas sobre los acontecimientos ordinarios que afectan, no obstante, tan profundamente a la vida de los fieles, ciudadanos de la comunidad temporal. Ningún católico que leyese únicamente esta prensa podría considerarse bien informado de los problemas del día que preocupan a su país o a su comunidad.

El hecho mismo de que la mayoría de estos periódicos sean órganos oficiales de una diócesis les impide entablar una polémica general sobre los temas del día o de lanzarse a discusiones sobre los métodos o los programas políticos, sociales, económicos y comerciales. Como la Iglesia, deben limitarse a enunciar principios y procurar huir del terreno peligroso en el que se discuten los métodos transitorios de aplicación de estos principios. Se sienten en mayor seguridad cuando se limitan a combatir lo que es ya manifiestamente malo, como, por ejemplo, los "comics", el comunismo y el crimen.

Por esto, el doctor Jhon T. Kane, jefe del departamento social de la Universidad de Notre-Dame, declaraba recientemente que la influencia católica sobre la vida americana es mucho menor que la que podría razonablemente esperar de una minoría tan importante, ya que ella es de cerca de 30 millones de almas. Y es, en efecto, bien evidente que la sociedad americana continúa laica e irreligiosa. No es suficiente publicar las encíclicas de los papas ni hacer aparecer en los diarios declaraciones anuales de la Jerarquía americana. Estos documentos deben ser interpretados, aplicados y transportados a la acción en situaciones particulares. El doctor Kane atribuye esta falta de influencia de los católicos en parte al demasiado pequeño número de "dirigentes seculares católicos que ejercen una influencia real en ciertos dominios".

Se estima generalmente que uno de estos dominios es el de la prensa, en cuanto que es medio de influir la opinión pública. El hecho de que esta cuestión sea ardentemente discutida en un país donde, como ya he dicho, la prensa católica es probablemente numéricamente, y también con relación a su contenido desde muchos puntos de vista, la más rica y la más poderosa del mundo, resulta claramente de otra declaración que voy a hacer. Ella enseña que todo el mundo no piensa lo mismo sobre todos los temas, aunque cada uno esté de acuerdo con su vecino sobre la urgencia que presenta tal o cual problema. La cuestión que discutiremos aquí es la de la influencia de la prensa sobre la opinión pública. He aquí lo que declaraba M. Richard Reid, uno de los más eminentes editores de prensa diocesana, director del "Catholic News", de Nueva York, en un discurso pronunciado en 1963 sobre la manera que él concebía la prensa católica:

"El tema de que voy a ocuparme es el de la misión del periódico católico. No hay necesidad aquí de definir los términos. En los Estados Unidos comprendemos claramente lo que es necesario entender por periódico católico. Aquí los periódicos católicos están hoy patrocinados y oficialmente sostenidos por las diócesis. Las excepciones a esta regla son raras, y los periódicos que no entran en este cuadro no disfrutan más que de una influencia débil, aun sobre el plano local."

Personalmente, pienso que es simplificar exageradamente la cuestión, pero no debemos olvidar que M. Reid, por el hecho de que hablaba de los Estados Unidos, daba y podía perfectamente dar a este término "prensa católica" la significación que en general tiene en su país. "Querer distinguir un periódico católico de un periódico dirigido por católicos, difícil en otro tiempo en muchos casos en los Estados Unidos, es todavía hoy desagradable muchas veces en Europa, donde tales periódicos son al mismo tiempo órganos de partidos y donde la fidelidad al partido, combinada a la fidelidad a la Iglesia, constituye con frecuencia un problema complicado." M. Reid no precisa de dónde vienen estas dificultades

pero prosigue: "Pero hoy en los Estados Unidos no hay ninguna dificultad en decir de un periódico público en inglés si es o no un periódico católico."

"El periódico católico es de manera corriente un periódico poseído por la diócesis o aprobado por ella, y prácticamente, los 107 periódicos diocesanos que existen en este país entran en una de estas dos categorías."

M. Reid se propone inmediatamente la cuestión de saber "cuál es el fin de la prensa católica" que acaba de definir así.

"He oído a monseñor William Turner, Obispo de Buffalo y antiguo profesor de Filosofía de la Universidad Católica de los Estados Unidos, declarar que la prensa católica había sido durante algún tiempo considerada como una prensa encargada, "de incensar a los prelatos y de cargar contra los protestantes".

M. Reid cita en seguida al Cardenal Mooney, que afirmaba que la "prensa católica es la intérprete de las enseñanzas de la Iglesia, que defiende la vida de la Iglesia y que depende de la vida internacional de la Iglesia".

Por otro lado, hay aquellos que llaman a la prensa católica "prensa de ghetto" porque está distribuida, ante todo, entre los católicos...; pero si la prensa católica es una prensa de "ghetto", nuestras iglesias, en las cuales se amontonan principalmente los católicos, deben ser iglesias de "ghetto" y nuestros colegios, así como nuestras instituciones de enseñanza, enseñanzas de "ghetto".

Así vemos cómo esta personalidad dirigente en el plano del periodismo americano, cuyas cualidades profesionales como periodista son muy altas, explica por la naturaleza de estas definiciones por qué la influencia del periodismo católico es relativamente tan débil, como pretende el doctor Kane, sobre el público en general y sobre la opinión pública en general. M. Reid piensa, yo creo, que tratando de convertir a los católicos en mejores católicos, la prensa puede influir de una cierta manera en la opinión pública. Este método, no obstante, no ha sido todavía coronado por el éxito.

Ha sucedido también con demasiada frecuencia en los Estados Unidos y en otras partes, que un grupo de católicos representativos ha perdido de vista el hecho evidente de que no existe una verdad católica simplemente porque todo lo que se lee de justo y de bueno en el periódico está flanqueado por el epíteto de católico. Hablar de verdad católica implica como consecuencia la idea de que pudieran haber otras verdades para otras gentes. Me ha sucedido un día escuchar a un católico de buena instrucción decir con gran seriedad que uno de sus amigos que

había hecho un matrimonio desgraciado, tenía suerte, porque no siendo católico había podido divorciarse y hacer en seguida un matrimonio dichoso.

No hay más que una sola verdad que es válida para todos los hombres. Se olvida con demasiada frecuencia que lo que la Iglesia enseña es igualmente verdadero e igualmente aplicable a todos los hijos de Dios. Puede haber grados de culpabilidad en las desviaciones con relación a la verdad, pero ninguna violación de la Ley de Dios, realizada por quien sea, debe ser tolerada por el simple hecho de que haya sido cometida, ya se trate de divorcio, de limitación de la natalidad o de eutanasia, por no católicos.

III. PRENSA FORMADORA DE LA OPINION PUBLICA

Llegamos ahora a la tercera categoría, sobre cuya función el mismo Padre Santo ha dado directrices muy claras en su discurso a los delegados del Congreso Internacional del Apostolado Seglar. Subrayaba la necesidad urgente de un apostolado de la opinión pública. Visto el rápido desenvolvimiento técnico en el dominio de la transmisión del pensamiento; vista la influencia constante ejercida sobre los individuos por toda una serie de medios (ya sea por el oído, por medio de la radio o por la escritura, por medio de los periódicos diarios, semanarios o mensuales o por representación visual, por medio de la foto o de la televisión y del cine), no puede ponerse en duda la fuerza de la presión y de la influencia intelectual cierta que se ejerce sobre cada individuo en el mundo moderno.

Como Jean Mondange escribía en su libro tan profundo "La prensa de hoy", "el individuo está hoy sometido a toda clase de presiones por parte de los periódicos, y más aún que el individuo, la vida social misma, está sometida a esta ley. Y la vida social, en cambio, está menos sujeta a las reacciones estabilizadoras que el individuo".

"El periódico de hoy, escribe Mondange, ha rebasado con mucho sus ambiciones primeras, que era simplemente la influencia sobre el individuo desde el punto de vista político para dirigir su voto. El periódico se ha transformado en la máquina con la que se modela la opinión pública. Nuestra actitud en la vida profesional, en la vida económica, en la organización de las distracciones y en la organización de la vida de familia, está influida por las actividades de la prensa. La prensa ha rebasado con mucho su preocupación primera, que era suministrarlos informaciones.

B) La reconstrucción de la prensa católica en Alemania

Por el profesor doctor Emile Dovifat (Berlín)

Alemania ha tenido, antes de perder su libertad y su independencia en el régimen nazi, una prensa católica a la que han pertenecido las fuerzas más reales y sinceras de la Resistencia. Desgraciadamente eso no ha sido suficiente. Pero ello ha contribuido, por ejemplo, en las regiones donde ella estaba representada, antes de la conquista del poder por los nazis, a mantener calladamente el número de las voces de sus adictos en su favor. Por esta razón fué la primera víctima: limitación, persecución y, finalmente, prohibición.

La Alemania de 1930 tenía alrededor de cuatrocientos diarios católicos, con una tirada de dos millones de ejemplares, es decir, el 10 por 100 de la tirada total. La prensa periódica católica estaba también muy desarrollada: cuatrocientas cuatro publicaciones, con una tirada total de alrededor de once millones y medio. Su importancia es subra-

yada por la prohibición del régimen hitleriano de toda forma de periodismo católico, bien fuera prensa diaria o periódica. En 1939 los periódicos católicos no eran más que cuarenta, con una tirada de dos millones de ejemplares solamente. Desaparecieron todos durante la guerra. Al principio de la ocupación, las primeras licencias concedidas—salvo por la U. R. S. S.—fueron para los periódicos religiosos, y las personalidades de esta prensa resultaron favorecidas. En el año 1946 existían ya cuarenta publicaciones católicas y familiares, algunas con una tirada de trescientos mil ejemplares, encontrándose, por tanto, a la cabeza de las grandes ediciones. No hubo ningún periódico católico hasta 1949, fecha de la supresión de las licencias. En virtud de decisiones de las potencias ocupantes, así como por la constatación hecha por el pueblo alemán de que un retorno a las bases cristianas era esencial

para la edificación del Estado del porvenir, se constituyeron, sobre el plano político, los partidos cristiano-demócrata y cristiano-social. Los diarios que adoptaron una actitud cristiana básica, se colocaron a su lado. En éstos se encontraron reunidos los elementos positivos católicos y protestantes para una representación periodística de los principios cristianos en la vida política. Así se desarrollaron dentro de los cauces de las ordenanzas de las fuerzas de ocupación, pero los grandes diarios populares de gran tirada, con publicaciones anexas, al gozar de libertad, continuaron su expansión más rápidamente aún, por ejemplo las publicaciones siguientes: "Rheinischer Post", de Düsseldorf; "Kölnische Rundschau", en Colonia; "Ruhur Nachrichten", en Dortmund, y "Westfälische Nachrichten", de Münster. En su acción para remontar el espíritu nazi participaron eficazmente en la creación de las bases cristianas del Estado en un pueblo dividido en dos confesiones.

Después de 1949, año de la anulación de las disposiciones permisivas de la prensa por los aliados (excepto en el sector ocupado por los soviets), presenciamos la fundación, por ejemplo, de los diarios católicos "Fränkisches Volksblatt", de Würzburg y sus dependencias en Schaffenburg y Schweinfurt; del "Deutsches Volksblatt", de Stuttgart; del "Badische Volkszeitung", de Karlsruhe; de la "Trierische Landeszeitung", de Tréves; la "Bomberger Volksblatt", de Bomberg, y la "Deutsche Tagespost", de Ratisbona. Estos son periódicos abiertamente católicos. Otras publicaciones medias y más pequeñas muestran la misma actitud en su redacción.

Periódicos

En lo que concierne a los periódicos, se comprueba una feliz expansión del trabajo católico. En 1954, el primer censo hecho después de la guerra por el Instituto de periodistas de la Universidad de Berlín (80 por 100 de contestaciones recibidas), la prensa religiosa totaliza una tirada de 12.800.000 ejemplares con 420 periódicos sobre 524 existentes, a saber: protestantes, 263, y católicos, 198; otras religiones, 63. Pero en la distribución de las tiradas, el grupo católico lleva la cabeza con 7.400.000 ejemplares. Vienen a continuación el grupo protestante, con 4.300.000, y el grupo de otras confesiones, con 1.000.000. Como estas cifras no representan más que el 80 por 100 de las revistas, se puede fijar la tirada total de la prensa católica en ocho millones. Después de los periódicos de masa (ilustrados y recreativos) diecisiete millones novecientos mil (prensa económica fuertemente especializada aparte), la prensa religiosa llega a ocupar una segunda posición, y en este total la prensa católica va con ocho millones de ejemplares.

La distribución interior de la prensa católica periódica muestra en razón con las tareas particulares una necesaria va-

riedad: 3.000.000 para la prensa diocesana, que al lado de lo estrictamente religioso tratan de cuestiones de ética y moral en la vida pública (problemas de la escuela, de la familia, del arte, del cine, de la radio, etc.). Algunas de estas publicaciones alcanzan una tirada de trescientos mil ejemplares y ejercen así, por su información, una influencia cierta en la formación de la opinión y en la voluntad pública.

Desarrolladamente, en la zona soviética, solamente dos periódicos católicos, con una tirada bien pequeña, son autorizados. Los periódicos católico-sociales, dirigidos a la juventud y a la familia, están absolutamente prohibidos.

En cuanto a la Alemania no ocupada por los soviets, un grupo muy importante es el constituido en libertad por las publicaciones que se dirigen a los grupos o agrupaciones: publicaciones femeninas, masculinas, para los jóvenes, los obreros, los empleados, comerciantes, artesanos; la revista "Mujer y Madre", 600.000 ejemplares; el órgano del Movimiento Obrero Católico, 150.000; la revista de los artesanos, 12.000; el apostolado de los hombres, "Man in der Zeit", 500.000. Las diferentes publicaciones para los jóvenes alcanzan casi un millón, y las ilustradas católicas sobrepasan la cifra de 350.000.

Semanarios

Al lado de estas publicaciones de gran tirada y populares figuran los semanarios católicos, a quienes está confiado, más todavía que a la prensa diaria, la tarea religiosa misionera; citemos: "Echo der Zeit", "Rheinischer Merkur", "Michael" cada una con un sector distinto de lectores. Las tiradas elevadas, entre las que participan las publicaciones católicas del domingo, comienzan a encontrar una concurrencia no cristiana considerable y difícil de vencer. Todas llevan un combate celoso contra las publicaciones sensacionalistas, negativo-nihilistas o puramente superficiales en estos tiempos, combate que esta prensa católica gana con un trabajo muy lento y complicado.

La Alemania católica está orgullosa de una serie de revistas culturales de una gran altura intelectual: "Hochland" (Karl Munt), "Stimmen der Zeit", "Abendland", "Wort und Wahrheit" y los "Frankfurter Heffer". Su cifra de tirada es bastante grande porque ellas llegan a todos los rincones donde personas y grupos de personas se esfuerzan y discuten positivamente para penetrar hasta la sustancia misma de la fe, espiritual y científicamente.

Para concluir es preciso señalar que no es por azar el que, a pesar de tanta superficialidad, la atracción de lo sensacional, del nihilismo vacío de la prensa ilustrada y de distracción, la prensa católica ocupa en Alemania hoy el segundo lugar. Esta es la prueba de la fuerza del bien. Es nuestro deber desarrollarla aún más.

nos atañe en nuestro doble carácter de católicos y de españoles.

Por el Concordato, España es un Estado "confesionalmente" católico. "La religión católica, apostólica, romana sigue siendo la única de la nación española y gozará de los derechos y prerrogativas que le corresponden, en conformidad con la ley divina y el Derecho canónico" (art. 1). En el protocolo final y en relación con el artículo 2.º del Concordato, se estipula que continúa en vigor el artículo III del Concordato de 1851, por el que se establece que "no se impondrá impedimento alguno a los Prelados en el ejercicio de sus funciones"; más aún, que se dispensará patrocinio oficial a los Prelados que lo pidan. "principalmente cuando hayan de oponerse a la malignidad de los hombres que intenten pervertir los ánimos de los fieles y corromper sus costumbres, o cuando hubieren de impedir la publicación, introducción o circulación de libros malos y nocivos."

Para nosotros, el Concordato es un reflejo de la situación fundamental de la sociedad española de hoy, que constituye no solamente un "estado", sino una "nación" católica. Lo tomamos, por otra parte, como "un punto de partida", para hacer—siguiendo las indicaciones de la Jerarquía eclesiástica—más efectivo cada día el reinado de Jesucristo, no solamente en el terreno individual, sino también en el social y en el político.

Por lo que toca a la prensa, estos artículos del Concordato hacen legalmente imposible a la prensa antirreligiosa y pornográfica. He aquí una característica del panorama actual de la prensa en España.

Otra de las características de nuestras publicaciones periódicas, en general, es la importancia excepcional que dan a los acontecimientos religiosos. Tómese en la mano, cualquiera de los diarios españoles, en el Domingo Mundial de la Propagación de la Fe, por ejemplo, y se observará que, en su casi totalidad, reproducen en lugar destacado los carteles de propaganda de la Dirección Pontificia de las Obras Misionales y que todos ellos destacan la importancia de la jornada por medio de reportajes y de artículos editoriales o de selecta colaboración. Hemos tomado este ejemplo, como muestra, pero podemos extender las mismas consideraciones a la reproducción "in extenso" de los grandes acontecimientos religiosos contemporáneos, textos pontificios, pastorales de los respectivos Prelados y, en general, de todos los problemas que reflejan la vida de la Iglesia católica no solamente en nuestra Patria, sino en todo el ámbito de la catolicidad.

Por esta razón, en España, el mismo concepto de prensa católica tiene una acepción "amplia", que hoy puede decirse que engloba a la inmensa mayoría de periódicos diarios. Si por prensa católica se entiende, en lo negativo, la prensa que no ataca a la religión católica, y en lo positivo, la prensa que informa con amplitud y objetividad sobre los acontecimientos de la vida católica, con ausencia de toda tendencia menos recta, entonces, en España, hemos de extender ese glorioso apelativo, moralmente hablando, a todos los periódicos que se publican en el ámbito del territorio nacional.

Si por prensa católica se entendiera la que está vinculada a la Jerarquía eclesiástica—mediante el ejercicio de la censura canónica, por censor con nombramiento oficial del diocesano—, entonces, indudablemente, el número amplísimo, al que antes hemos hecho mención, se tamizaría. Son muchos los periódicos que han prescindido de este trámite, tan corriente a principios de siglo, cuando las tendencias modernistas, sutilmente, invadían el ambiente y se discutía en asambleas y congresos sobre el alcance del adjetivo "católico", que se atribuían a sí mismos muchos órganos de prensa representativa de direcciones políticas determinadas. Entonces se aprobó una orientación que, a mi juicio, debe aplicarse en todo caso. Según ella, se llama prensa católica a la que tiene establecidos vínculos jerárquicos visibles, que ordinariamente se concretarán en la figura

C) Algunos aspectos de la organización actual de la prensa católica en España (1)

Por ANTONIO GONZALEZ

Director de "La Gaceta del Norte" (Bilbao)

Preámbulo indispensable

Una información sobre cualquiera de los puntos más característicos de la vida

(1) Publicamos el texto completo de la comunicación, que el conferenciante hubo de resumir por no disponer más que de quince minutos.

católica en España tiene que comenzar hoy por destacar un hecho, que necesariamente repercute en toda su marcha. El 27 de agosto de 1953 se concertó un Concordato entre la Santa Sede y España. Ese Concordato es, a la vez, como cualquiera otro instrumento de la misma naturaleza, ley eclesiástica y ley civil que

del censor eclesiástico o de otra cualquiera manera determinada en cada caso por el Obispo diocesano.

No es esta la ocasión de razonar lo que acabamos de afirmar. En esta materia de prensa, como en cuanto se refiere al derecho de asociaciones e instituciones católicas, la aprobación del Ordinario en los comienzos de la obra, y la continua vigilancia sobre su desarrollo, son postulados que de manera clara se contienen en el Código de Derecho canónico. La amplitud y carácter de esta intervención podríamos expresarla siguiendo la letra del canon 343 en su párrafo 1.º, donde se encomienda al Prelado "conservar la sana y ortodoxa doctrina, proteger las buenas costumbres, corregir las malas y promover la paz, la inocencia, la piedad y la disciplina en el clero y en el pueblo".

Historia y permanencia de la prensa católica en España

En la Asamblea del Comité Internacional Permanente de Editores de Periódicos Católicos, celebrada en Bilbao el año 1951, con ocasión de las bodas de oro de "La Gaceta del Norte", presenté una información—que fué publicada en el número de "La Documentation Catholique", correspondiente al 24 de febrero de 1952—que no exceda de hacer una detallada historia del desarrollo de la prensa católica de España—. Me bastará decir que la prensa católica tiene historia gloriosa en nuestra Patria. Los nombres de San Antonio María Claret, Balmes y Cuadrado llenan el segundo tercio del siglo XIX. Especialmente Balmes, en "El pensamiento de la nación", supo como recordaba Menéndez Pelayo—lancear las llagas de nuestro cuerpo social y señalarles el oportuno remedio.

El movimiento, propiamente llamado de "prensa católica", se inicia en España a principios de siglo. La primera Asamblea Nacional de la Buena Prensa (nombre que nos recuerda a la Bonne Presse, de París) se celebra en Sevilla en mayo de 1904. Se emprendía una obra que ha producido sus frutos. Hasta entonces la "prensa católica", sobre todo en los diarios más que en las revistas, revestía un marcado carácter político. No lo decimos como "tacha". Señalamos tan sólo un hecho y observamos que más tarde comienzan a ocupar su puesto en la prensa católica los periodistas que, independientes en principio de todo ideario político "de partido", profesan la defensa del catolicismo en todos los terrenos, sin excluir el político, pero ateniéndose en cada caso a las reglas que la jerarquía les transmitiera cuando la "política toca al altar" y a las circunstancias peculiares de cada coyuntura nacional.

Así nació, en el año 1901, "La Gaceta del Norte", primer rotativo católico publicado en España. Junto a él figuran "El Diario Montañés" y "El Noticiero", de Zaragoza. Les habían precedido la serie de "correos": "El Correo Catalán", "El Correo de Andalucía", "El Correo de Zamora", "El Correo Gallego", y la serie de los "diarios", como el "Diario de Burgos", el "Diario Palentino" y tantos otros, hasta el número de casi un centenar, que con varia fortuna y desiguales medios defendían la buena causa. En el año 1911, "La Gaceta del Norte" compra en Madrid "El Debate", y un año después lo entrega a don Angel Herrera, presidente de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, dando así origen al nacimiento de La Editorial Católica, que, además de dar un gran impulso a "El Debate", extiende la publicación de periódicos católicos por varias capitales españolas.

Conviene recordarlo, para situar las cosas en su propio terreno y rendir al mismo tiempo homenaje a tantos periodistas que, en tiempos más difíciles que los actuales, mantuvieron en nuestra Patria el "fuego sagrado". Porque, a pesar de las agitados vicisitudes de nuestra vida nacional en nuestros últimos "cien años", con alteraciones de regímenes políticos—república, monarquía cons-

titucional, república, régimen nacional—, con lo que esto significa de perturbaciones, guerras civiles, constituciones y procedimientos de todo orden, la "prensa católica" ha podido seguir en España una línea siempre ascendente, salvados los accidentes de persecuciones violentas y supresiones que en ocasiones hubo de afrontar.

Una comparación me servirá para subrayar lo que quiero decir. Aquí tenemos, entre nosotros, a los periodistas alemanes. Al exponer su situación actual, nos han dicho que en 1945 han debido reconstituirse a partir de cero, con todos los inconvenientes que representa el carecer de antecedentes y de "solera" en las empresas periodísticas. Sin duda que esto nos hace admirar más aún la intrépida voluntad de servicio a la Iglesia que muestra una prensa como la alemana, tan digna en su presentación y tan difundida. Pero no cabe duda de que comienzan de nuevo su labor, después de ver ecitada una "tradicción", que la hace familiar en las ciudades en las que se publica.

No sucede así entre nosotros. En nuestras calles se "vocan" nuestros diarios católicos, que han llegado a la popularidad. Sus empresas cuentan con muchos años de existencia; su personal conoce y sirve a la "casa" en sucesivas generaciones; su estabilidad económica se halla resuelta en lo fundamental. Todo esto hace mirar con optimismo el futuro y al mismo tiempo, como ya he apuntado, nos hace volver la vista atrás para no atribuirnos una gloria que no nos pertenece a nosotros por entero, sino que se debe compartir con los que ya hace setenta y cinco años (caso de "El Correo Catalán") o cincuenta años (caso de "La Gaceta del Norte", de "El Diario Montañés" o "El Noticiero" de Zaragoza) iniciaron una labor que está en marcha, a Dios gracias, con buenos auspicios para el porvenir.

Dos palabras para distinguir el carácter peculiar, dentro de la prensa católica, de la prensa oficial de la Iglesia y de la prensa de Acción Católica.

Prensa de la Iglesia

La componen fundamentalmente los "Boletines Oficiales". Lo tienen de "derecho" todas las diócesis españolas (ahora acaba de publicarse el número 1 del de la diócesis de Huelva) y puede decirse que en la forma actual parten del Concordato de 1851 y, por tanto, cuentan con un siglo, poco más o menos, de existencia.

Los boletines eclesiásticos tienen oficialmente consideraciones jurídicamente muy estimables. Están exentos de presentar "editor responsable" y obtienen todas las prerrogativas anejas al reconocimiento de su "oficialidad", en el doble sentido de "oficialidad eclesiástica" que tiene por el Derecho canónico (c. 335) y de "oficialidad civil" que le reconocen las leyes del Estado.

Los boletines eclesiásticos no son solamente los órganos de promulgación y difusión de "normas legales" y advertencias oficiales de cada diócesis. Se han convertido en muchas diócesis españolas en revistas, que al lado de la "sección oficial diocesana" transmiten a sus lectores "efemérides", artículos, informaciones de todos los aspectos de la vida católica nacional e internacional. Todo lo cual estaba previsto en la R. O. de 20 de abril de 1883, en la que se reconocía que los boletines pueden publicar artículos "que se encierran cuidadosamente en el objeto de su institución, no dando cabida a polémicas ni a inserción de artículos que directa o indirectamente versen sobre política u otros objetos distintos de su especialidad por los conflictos y dificultades que el hacer lo contrario puede engendrar, con detrimento de los verdaderos intereses de la Iglesia y menoscabo del prestigio del Episcopado, que tanto interesa conservar en una esfera superior a las agitaciones del partido". Palabras estas llenas de buen sentido, escritas ya hace muchos años, que han sido la pauta de los boletines diocesanos.

Los "Boletines" españoles han publi-

cado, durante muchos años, interesantes "suplementos", autorizados por los Prelados de las diócesis. Constituían los tales suplementos "servicios de prensa" para información y formación de las obras de apostolado diocesano.

Prensa de la Acción Católica

La Acción Católica Española ha sido oficialmente reconocida en el vigente Concordato español. De hecho gozaba ya—por disposiciones particulares—de una situación semejante a la que ha venido a reconocer el Concordato. Si bien éste ha servido para aclarar conceptos fundamentales, de acuerdo con la doctrina pontificia más reciente. La Acción Católica Española es una organización de carácter propio, con sus bases, aprobadas por la Santa Sede. Se desarrolla en los planos parroquial, diocesano y nacional—prescindimos ahora de ulteriores precisiones—, bajo la dirección normativa de la jerarquía eclesiástica. Por lo que hace a la "prensa" de Acción Católica, hemos de hacer notar la existencia de la revista "Ecclesia", que es el "Órgano de la Dirección Central". "Ecclesia" publica sus números sujetándose a la censura eclesiástica del Cardenal de Toledo. En las páginas de esta revista se ha reflejado íntegramente la vida católica nacional e internacional. En sus "editoriales" se han juzgado y examinado, con criterio independiente, cuantos problemas ha planteado el diario acontecer en el orden religioso, cultural, social y político. En este último aspecto, la revista ha reflejado siempre la "voz de la Iglesia", que en los temas políticos como en los socioeconómicos no ha dejado de resonar siempre que los acontecimientos lo han hecho necesario.

Cada una de las Ramas de Acción Católica tiene un órgano de prensa de tipo nacional. Los Hombres de Acción Católica y las Mujeres, con el carácter de "revista"; los Jóvenes y las Jóvenes, con mayor movilidad periodística. Citamos primeramente el semanario "Signo", que nació el año 1936. Con varia fortuna sigue su marcha, animado por un equipo de periodistas que se han formado en el mismo semanario, escuela fecunda de periodismo práctico. Por su parte, las Jóvenes de Acción Católica tienen revistas: "Cumbres" y "Senda", y su órgano popular en "Impulso", que nacido circunstancialmente el año de las "bodas de plata de la Asociación", se ha abierto camino, por su ágil factura, entre la masa de las Jóvenes de Acción Católica. No ha lugar aquí a enumerar las demás publicaciones periodísticas de la Acción Católica, tanto por lo que hace a cada una de las "especializaciones" del apostolado—cada una con su publicación peculiar—como por lo que toca a "prensa diocesana", quizás excesivamente multiplicada, con mengua de su calidad y de su difusión.

Servicio a la Iglesia

En una interesante encuesta llevada a cabo hace aún pocos meses por la revista "Ecclesia" entre sus suscriptores fuera del ámbito nacional, es decir, en América y en diversas naciones de Europa, se llegó a la conclusión de que el "servicio" más destacable de la "revista" apreciado por los suscriptores de más categoría—Obispos, órdenes religiosas y asociaciones de apostolado—era la transmisión fiel y rápida de los documentos oficiales de la Iglesia; es decir, de la "Voz del Papa" y de la "Voz de los Prelados". Cuantos trabajamos en las tareas del periodismo diario reconocemos la justicia de este gran elogio que se ha tributado a "Ecclesia", pero al mismo tiempo queremos hacer constar que bien puede llegar una "parte" de ese elogio hasta casi toda la prensa católica española. En España la voz de la Iglesia, ya se trate de documentos pontificios, ya de documentos u orientaciones episcopales, llega con fidelidad y en autorizados extractos o transcripción íntegra hasta los lectores. De hecho será difícil

igualar el celo, diligencia y fidelidad con que una gran parte de la prensa de España ha difundido y difunde las orientaciones de la Iglesia.

Y en materia de "moral pública" se ha llegado aún más allá, Suprimida—como ya apuntamos—toda publicación pornográfica no solamente la abiertamente tal, sino aun la que larvadamente protege la pornografía con apariencias de divulgación científica, profilaxis sexual o técnica del "amor"—recuérdense ciertas recientes condenaciones de la Santa Sede—, una buena parte de la prensa española proporciona a sus lectores una calificación "autorizada" sobre la moralidad de los espectáculos y se abstiene de alabar y anunciar aquellos que por la Oficina Nacional de Espectáculos, dependiente de la Acción Católica, hubieren sido calificados de "gravemente peligrosos". Lo hacen espontáneamente treinta y cinco periódicos, respondiendo a una invitación de la Junta de Metropolitanos Españoles en esta materia, que se publicó el 25 de julio de 1950. Más aún; algunos otros diarios, tal nuestro diario "La Gaceta del Norte", pensaron que sería más beneficioso, moralmente hablando, atenerse a una conducta aún más estrecha y, prescindiendo de toda publicidad de espectáculos—teatros y cines—, dan solamente una información orientadora al margen de toda publicidad. Si esto supone una merma importante en los ingresos de publicidad, esperamos en el Dios remunerador que, por otra parte, compense lo que por aquí puede perderse. Y nuestras esperanzas, hasta el momento presente, no han sido fallidas. "Sabemos bien en quién hemos confiado", repetiremos con San Pablo. El pensamiento del Papa nos parece claro en este punto: "Tenga el valor la prensa católica—dice—, aunque sea al precio de sacrificios pecuniarios, de proscribir implacablemente de sus columnas todo anuncio, toda publicidad injuriosa para la fe y la honestidad. Obrando así ganará en valor intrínseco, acabará por conquistar la estima, primero, y luego la confianza, justificando la consigna tantas veces repetida: en cada hogar católico, el periódico católico." (Mensaje de 1950.) Estas palabras han resonado en España de manera especial y han dado origen a esa meritísima práctica sobre la publicidad de los espectáculos públicos.

Ordenación jurídica de la prensa

No es ésta ocasión de volver sobre otros aspectos interesantes, expuestos en la Asamblea de Bilbao. No se ha abandonado la aspiración de conseguir una nueva "ley de prensa", que ponga a salvo lo que es fundamento firme de la convivencia humana en el orden religioso y social dentro de una sana libertad.

Convengamos en que los tiempos siguen siendo difíciles y las orientaciones de la Iglesia no favorecen esa tendencia a publicarlo todo, a discutirlo todo, a llenar con "negras crónicas" las columnas que se nos han ofrecido para una labor constructiva. Los periodistas españoles que leemos con frecuencia la prensa mundial—la comunista está taxativamente condenada por la Iglesia—creemos que una legislación de prensa debiera excluir del área de las publicaciones periódicas

ese instrumento de corrupción y establecer los términos dentro de los cuales—con humana amplitud—pueda desenvolverse el espíritu de sana libertad.

La Junta Nacional de Prensa Católica y la Federación Española de Hermandades de Periodistas Católicos

Por lo que se refiere a la organización jerárquica de la prensa católica en España y a la de los periodistas católicos españoles y su vinculación a la Acción Católica, un decreto del arzobispado de Toledo creó ya, en el año 1925, la Junta Nacional de Prensa Católica, como consecuencia de la III Asamblea de Prensa Católica, que se celebró en Toledo el año anterior. Fines de esa Junta son: la ejecución de los acuerdos de las asambleas nacionales en relación con las agencias, diarios, revistas, hojas, folletos, libros y asociaciones y organismos relacionados con ellos; la preparación de las futuras asambleas nacionales de prensa católica; la coordinación y alta inspección de todas las entidades y obras de prensa católica existentes en España.

Fruto de esta labor de coordinación ha sido la reciente constitución de la Federación Española de Hermandades de Periodistas Católicos, que agrupa a las hermandades y asociaciones de periodistas católicos existentes en diversas capitales de España y a las que pertenecen los periodistas, agrupados en su doble carácter de profesionales y católicos.

Termino. Os he presentado, rápidamente, un panorama de la "prensa católica" en España, limitado a alguno de sus aspectos. Os agradezco vuestra benévola atención. Yo entiendo que nuestro trabajo debe tender a procurar que nuestros periódicos estén en cada momento en condiciones de informar con verdad a sus lectores y con suficiente libertad para exponer el criterio católico sobre la vida en torno. Esa libertad está suprimida de raíz en tantos países (más allá del "teñido de acero") como hubieran acudido a nuestra asamblea y que han visto deshecho su labor de lustros por regímenes materialistas. Esa libertad está condicionada en otras ocasiones y, aun en los países que se llaman "libres", por la influencia decisiva de las grandes empresas al servicio de intereses materiales o a las órdenes de "sectas anticatólicas". Por ello, el problema de la "soberanía informativa" es uno de los más importantes que hay que resolver. Solamente una o varias "agencias" poderosas, de carácter internacional y probablemente católicas—no sólo agencias de noticias católicas o religiosas, sino de toda clase de noticias inspiradas en principios cristianos—, nos pondrá en condiciones de defendernos de redacciones tendenciosas que se filtran a través de nuestros teletipos y van creando un ambiente falso sobre asuntos y personas.

Dios nos conceda el avanzar en este terreno. Nosotros, desde ahora, ponemos al servicio de tan excelente proyecto toda nuestra buena voluntad, confiados en que ella será bendecida por el Señor, a quien servimos por medio de nuestro trabajo en la prensa católica.

D) El desarrollo de la prensa católica en los Estados Unidos

Por Mr. WALSH
N. C. W. C. (Washington)

La prensa católica de los Estados Unidos se compone de diarios y de revistas.

En este estudio nos vamos a limitar a discutir el asunto de los periódicos. Pero antes conviene que hagamos observar que se estima en 400 el número de las revistas católicas americanas, entre las que figuran más de 30 publicaciones en lengua extranjera. La tirada total de estas revistas alcanza los 15 millones de

ejemplares, que en gran mayoría de casos son publicaciones mensuales.

I. LOS SEMANARIOS DIOCESANOS

La prensa católica en los Estados Unidos está principalmente constituida por semanarios diocesanos. Estas publicaciones tienden, ante todo, a servir cada una

los intereses de la archidiócesis o la diócesis particular en la cual son publicadas.

Esto es cierto, casi sin excepción, en cuanto concierne a los periódicos católicos de lengua inglesa. Hay, no obstante, dos excepciones importantes: el "Register", publicado en Denver (Colorado), y el "Our Sunday Visitor", publicado en Huntington (Indiana), que son los dos periódicos de ámbito nacional. Son distribuidos por correo en todas las regiones de los Estados Unidos y tienen suscriptores prácticamente en todas las diócesis.

Procuran no tanto servir a tal o cual diócesis particular, cuanto interesar al mayor número posible de lectores, cualquiera que sea su sede episcopal.

Existen en los Estados Unidos 29 periódicos católicos de lengua no inglesa. Actualmente cuatro de estos periódicos son diarios, la mayor parte son semanarios, pero algunos aparecen con menor frecuencia. Estos últimos, lo mismo que los diarios "nacionales", son excepciones en el tipo corriente de publicación semanal diocesana, que aparecen en lengua inglesa. Los periódicos en lengua no inglesa se orientan a un concurso de personas disperso, y sus ejemplares se venden evidentemente en más de una diócesis.

1. Su número

El número de los periódicos de lengua inglesa en los Estados Unidos es de 107. Su tirada global alcanza alrededor de los 3.500.000 ejemplares. Se cree, sobre la base de datos aceptados como dignos de crédito, que estos periódicos son leídos cada semana por unos nueve millones de lectores (aparte de sus abonados). Los dos periódicos católicos de ámbito nacional tiran en conjunto alrededor de un millón de ejemplares, y se estima que son vistos y leídos cada semana por tres millones de personas en total.

2. Contenido

El semanario católico americano es un periódico completo. Ofrece a sus lectores noticias mundiales, nacionales, regionales y locales. Durante cualquier semana un semanario católico americano puede proporcionar alrededor de 160 informaciones diversas a propósito de una veintena de países diferentes. Evidentemente, el semanario da noticias del Vaticano y de Roma. Da también las noticias de interés nacional concernientes a diversas partes de los Estados Unidos, así como las informaciones referentes a diferentes regiones de la diócesis que lo publica.

Las columnas de un semanario católico americano están muy ampliamente consagradas a la información. La mayor parte corresponden a noticias concretas sobre los sucesos y las personalidades, publicándose fotos y narraciones ilustradas, así como instrucciones y artículos apologeticos. Algunas de estas columnas, casi siempre en la página editorial, están reservadas a los comentarios de las noticias y a la opinión de los redactores del periódico. Así las informaciones y las opiniones se presentan separadamente. Si el lector no quiere leer más que las informaciones concretas, no deformadas ni coloreadas por una opinión cualquiera, se limita a leer las columnas reservadas a las noticias. Si desea conocer la opinión de los redactores o de otras personalidades sobre estas noticias, consulta la página editorial.

3. Financiación

Los periódicos católicos son en los Estados Unidos negocios financieramente rentables. Para obtener este resultado consagran una cierta parte de sus columnas a la publicidad. Un periódico de este tipo atrae una clientela, tan amplia como sea posible, por su medio profesional de presentar las informaciones, y obtiene también la publicidad sobre la base más o menos importante de su tirada. Esta es una práctica de aspecto comercial generalmente aceptada en todos los sectores del dominio periodístico en los Estados Unidos. En los Estados Unidos, en

efecto, los periódicos y las revistas son raramente subvencionados. A los que se considera como tales ejercen poca influencia en general y sobreviven poco tiempo.

4. Por qué no existen diarios católicos

Nosotros no tenemos en los Estados Unidos diarios católicos en inglés. Se pregunta frecuentemente a los católicos americanos porque esto es así. Las razones que se podrían dar son numerosas, y es dudoso que alguna pueda dar una sola con la pretensión de haber dado la verdadera.

En efecto, se puede preguntar si un periódico católico sería una cosa necesaria y práctica. Algunos piensan que no. Los tales hacen resaltar que la prensa católica americana se ha establecido dentro de la tradición de los semanarios diocesanos. Esta fórmula ha probado que tiene ventajas ciertas, principalmente porque ella ofrece al Obispo local un excelente medio de extender su voz no solamente a los católicos, sino también, como luego veremos, a los lectores no católicos. Cuando se habla en los Estados Unidos de periódico católico, se entiende, en general, que se habla de un periódico de ambiente nacional. Nadie sabe cuál sería el efecto de un periódico nacional sobre los semanarios diocesanos ya existentes; la mayoría de las personas no saben si estos semanarios diocesanos facilitarían la creación de un diario nacional o la obstaculizarían.

Pero, ante todo, debe ser por otra razón por la que un diario católico no es indispensable en los Estados Unidos. En ciertos países el dilema que se presenta es el siguiente: o bien se tiene un periódico diario católico o bien es preciso atenderse a encontrar una prensa diaria anticatólica y en todo caso indiferente a las cosas religiosas. En los Estados Unidos la situación es exactamente la inversa.

Muchos de los diarios en América están en manos o bajo la dirección o la redacción de periodistas competentes que son católicos practicantes. El número de los católicos que ocupan puestos importantes en los equipos de los periódicos laicos en todas las regiones del país es numeroso. Y todos los periódicos laicos se esfuerzan en cubrir con sus informaciones y sus comentarios editoriales lo correspondiente a sucesos que afectan a la religión en las diversas confesiones, comprendido el catolicismo. Esta regla es verdadera hasta en las regiones del país donde los católicos no forman más que una pequeña parte de la población.

Considerada esta situación, visto el número de los católicos que ocupan los puestos responsables en los periódicos laicos y considerado el hecho de que estos periódicos coinciden mutuamente en el terreno de la información religiosa, se estima que no es de todo punto indispensable que una prensa católica diaria se presente, además, en concurrencia con ellos.

5. La prensa católica y la política

Es raro que la prensa católica en los Estados Unidos se ocupe de cuestiones que se pudieran denominar políticas. Cuando de ellas se ocupan siquiera sea en general, las cuestiones políticas que discuten implican un problema moral al cual no es posible sustraerse. Es en el curso de los treinta últimos años cuando la prensa católica semanal ha conocido su mayor éxito en los Estados Unidos. El número de los periódicos católicos se ha elevado de modo asombroso. Constantemente ha mejorado su venta y ha aumentado su eficacia, lo mismo que su prestigio.

En realidad, el éxito de la prensa católica en los Estados Unidos se ha producido a la par que se daba el hecho de consagrar la prensa profana mayor lugar a las noticias católicas. Se ve en América a ciertos grandes periódicos laicos imprimir los textos completos de las encicli-

cas y de las declaraciones pontificias simplemente porque la prensa católica ha abierto un camino en este aspecto y ha probado el alto valor de información de estos documentos, con frecuencia muy extensos. Es una práctica corriente, entre los editores de periódicos laicos americanos, el vigilar muy estrechamente lo que imprime la prensa diocesana local y extraer para su publicación los hechos y los artículos que algún periódico laico no podría obtener de otra fuente. Ciertos directores de periódicos dan, corrientemente, instrucciones a los miembros de su equipo de redacción de que el periódico católico local le sea remitido a su despacho en el momento de su llegada. Algunos editores de prensa laica se las componen de modo que puedan obtener los ejemplares del periódico católico local en la misma imprenta para disponer de él mucho antes de que se los entregue el correo.

Los Arzobispos y los Obispos de todas las regiones de los Estados Unidos han contrastado, después de largo tiempo, que un periódico católico diocesano les ofrece un excelente medio de hacer oír su mensaje, así como un medio de unir más estrechamente a los católicos alrededor de su sede episcopal. Así, de tiempo en tiempo, la nación completamente entera puede leer en la prensa laica ciertas declaraciones particularmente sorprendentes hechas por el Obispo de una de las más pequeñas regiones católicas del país. Esto se producirá porque el Obispo ha hablado de ello en su periódico, el cual habrá sido utilizado por editores de la prensa laica para reproducir su declaración en el periódico local, de donde el servicio telegráfico ha obtenido un reportaje para otros periódicos locales.

6. La prensa en cadena

Un fenómeno particular en la prensa católica americana es lo que se llama la cadena de periódicos. Hay cuatro principales.

La más importante, el Register System of Newspapers, que tiene su sede en Denver, en Colorado. Además de publicar el periódico archidiocesano local, este sistema edita y distribuye desde Denver los periódicos oficiales de casi treinta archidiócesis y diócesis repartidas en todas las regiones de los Estados Unidos.

Our Sunday Visitor, que tiene una imprenta importante en Huntington, Indiana, publica un periódico semanal para su diócesis en Fort Wayne, el "Our Sunday Visitor", del cual hemos hablado que es una publicación de ámbito nacional, y nueve periódicos semanales oficiales de otras tantas diócesis.

La Catholic Action of The South, en Nueva Orleans, Luisiana, publica su propio periódico archidiocesano, así como los periódicos oficiales de tres diócesis vecinas.

La Catholic Press Union, de Cleveland, publica el órgano diocesano, el "Catholic Universe Bulletin", en los periódicos oficiales de dos sedes apostólicas cercanas.

Los periódicos "nacionales" publicados por el Register y por Our Sunday Visitor, son diferentes de las cadenas de periódicos. Estas ediciones nacionales son únicas, uniformes y se dirigen a todas las partes del país. Las publicaciones que emanan de cadenas de periódicos, por el contrario, son destinadas cada una a una diócesis particular, y cada una está concebida de modo que vaya a interesar y a servir a la población de una diócesis determinada más bien que al interés general de todo el país. El periódico nacional está editado hacia un interés nacional muy amplio, es decir, que se dirige lo mismo a una parte del país que a otra. En tanto que la publicación de una cadena de periódicos está destinada únicamente a un cierto ámbito local. Es cierto que tales publicaciones de las cadenas de periódicos ofrecen todos suplementos que están editados en escala nacional, pero al mismo tiempo tienen cada una sus propios editores locales. La tarea de estos últimos consiste, sobre todo, en procurar que el periódico se dirija principalmente a los miembros de su diócesis.

II. LA AGENCIA N. C. W. C.

Es conocida la organización del servicio de información de la N. C. W. C. Un estudio sobre la prensa diocesana en los Estados Unidos que se ocupase de ella no sería completo ni medio completo.

Desde su creación, en 1920, la sección de prensa de la N. C. W. C. ha tratado de servir, promover y animar todos los órganos particulares de nuestra prensa. Nunca se ha lanzado al dominio de la publicación y jamás ha publicado un órgano por sí misma en interés de su propio servicio interior. El método principal de la N. C. W. C. ha consistido en poner a disposición de la prensa católica las noticias católicas mundiales, los artículos y el material de ilustración, lo mismo que otros medios destinados a ayudar a los periódicos, y que cualquier publicación individual no podría obtener por sus propios recursos. Mucho antes de 1920 la prensa corriente americana había cimentado su éxito principalmente sobre tales servicios, que tenía asegurados por las grandes agencias de información general y por los sindicatos especializados. El esfuerzo de los católicos ha sido reconstituir, dentro del campo católico, estas clases de medios y colocar a nuestra prensa en este aspecto sobre un plano tan elevado como la prensa general del país.

1. Los servicios de la agencia

La sección de prensa ofrece a las publicaciones católicas los servicios siguientes:

Un servicio de información de alrededor de 50.000 palabras por semana dando las noticias católicas de todas las partes del mundo. Todas las instalaciones de radio, cables, de telegrafía y teléfono lo mismo que el correo ordinario, son utilizadas para reunir tal información.

Un servicio variado de artículos de interés católico de alrededor de 10.000 palabras por semana, acompañado de ilustraciones y destinado a entretener el interés de todos los miembros de la familia católica.

Un servicio católico de fotografías que ilustran sobre los últimos acontecimientos católicos, acompañados de artículos y de dibujos.

Un servicio telegráfico que envía las noticias de última hora a sus abonados.

Un servicio de información que provee de material concreto para el uso particular de los editorialistas y a los directores de periódicos.

Un servicio de dibujos que ilustran gráficamente las ideas en curso de evolución sobre los acontecimientos.

Un servicio biográfico que proporciona relatos recientes y auténticos de personalidades católicas eminentes.

Una crónica de Washington interpretando cada semana los acontecimientos nacionales que revisten un interés particular para los católicos.

Textos especiales, bajo una forma íntegra y fiel, de los documentos importantes del Vaticano, transmitidos por Radio Vaticano para su publicación.

Suplementos, fotos, artículos, narraciones, textos poéticos y otro material especial destinado a ayudar a los periódicos con ocasión de sus ediciones especiales de Navidad, Pascua u otras épocas particulares del año.

Serías especiales de artículos sobre asuntos de actualidad, escritos por autores competentes y reconocidos.

Un servicio de información preparado por especialistas y que permite a los abonados dirigir casi sin esfuerzo una emisión de información de radio o de televisión de una duración de unos quince minutos. Esta información semanal es una condensación bajo forma de conversación, de unas 50.000 palabras, que emite cada semana el Servicio de Información de la NCWC.

Las noticias católicas aseguran un servicio de información católica en lengua española y portuguesa destinado a los periódicos publicados principalmente en los países de América latina.

Un servicio de información extranjera

preparado para el uso en otros países distintos de América y en los cuales la información católica americana es condensada de modo que sea más utilizable por los editores de diarios extranjeros.

Se estima que estos medios han contribuido ampliamente a dar a nuestra prensa un interés más grande, completo y variado.

2. Financiación

Si los obispos americanos, en su conjunto, han asegurado una ayuda financiera real a la sección de Prensa de la NCWC en sus principios, la organización, no obstante, se ha debido principalmente, por completo, a la venta de sus servicios de noticias a sus abonados. Es motivo de orgullo para nuestra prensa poder afirmar que se financia a sí misma.

Los Obispos proporcionan todavía un importante apoyo a la sección de Prensa por medio de la NCWC. Un presidente episcopal, asistido por un Obispo, le asegura una supervisión general sobre todas las actividades de esta sección.

3. Personal

Las personas encargadas del funcionamiento de esta sección de Prensa son periodistas laicos de excelente formación, y los equipos redactores, lo mismo que los corresponsales, están formados por periodistas profesionales. Todos reciben, incluidos los corresponsales, un salario regular por su trabajo.

Visto el alto valor profesional de este equipo, el servicio en su conjunto y sus miembros en particular, están acreditados incluso ante los organismos gubernamentales; pueden ser miembros de la Asoc-

ciación de la Prensa de la Casa Blanca, de la Asociación de Prensa del Congreso o de otros organismos; están acreditados como corresponsales en los países extranjeros o en las regiones ocupadas, y reciben carnets oficiales de periodistas ante las Naciones Unidas. Nosotros hemos enviado también miembros de nuestro equipo, plenamente acreditados, a todas las partes del mundo. Un corresponsal de la NCWC, por ejemplo, acompañaba a las tropas aliadas en Roma. Otros han sido enviados a Moscú como a otras capitales de países situados más allá del telón de acero. Una cosa interesante a señalar es que los derechos de la NCWC se establecen según el modelo "standard" americano de informaciones escuetas. Puesto que el contexto es suficiente, y que un análisis puede permitir a los lectores comprender perfectamente las noticias, la afición de juzgar en el plano editorial se deja exclusivamente al editor local de cada periódico, que así conserva una entera libertad a este respecto.

III. CONCLUSION

He aquí cómo suceden las cosas normalmente:

El servicio de información de la NCWC proporciona a los periódicos diocesanos locales las noticias mundiales, nacionales y regionales. Los periódicos particulares, por intermedio de sus equipos locales, se ocupan de recoger las informaciones concernientes a la propia diócesis.

Los periódicos, por su parte, editan las noticias y las imprimen con toda la competencia necesaria. Como ellos responden

a todas las exigencias del público americano en materia de prensa, obtienen normalmente lectores y abonados entre los católicos de su región y también reciben igualmente el apoyo de diversas personas no católicas.

Dirigiéndose a un público vasto y fiel, el periódico diocesano americano está seguro de obtener la publicidad pagada en sus columnas, y con frecuencia las personas o las sociedades que se las proporcionan no son católicas.

El dinero que se obtiene de esta publicidad pagada permite al periódico diocesano subsistir económicamente y mejorar la calidad de su presentación y de sus artículos. Se puede decir que no sirven a ningún partido político, a ninguna organización laica, sino solamente a la Iglesia católica y su causa en el mundo.

Este sistema ha producido un verdadero rosario de semanarios católicos en las diócesis de todas las regiones de los Estados Unidos. Tomados individualmente cada uno de tales semanarios, sirve los intereses de su Obispo, de sus hermanos católicos y de la Iglesia en su diócesis. Tomados en su conjunto, los periódicos sirven a la Iglesia en todo el país y en el mundo entero.

Esta situación puede ser que no se desarrolle de modo ilimitado; pero si los límites existen, ellos por ahora no se ven todavía. Después de treinta años la tirada de cada semanario católico americano continúa aumentando, lo mismo que su éxito y la influencia que ejerce en el país. El número mismo de tales publicaciones aumenta, y constituyen para la Iglesia católica en los Estados Unidos una ayuda preciosa, cuya eficacia no cesa de crecer.

III

Apéndice: pensamiento pontificio

Para completar la información de este número, A. C. N. DE P. ofrece una selección de textos de León XIII, Pio X, Benedicto XV y Pio XI relacionados con la prensa, así como un conjunto de discursos de Pio XII dirigidos a los periodistas.

1.—LEON XIII, PIO X, BENEDICTO XV, PIO XI

León XIII

"Nadie ignora la fuerza grande que tienen, tanto para el bien como para el mal, principalmente en nuestros tiempos, el periódico y otras publicaciones del mismo género. Procuren, por tanto, los católicos, que uno de los empeños principales se cifre en combatir con estas armas en defensa de la religión cristiana, siempre bajo la conveniente dirección de los Obispos, y guardando al poder civil los respetos que le son debidos" (Carta a los Obispos del Brasil, 2 de julio de 1894).

"Si bien no podéis servirlos de los procedimientos y señuelos que emplean vuestros adversarios, podéis al menos igualarlos por la variedad y elegancia de las informaciones e incluso superarlos por la ciencia de las cosas útiles, sobre todo por la verdad, que el Espíritu desea naturalmente conocer, pues es tal en la fuerza su superioridad y belleza, que, desde el momento que aparece, arranca sin esfuerzo el asentimiento incluso de aquellos que le son contrarios. Para alcanzar este fin feliz es preciso emplear un lenguaje digno y mesurado que no hiera al lector por una amargura excesiva o intempestiva y que no se sacrifique el bien general a los intereses de partido o a las ventajas particulares. Nos pensamos que os debéis aplicar, por encima de todo, según la advertencia del Apóstol, a no tener cismas entre vosotros y a manteneros en el mismo espíritu, adhiriéndoos con toda la firmeza de vuestros corazones a la doctrina y a las decisiones de la Iglesia" (Discurso de 22 de febrero de 1879 a un millar de periodistas reunidos en el Vaticano).

"Para obtener buenos resultados son precisas dos condiciones: que se defien-

dan las doctrinas enseñadas por los Obispos y que los periódicos católicos se mantengan en perfecto acuerdo entre ellos, no teniendo más criterio que la gloria de Dios y la defensa de la verdad católica" (Al director de "La Unità Cattolica", padre Margotti).

"Para llegar a defender útilmente los intereses de la Iglesia, que son en este momento los de Francia, es de todo punto necesario el acuerdo de voluntades y la conformidad en la acción. Nuestros enemigos, en efecto, nada desean tanto como la disensión entre los católicos; éstos deben comprender bien cuánto les interesa evitar los disentimientos y acordarse de la divina palabra: "Todo reino dividido contra sí mismo será assolado." Y si, por conservar la unión, es necesario alguna vez renunciar a su sentimiento y a su juicio particular, hágase gustosamente en vista del bien común. Que los escritores no ahorren ningún esfuerzo por conservar en todas las cosas esta concordia de espíritus; que cada uno anteponga el interés de todos a su propio beneficio; que sostengan las obras comenzadas para el bien común; que su regla sea el someterse con piedad filial a los Obispos, que el Espíritu Santo ha puesto para regir la Iglesia de Dios; que respeten su autoridad y que no inicien nada sin su asentimiento, porque en los combates por la religión ellos son los jefes a los que es preciso seguir" (Encíclica "Nobilissima Gallorum Gens").

Pío X

"Las discusiones en uno y otro sentido se multiplican hoy cada vez más y se propagan fácilmente mediante la imprenta. Es, por tanto, de perentoria necesidad que la Acción Católica, aprovechándose

del momento oportuno y saliendo a la palestra con gallardía, presente su solución y la haga valer con una propaganda firme, activa, diestra, ordenada, tal que directamente se oponga a la propagación de la doctrina contraria" (Encíclica "Il Fermo Proposito", 11 de junio de 1905).

A este mismo Papa, canonizado el 29 de mayo de 1954, corresponde la siguiente advertencia:

"En vano construiríais iglesias, predicaríais misiones, fundaríais escuelas; todas vuestras obras, todos vuestros esfuerzos serían destruidos si no superáis al mismo tiempo manejar el arma defensiva y ofensiva de la prensa católica, real, sincera."

Benedicto XV

"Todos deben favorecer una cosa que tanto interesa al corazón del Papa, siendo, como es, en los actuales tiempos, de capital importancia para el bienestar religioso y mundial de la sociedad civil" (carta de felicitación al Episcopado español por la celebración del Día de la Prensa Católica).

Pío XI

"Otra actividad a la cual la Acción Católica en ese país—y digamos también en todo país—debe atender con cuidado especial, es la dirigida a procurar y defender la buena prensa, y, particularmente, la prensa diaria, la cual es tanto más eficaz cuanto mayor difusión alcanza.

Por buena prensa entendemos aquella que no solamente no contiene nada que sea contrario a los principios de la fe y a las reglas de la moral, sino que sea propagadora de tales principios y reglas.

Por eso Nos formulamos el voto de que la Acción Católica logre que la buena prensa en ese país se refuerce y multiplique, como la necesidad lo exige, y, sobre todo, que penetre en las familias cristianas el diario que se hace eco de las enseñanzas de la Iglesia, convirtiéndose en un precioso auxiliar de ésta" (carta apostólica al Episcopado de Portugal, 10 de noviembre de 1933).

2.—DISCURSOS DE PIO XII A LOS PERIODISTAS

A) Discurso del 21 de julio de 1945 a los representantes de organizaciones periodísticas y radiofónicas de los Estados Unidos de América

"Habéis hecho un largo camino para venir a Roma, y Roma es sólo una pausa intermedia en una jornada que antes de terminar os llevará por la mayor parte del globo, sus diversos climas y sus diversos pueblos, de varias lenguas. En todas partes habéis ido buscando lo que hoy se llama la noticia, la última información de todo, aun de las más remotas partes del mundo, que luego sea transmitida, en el menor plazo de tiempo, a un público ardiente e impaciente. Algunos de vosotros añadirán comentarios, redactarán artículos; pero también éstos deben tener el elemento de la oportunidad y del interés inmediato. No es tarea fácil, pero es un servicio incalculable el que vuestra profesión hace a la sociedad derribando las barreras del tiempo y del espacio y asistiendo a todos los miembros de la vasta familia humana para comunicar sus gozos y sus afanes, sus triunfos y sus derrotas, sus esperanzas y sus temores. El digno éxito de vuestra profesión depende de un hecho esencial; de vuestra fidelidad a la verdad en cuanto escribís y habláis. Si en el trajín de la rutina del trabajo diario, un escritor deja deslizarse algún error en su artículo, o da crédito a una información sin comprobar bastante su fuente, o da asimismo expresión a un juicio que es injusto (y puede suceder que sea más por descuido que por mala voluntad), resultará, sin embargo, que esos descuidos y esas negligencias, sobre todo en tiempos de grave crisis, podrán tener graves consecuencias. Un editor, o escritor, o locutor consciente de su vocación sublime atiende siempre a la obligación que tiene respecto a millares de millones de hombres que se dejarán influir por sus palabras y les prodiga la verdad, nada más que la verdad, tal como él ha podido averiguar. Pero ¿qué habríamos de decir de la falsedad deliberada y de la calumnia? Una lengua mentirosa, como las manos que derraman sangre inocente, la detesta el Señor, y todo hombre justo aborrece una palabra engañosa. La calumnia tiene los pies ligeros, como vosotros sabéis, y especialmente—vergonzoso es decirlo—cuando se dirige contra la religión o los campeones de los verdaderos preceptos de la moralidad cristiana. El mentís en defensa de la víctima no se da muchas veces como conviene o puede que encuentre un puesto después de una semana en un ángulo oscuro de una página interna. Los miembros de la profesión que creen servirla con falsedades harán un mal tercio a sus colegas. Aspirarán a dar un golpe mortal al espíritu que debe reinar entre los hijos de un mismo padre y ponen en grave peligro la paz de las naciones. Si la competente autoridad civil no pone freno a los desmanes de la pluma, entonces, ciertamente, la sociedad pagará sus consecuencias. El mundo se estremece hoy al contemplar la cantidad de calamidades que le han abrumado. ¿No se podrá atribuir esto a la inundación del error y a las normas de falsa moral propaladas por la palabra escrita o hablada de hombres orgullosos e irreligiosos? Que El os ayude a contribuir a la consolidación de la familia y a la defensa de los fundamentos morales de la sociedad humana."

B) Discurso a un grupo de periodistas suizos ⁽¹⁾

"Es para Nos una satisfacción especial poder dar la bienvenida a huéspedes lle-

(1) No consta la fecha en que fué pronunciado. Publicado en el número 250, página 6, de "Ecclesia" (27-IV-1946).

gados de todas las partes del mundo. Diversas veces, durante los años que acaban de pasar, hemos tenido ocasión de ver junto a Nos a muchos colegas vuestros de regiones y naciones distintas y de caer cada vez más en la cuenta de la misión, llena de responsabilidad, que incumbe a los periodistas, a los que trabajan en la radio y en el cine; es decir, a los que forman la opinión pública, especialmente en los tiempos presentes. Un poder espiritual, como es la propaganda, debe ser tomado en serio, tanto en el bien como en el mal. La semilla que el esparce puede resultar una bendición o una maldición. En realidad, hay que atribuirle un papel verdaderamente decisivo en los indolentes sufrimientos de la guerra y de la posguerra de que estamos siendo testigos; es decir, un papel decisivo en la frialdad que se ha hecho incurable entre los pueblos y entre los hombres; a la prensa que se pone sin reservas al servicio del principio utilitario y de las pasiones políticas y nacionales; a la prensa que, más aún, deja conscientemente a un lado la objetividad, veracidad e imparcialidad. Vosotros, oh ilustres señores!, venís de un país que la benigna disposición de la Providencia ha tenido a salvo entre los incendios de dos guerras mundiales, un país que la previsión de sus gobernantes y el buen sentido de su pueblo no han dejado resbalar en aquella aberración. Venís como representantes de un pueblo que tiene como objeto de su mayor deseo el socorrer en activa caridad a las víctimas de la guerra. Vuestro mismo viaje a través de Italia, visitada por la pobreza y la miseria, tiene como característica la misma misión de paz. Nos felicitamos por vuestra noble finalidad, y con gusto aprovechamos la ocasión para expresar nuestra gratitud y dedicar nuestra alabanza a todos los socorros organizados en grande escala por el pueblo suizo durante la guerra y durante la paz...

En pequeña proporción es Suiza lo que no pocos desean que en mayor proporción sea toda Europa, como solución salvadora. Es verdad que una unidad semejante difícilmente se puede crear artificialmente. Lo mismo que nace a la vida, así tiene que crecer orgánicamente y tiene que tener sus fundamentos en la historia y en la cultura. Vosotros, en vuestra profesión, representáis diversas corrientes; pero podéis estar unidos en esta fe común, que es sagrada para vosotros y cuya consistencia debe ser inviolable, lo mismo que el derecho de propiedad. Acompañando con nuestros mejores deseos la provechosa continuación de vuestro viaje, imploramos la bendición de Dios sobre cada uno de vosotros, sobre vuestras familias, sobre todo el pueblo suizo, tan cercano a nuestro corazón."

C) Discurso del 29 de abril de 1946 a un grupo de periodistas norteamericanos

"Es grande nuestra complacencia al dar la bienvenida en nuestra Ciudad del Vaticano a tan distinguida representación de la prensa norteamericana. Consagrados como estáis a vuestra profesión, conocéis el poder que tiene para el bien y para el mal, y, por consiguiente, vuestra responsabilidad, primero ante Dios y luego ante el pueblo a quien servís. Porque con las maravillosas facilidades de que disponéis, lo que publicáis llega a diario a millares de lectores y muchos quedan informados de los acontecimientos mundiales. Entráis en todas las casas; ejercitáis vuestra influencia en innumerables inteligencias y personas; ayudáis inmensamente a la formación del pensamiento nacional. ¿Y qué pocos son los que tienen cualidades, por su carácter o por su formación, para poder someter a crítica lo que vosotros escribís! ¿No son, en cambio, en realidad, la inmensa mayoría los que adoptan como suya vuestra posición y modelan sobre ella su propia ideología?"

La prensa debe ser, por consiguiente, íntegramente leal a la verdad y no se debe utilizar torcidamente su tremenda influencia. La verdad a que nos referimos es la verdad de la visión; es decir, que veáis los acontecimientos como realmente han sucedido y la verdad de su relación, es decir, que los refiráis con fidelidad, tal cual los habéis visto, interpretándolos conforme únicamente a las normas de la justicia y de la caridad. Ahora bien: la verdad es desapasionada y no parcial; objetiva y no fantástica. No tiene miedo a ser conocida, sino que puede ser presentada en toda su claridad, en toda la luz esplendente de su objetividad. La verdad es igualmente discreta y sabe que a veces debe mantenerse efectivamente en la reserva. Sabe que no debe adornarse mal y presentarse bien sin desfigurarla. La verdad es modesta y sabe que la muerte puede entrar por la ventana de los ojos. ¿No nos enseña tristemente la experiencia que pueden venir daños incalculables a la sociedad doméstica y civil por la prensa inmoral, que pierde de vista las exigencias de la verdad?"

Así, pues, señores, nuestra más sincera plegaria para que vosotros y vuestros colaboradores ejerzáis siempre vuestra profesión a la luz de Aquel que es camino, verdad y vida, para que, de acuerdo con sus deseos, podáis salir airosos de vuestra grave responsabilidad. Las mejores bendiciones del cielo desciendan sobre vosotros y sobre vuestros parientes y amigos."

D) Discurso a los representantes de la Asociación Americana de Editores de Color ⁽¹⁾

"Es para Nos fuente de extraordinaria alegría dar la bienvenida en nuestra casa de padre común a un grupo tan selecto de representantes de la Asociación Americana de Editores de Color.

En virtud de vuestra profesión, gozáis de las condiciones para influenciar a millares de lectores, y, sin duda, es propósito primordial de vuestras labores inculcar en ellas el recto concepto de los medios y fines en la búsqueda de la justicia y la fraternidad internacional, únicas capaces de asegurar la estabilidad que todos anhelan.

Muy cerca de donde vuestros pies descansan, casi diecinueve siglos atrás, fué martirizado el Príncipe de los Apóstoles quien supo por un mensaje de los cielos "que Dios no hace acepción de personas" (Hechos, X, 34). Y no lejos de los muros de esta ciudad podéis visitar el santuario del Apóstol de los gentiles, quien se hizo "todo para todos por salvarlos a todos" (I Corintios, IX, 22).

Desde el momento que la Iglesia recibió el encargo divino de "enseñar a todas las gentes", ha enviado, sin distinción ni preferencia, sus misioneros a todos los pueblos del mundo. La convicción de su misión sacratísima descansa no sólo en el hecho del origen común de todos los hombres, sino también en la excelsa verdad de la revelación, que nos dice que Dios "quiere que todos los hombres se salven y vengan en su conocimiento" (I Timoteo, 2, 4), y que Cristo Redentor "murió por todos" (II Corintios, V, 15). ¡Ah!, caballeros; aquí tenéis la clave para la solución del problema que os abruma. Todos los hombres son hermanos en Nuestro Señor Jesucristo, porque El, siendo Dios, se hizo hombre, convirtiéndose en miembro de la humana familia, en hermano de todos.

Este misterio, expresión de un amor infinito, universal, es el vínculo verdadero de la caridad fraterna que debería unir a los hombres y a las naciones. Que este vínculo se robustezca cada vez más con los esfuerzos de todos los hombres de buena voluntad.

Con esta plegaria en nuestro corazón

(1) No consta la fecha en que fué pronunciado. Publicado en la pág. 16 del número 258 de "Ecclesia" correspondiente al 22 de junio de 1946.

y con afecto profundamente paternal, invocamos para vosotros y vuestros seres queridos, y para quienes trabajan en caridad por el progreso de la causa de la justicia interracial, la bendición de Dios omnipotente."

E) Discurso del 18 de enero de 1947 a un grupo de editores, directores y redactores de periódicos, agencias de información y emisoras de radio de los Estados Unidos

"Habéis venido a Roma para ver con vuestros mismos ojos las circunstancias en que se halla Europa después de la guerra; importante misión para personas de vuestro oficio, que puede dar magníficos frutos, porque lo que más interesa a los millones que forman el público de vuestros lectores y radioyentes es que, por fin, se venga a los hechos. Habían creído y esperado ayudar al mundo a sacudirse la inhumana tiranía que pesaba sobre los espíritus y sobre los cuerpos, a crear un orden nuevo en el que todos los pueblos fueran libres, con la libertad de los hijos del Padre común que está en los cielos.

Una esperanza semejante suavizaba la tristeza de las madres y de las viudas, la tristeza de las familias cuando el torvo mensajero llamaba a sus puertas después de las batallas, y las había preparado para sacrificios en su historia nunca vistos; sacrificios que ahora se les pedía. ¿Tendréis en este momento que decirles que sus esperanzas se han frustrado ante la tiranía que se ha echado encima? América, después de haber conocido los campos de batalla, ha querido correr generosamente para asistir a las víctimas que han sobrevivido del tremendo holocausto. No se pensaba, ni remotamente, que los elementos y los destinos, tan pródigamente enviados a través de los mares, habían de ser en algunas regiones rotulados con un precio: el precio de la adhesión a un partido político.

La negación de los derechos civiles y religiosos de los hombres ha continuado sin interrupción. La despiadada persecución de las conciencias humanas no ha disminuido para nada. No es cosa que sorprenda, aunque no por eso deje de ser verdaderamente trágica, y podría ser deprimente, la idea de que, después del heroico sacrificio de cientos de miles de jóvenes valerosos, habían de venir, todavía en sus albores, una paz, una justicia y una soledad tan menguadas.

Mas no hay que desalentarse. No faltarán elementos dirigentes ni hombres de temple auténtico que no sean egoístas y que sepan consagrarse de veras al mejoramiento físico y social de todas las clases sociales; que a la luz de los principios cristianos reconozcan gustosos y prácticamente lo que parecía tan luminosamente claro, a aquel que vosotros habéis llamado con el nombre de Padre de vuestra patria; es decir, que la religión y la moralidad, son las bases indispensables de la prosperidad política, y que sin religión la moralidad no puede subsistir.

Nos pedimos diariamente al Señor que conceda a estos hombres la paciente energía en sus convicciones y la fuerza necesaria para gular a la civilización hasta un punto seguro. Os bendecimos a vosotros y a vuestros familiares, mientras que os manifestamos nuestra esperanza de que veáis la verdad y la expongáis luego sin titubeos."

F) Discurso del 20 de abril de 1948 a un grupo de directores y corresponsales de periódicos griegos

"Recibid, ¡oh señores!, nuestra acogida más cordial. Venís de Grecia, y so-

lamente pronunciar el nombre de vuestra patria parece que deja la impresión de un canto, de todo un poema de civilización y de historia. La antigua Hélade, donde, fomentado por el genio de su pueblo, la Humanidad se ha enriquecido con los tesoros de su lengua y su literatura, con sus concepciones e instituciones políticas, con las maravillas de su arte y de su filosofía, con una tal profusión, con una tal variedad y universalidad, que se ha podido, no sin razón, conocer en la Hélade la raíz de la cultura natural del Occidente, como se ha reconocido la de su cultura espiritual en el cristianismo.

No se trata, ciertamente, de que el cristianismo sea el monopolio de una forma particular de civilización; él se adapta a todas fácilmente y a todas las purifica, dándoles la perfección de su carácter propio y orientándolas a Dios y a la otra vida, que es la eterna, perfeccionándolas por eso mismo a todas ellas según el sentido del verdadero y sano humanismo.

No es menos verdadero que, precisamente en el orden cronológico, ha sido en esta cultura, que tiene sus raíces en el helenismo, donde la religión cristiana ha venido a injertarse. Y si al correr de los siglos ha conseguido realizar progresivamente esta fecunda fusión, ¿no ha estado el punto de partida de este progreso en los escritos del Nuevo Testamento, cuya lengua original es el griego?

En la crisis dramática de la hora presente, en esta lucha en donde está en juego la cultura occidental, por lo menos sobre el suelo europeo, ¿habrá sido una casualidad el que Grecia y su pueblo se encuentren hoy en primera línea?

¡Que Dios bendiga a vuestra patria! Con toda la atención de nuestro espíritu, con toda la solicitud de nuestro corazón hemos seguido, podríamos decir que día por día, el curso de los sucesos de los que ha sido teatro desde 1940, dando al mundo el espectáculo de sus sufrimientos y de sus afanes, de su resistencia y de su heroísmo. ¡Que una bendición especialísima descienda sobre sus familias desoladas, sobre esos padres y esas madres, víctimas, en sus hijos, mucho más intensamente que en su propia carne, de un trato inhumano! ¡Que la bendición de Dios descienda igualmente sobre vosotros mismos para que, con su ayuda, podáis cumplir cada vez más fructuosamente, y de acuerdo con su santa voluntad, los deberes de vuestra profesión."

G) Discurso del 23 de enero de 1950 a un grupo de directores y redactores de periódicos norteamericanos

"Esta audiencia no será contada, tal vez, en la categoría especial de las audiencias de Año Santo. Sin embargo, a la vez que os acogemos de todo corazón en nuestro Estado de la Ciudad del Vaticano, no podemos menos de hacer algunas reflexiones sobre la contribución que vosotros podéis aportar a la consecución de uno de los fines propuestos en este Año Santo.

Este año, ardentemente lo deseamos y pedimos, marcará un gran retorno del mundo a Dios por medio de Cristo; y este retorno, si se lleva a cabo, se realizará por el sendero de la verdad. Cuando cada uno de los hombres se reconozca por todos como verdadera imagen de Dios, dotado de los derechos inherentes a esta dignidad, que ningún poder meramente humano puede violar; cuando el Estado sea reconocido en su verdadera naturaleza, como divinamente instituido para proteger y defender a sus ciudadanos y no para esclavizarlos; cuando todo el mundo esté conforme en la confesión abierta de su absoluta dependencia de Dios, creador universal, entonces la Humanidad habrá dado grandes y decisivos pasos en su retorno a Dios, y por el mismo hecho, a la prosperidad, paz y seguridad."

¿Podréis vosotros favorecer esta noble empresa? ¡Seguramente que sí! Porque la verdad necesita de una voz, y la voz

más potente que llega al público sigue siendo la prensa. ¿Quién ignora que un periodista puede deliberadamente falsear los hechos o, separándolos de su verdadero contexto, alterar su verdadera significación, o que puede ahogar la verdad que debería ser oída en justicia? Y la consecuencia inevitable es que las masas son desorientadas, la tragedia humana se realiza, se provoca la lucha civil y aun la guerra, simplemente porque un miembro indigno de vuestra profesión, por una razón o por otra, se ha sustraído a su grave responsabilidad ante la verdad.

Si, esta responsabilidad es verdaderamente grande ante Dios y ante los hombres. Jamás, nos atrevemos a decirlo, ha sido aquélla tan exigente como hoy, cuando las comunicaciones han venido a ser tan fáciles y extensas y la influencia del ciudadano común se siente cada vez más en el gobierno de las naciones, influencia que, a proporción de su importancia, impone el deber de matizar la verdad de los hechos, deber que confiere el derecho de saber la verdad. Vuestro viaje a través de Europa ha tendido precisamente a investigar la verdad sobre las relaciones internacionales, porque estimáis justamente la importancia de esta verdad para vuestro país y, hay que añadirlo para todo el resto del mundo.

Por eso tenemos mucho gusto en aprovechar esta ocasión para felicitar a vuestra profesión por los inestimables beneficios que aporta a la gran familia humana y para animar a todos y cada uno de sus miembros a perseverar en el servicio, con desinteresada lealtad, de la causa de la caridad y de la verdad. Ninguna sociedad puede mantenerse firme sobre el cimiento de la hipocresía y de la falsedad.

Mientras rogamos que los beneficios de la paz y de la seguridad desciendan sobre el mundo, os aseguramos, señores, nuestros más sinceros deseos para vosotros, para todos los que os son queridos y próximos y para vuestra magnánima nación."

H) Discurso del 17 de febrero de 1950 al IV Congreso Internacional de Periodistas Católicos

"La importancia de la prensa católica que vosotros representáis, amadísimos hijos, en este Congreso Internacional y la gravedad de los problemas que se proponen a vuestro estudio nos han movido a faltar a la regla para recibirlos que Nos habíamos debido imponer, muy a pesar nuestro, de limitar y aun de suprimir de ordinario nuestros discursos y nuestras alocuciones a lo largo del Año Santo. Pero esta vez no podemos dejar de aportar el apoyo de nuestra palabra al gran fin de vuestra reunión. El es tan vasto como sugestivo: la prensa católica al servicio de la verdad, de la justicia y de la paz.

La consideración de uno de los aspectos capitales de este servicio es lo que hace que juzguemos oportuno presentar a vuestra meditación algunos principios fundamentales que tocan al papel de la prensa católica en sus relaciones con la opinión pública. Porque es un hecho que ella se encuentra entre los principales factores que contribuyen a su formación y a su difusión.

Países donde la opinión pública no tiene voz

La opinión pública es, en efecto, el patrimonio de toda sociedad normal compuesta de hombres que, conscientes de su conducta personal y social, están íntimamente ligados con la comunidad de la que forman parte. Ella es en todas partes, y en fin de cuentas, el eco natural, la resonancia común, más o menos espontánea de los sucesos y de

la situación actual en sus espíritus y en sus juicios.

Allí donde no apareciera ninguna manifestación de la opinión pública; allí, sobre todo, donde hubiera que registrar su real inexistencia, por cualquier razón que se explique su mutismo o su inexistencia, se debería ver un vicio, una enfermedad, una irregularidad de la vida social.

Dejamos aparte, evidentemente, el caso en que la opinión pública se calla en un mundo de donde aun la justa libertad esta desterrada y donde solo la opinión de los partidos en el poder, la opinión de los jefes o de los dictadores esta autorizada a dejar oír su voz. Ahogar la de los ciudadanos, reducir a un silencio forzado, es, a los ojos de todo cristiano, un atentado contra el derecho natural del hombre, una violación del orden del mundo, tal como ha sido establecido por Dios.

Ultraje a los periodistas y a los lectores

¿Quién no adivina las angustias y el desorden moral en que un tal estado de cosas anega la conciencia de los periodistas? En verdad habíamos esperado que las experiencias demasiado duras del pasado nos enseñaran, al menos, servido como lección para librar definitivamente a la sociedad de una tiranía tan escandalosa y acabar con un ultraje tan humillante para los periodistas y para sus lectores. Si; Nos lo habíamos esperado con no menos interés que vosotros, y nuestra decepción por eso mismo no ha sido menos amarga que la vuestra.

Dificultades de la verdadera opinión pública

¿Qué situación tan lamentable! Tan deplorable y acaso más funesta todavía por sus consecuencias a la de los pueblos donde la opinión pública permanece muda no por haber sido amordazada por una fuerza exterior, sino porque se faltan aquellas premisas interiores que deben existir en todos los hombres que viven en comunidad.

Nos reconocemos en la opinión pública un eco natural, una resonancia común más o menos espontánea de los hechos y de las circunstancias en el espíritu y en los juicios de las personas que se sienten responsables y estrechamente ligadas a la suerte de su comunidad. Nuestras palabras indican casi otras tantas razones por las cuales la opinión pública se forma y se expresa tan difícilmente. Eso que hoy se llama opinión pública muchas veces no es más que un nombre, un nombre vacío de sentido, algo como un ruido, una impresión ficticia y superficial y no un eco despertado espontáneamente en la conciencia de la sociedad y dimanante de ella.

Minorías selectas que crean la sana opinión

Pero ¿dónde encontrar tales hombres profundamente penetrados del sentimiento de su responsabilidad y de su íntima solidaridad con el medio en que viven? Ya no hay tradición, ni hogar estable, ni seguridad de la vida, ni nada de todo lo que puede frenar la obra de la disgregación y, con frecuencia, de la destrucción. Añadid el abuso de la fuerza de las organizaciones gigantescas de masas que, encadenando al hombre moderno en su complicado engranaje, ahogan a sangre fría toda espontaneidad de la opinión pública y la re-

ducen a un conformismo ciego y dócil de ideas y de juicios.

¿No habría, pues, en estas desgraciadas naciones nombres dignos de este nombre, marcados con el sello de una verdadera personalidad y capaces de hacer posible la vida interior de la sociedad; hombres que sepan contemplar a Dios, al mundo y a todos los sucesos, grandes o pequeños, que en él se suceden a la luz de los principios fundamentales de la vida, a la luz de sus fuertes convicciones?

Tales hombres, a lo que parece, gracias a la rectitud de sus ideas y de sus sentimientos, deberían poder edificar piedra a piedra el muro sólido sobre el cual la voz de estos sucesos choque, reflejándose con un eco espontáneo. Sin duda estos hombres los hay todavía, aunque, por desgracia, poco numerosos y cada vez mas raros a medida que van siendo sustituidos por personas escepticas, aurruidas, indiferentes, sin consistencia ni carácter, cómodamente maniobrados por algunos corifeos.

Las masas, sin criterio

El hombre moderno adopta gustoso posturas de independencia y desenvoltura. Las más de las veces no son más que una fachada tras de la cual se protegen pobres seres vacíos, flojos, sin fuerza de espíritu para desenmascarar la mentira, sin fuerza en el alma para resistir a la violencia de los que con habilidad saben poner en movimiento todos los resortes de la técnica moderna, todo el reinado arte de la persuasión, para despojarlos de su libertad de pensamiento y hacerles semejantes a las frágiles "cañas agitadas por el viento" (Mat. 11,7).

¿Se atrevería alguien a decir con seguridad que la mayoría de los hombres son aptos para juzgar, para apreciar los hechos y las corrientes en su verdadero peso, de suerte que la opinión sea guiada por la razón? He ahí, sin embargo, una condición "sine qua non" para que sea válida y sana. ¿No se ve, en lugar de esto, que aquella manera—la única legítima—de juzgar a los hombres y a las cosas segun reglas claras y justos principios se repudia como un obstáculo a la espontaneidad, y, por el contrario, el impulso y la reacción sensitivos del instinto y de la pasión se exaltan como los únicos "valores de la vida"? Bajo la acción de este prejuicio, lo que subsiste de la razón humana y de su fuerza de penetración en el profundo dédalo de la realidad es poca cosa. Los hombres de buen sentido no cuentan; quedan aquellos cuyo campo visual no se extiende más allá de su estrecha especialidad ni más arriba de su poder puramente técnico. De estos hombres poco pueden ordinariamente esperar la educación de la opinión pública ni la firmeza frente a la engañosa propaganda que se arroga el privilegio de acomodarlo a su gusto. En este terreno, los hombres de sencillo espíritu cristiano, recto, pero claro, aunque la mayor parte de las veces no tengan muchos estudios, son, con mucho, superiores a aquéllos.

Los hombres a quienes debería tocar el encargo de esclarecer y guiar la opinión pública se ven frecuentemente, los unos por su mala voluntad o por su ineficiencia, los otros por imposibilidad o por presión, en mala postura para dedicarse a ello con libertad y con éxito. Esta situación desfavorable afecta en especial a la prensa católica en su acción al servicio de la opinión pública. Porque todos los desfallecimientos e incapacidades de que acabamos de hablar tienden

a la violación de la organización natural de la sociedad humana, tal como Dios la ha querido, y a la mutilación del hombre, que, formado a imagen y semejanza de su Criador y dotado por él de inteligencia, había sido colocado en el mundo para senorearlo, penetrado de la verdad y dócil a los preceptos de la ley moral, del derecho natural y de la doctrina sobrenatural contenida en la revelación de Cristo.

Valor necesario al periodista católico

En esta situación, el mal más temible para el periodista católico sería la pusilanimidad y el abatimiento. Contemplad a la Iglesia: tras casi dos milenios, a través de todas las dificultades, contradicciones, incomprensiones y persecuciones patentes o sotapadas, nunca se ha desanimado, nunca se ha dejado deprimir. Tomada como modelo, vea en las deficiencias lamentables que acabamos de señalar el cuadro horrible de lo que no debe ser y de lo que debe ser la prensa católica.

En toda su manera de ser y de obrar debe oponer un obstáculo infranqueable al progresivo retroceso, a la desaparición de las condiciones fundamentales de una sana opinión pública y combatir y aun reforzar lo que de ella queda. Renuncie de buena gana a los vanos provechos de un interés vulgar o de una popularidad de mala ley; sepa mantenerse con energía y altiva dignidad inaccesible a todos los intentos directos o indirectos de corrupción. Tenga el valor, aunque sea al precio de sacrificios pecuniarios, de proibir implacablemente de sus columnas todo anuncio, toda publicidad injuriosa para la fe o la honestidad. Obrando así ganara en valor intrínseco, acabara por conquistar la estima primero y luego la confianza, y justificará la consigna tantas veces repetida: "En cada hogar católico, el periodista católico."

Papel educador de la prensa

Pero aun suponiendo las mejores condiciones interiores y exteriores en que se desenvuelve y se propaga, la opinión pública no es, sin embargo, innata ni siempre absolutamente espontánea. La complejidad o la novedad de los sucesos y de las situaciones pueden ejercer una influencia decisiva sobre su formación, sin contar con que ella no se libera fácilmente de los juicios preconcebidos ni de la corriente dominante de las ideas, tanto en el caso de que la reacción estuviese objetivamente justificada como en el de que fuera efecto de una imposición. Y es aquí cuando la prensa tiene un papel decisivo que jugar en la educación de la opinión pública, no para dictarla o regentarla, sino para servirla útilmente.

Cualidades del periodista

Esta delicada tarea supone en los miembros de la prensa católica competencia, cultura general (sobre todo en filosofía y teología), cualidades de estilo y tacto psicológico.

Pero lo que les es indispensable, en primer lugar, es el carácter. El carácter, es decir, sencillamente, el amor profundo e inalterable respecto del orden divino, que abraza y anima a todos los dominios de la vida; amor y respeto que el periodista católico no debe contentarse con sentir y nutrir en el secreto de su propio corazón, sino que debe cultivar en el de sus lectores. En ciertos casos, la llama que así salta bastará a encen-

der o a reavivar en ellos la centellita casi muerta de las convicciones y de los sentimientos dormidos en el fondo de su conciencia. En otros casos, su amplitud de mira y de juicio podrá abrir sus ojos, tímidamente fijados sobre prejuicios tradicionales. En los unos como en los otros, él se guardará siempre de "hacer" la opinión; más bien ambicionará servirla.

Nos creemos que esta concepción católica de la opinión pública, de su funcionamiento y de los servicios que le presta la prensa es completamente justa y necesaria para abrir el camino a los hombres que siguen vuestro ideal; el camino de la verdad, de la justicia y de la paz.

La Iglesia, contra el totalitarismo y el positivismo

Así, por su actitud frente a la opinión pública, la Iglesia se coloca como una barrera enfrente del totalitarismo, el cual, por su misma naturaleza, es necesariamente enemigo de la verdadera y libre opinión de los ciudadanos.

En efecto, es por su misma naturaleza por lo que rechaza este orden divino y la relativa autonomía que éste reconoce a todos los dominios de la vida, en cuanto que tienen su origen en Dios.

Esta oposición se ha afirmado de nuevo manifiestamente con ocasión de los dos discursos en que Nos quisimos recientemente hacer luz sobre la posición del juez respecto a la ley. Nos hablábamos entonces de las normas objetivas del derecho, del derecho divino natural, que garantiza a la vida jurídica de los hombres a la autonomía requerida por una viva y segura adaptación a las condiciones de cada tiempo. Que los totalitarios no nos hayan comprendido, ellos, para quienes la ley y el derecho no son más que instrumentos en las manos de los círculos dominantes, Nos lo esperábamos ya. Pero comprobar las mismas incomprensiones de parte de ciertos medios que largo tiempo se habían constituido como campeones de la concepción liberal de la vida, que habían condenado a hombres por el solo pecado de sus relaciones con leyes y preceptos contrarios a la moral, he ahí algo que es muy para sorprendernos. Porque, en fin, que el juez en la pronuncianción de la sentencia se sienta atado por la ley positiva y obligado a interpretarla fielmente, no hay en ello nada incompatible con el reconocimiento del derecho natural; más aún, es una de sus exigencias. Pero lo que no se podría legítimamente conceder es que este vínculo sea anudado exclusivamente por el acto del legislador humano de quien emana la ley. Esto sería reconocer a la legislación positiva unaseudomajestad que no se diferenciaría en nada de la que el racismo o el nacionalismo atribuía a la producción jurídica totalitaria, poniendo bajo sus pies los derechos naturales de las personas físicas y morales. Aquí también la prensa católica tiene su sitio señalado para expresar en fórmulas claras el pensamiento del pueblo, confuso, vacilante, embarrizado ante el mecanicismo moderno de la legislación positiva, mecanismo peligroso desde el momento en que se deja ver en esta última una derivación del derecho divino natural.

La justa libertad de prensa defiende la paz

Esta concepción católica de la opinión pública y del servicio que le rinde la prensa es también una sólida garantía de la paz. Ella toma una decidida posición en la práctica y en la teoría

a favor de la justa libertad de pensar y del derecho de los hombres a su juicio propio, pero los contempla a la luz de la ley divina. Lo que quiere decir de nuevo que quien se ponga lealmente al servicio de la opinión pública, sea la autoridad social o la prensa misma, debe prohibirse absolutamente toda mentira y toda excitación. ¿No es evidente que una tal disposición de espíritu y de voluntad reacciona eficazmente contra el clima de guerra? Desde el momento, por el contrario, en que la pretendida opinión pública es dictada, impuesta de grado o por fuerza; desde que las mentiras, los prejuicios parciales, los artificios de estilo, los efectos de voz y de gesto, la explotación del sentimiento vienen a hacer ilusorio el justo derecho de los hombres a su propio juicio y a sus propias convicciones, se crea una atmósfera pesada, malsana y ficticia, que en el curso de los acontecimientos, cuando menos se espera (tan fatalmente como los odiosos procedimientos químicos, hoy demasiado conocidos), sofoca o adormece a los hombres y les obliga a exponer sus bienes y su sangre por la defensa y el triunfo de una causa falsa e injusta. En verdad, allí donde la opinión pública deja de funcionar libremente, allí está en peligro la paz.

La opinión pública en el seno de la misma Iglesia católica

Finalmente queríamos todavía añadir una palabra referente a la opinión pública en el seno mismo de la Iglesia (naturalmente, en las materias que pueden ser objeto de libre discusión): no tienen por qué admirarse de esto sino aquellos que no conocen la Iglesia o que la conocen mal. Porque ella, después de todo, es un cuerpo vivo y le faltaría algo a su vida si la opinión pública le faltase. Esta falta provocaría censuras sobre los pastores y sobre los fieles. Pero también aquí la prensa católica puede servir con gran utilidad.

A. C. N. de P. ha publicado los siguientes trabajos sobre la prensa:

Proyecto de contrato colectivo de trabajo por el Círculo de Periodismo Balmes. (Boletín núm. 20, pág. 4, 20-4-26.)

Ponencia que presentan al Círculo Balmes los señores González Ruiz y Siso Cervero sobre "Omisiones ilícitas". (Boletín núm. 21, pág. 4, 20-5-26.)

La prensa vienesa. (Boletín número 24, págs. 2-3, 20-8-26.)

Un capítulo para la ley de Prensa. (Boletín núm. 24, pág. 4, 20-8-26.)

Los secretarios, la prensa, la radio y el cine. (Boletín núm. 424, pág. 7, 1-12-48.)

Palabras del Presidente sobre prensa. (Boletín núm. 484, pág. 3, 1-10-1951.)

Discurso de Fernando Martín-Sánchez en las bodas de oro de "La Gaceta del Norte". (Boletín núm. 487, pág. 5, 15-11-1951.)

Principios morales, políticos y económicos que deben inspirar una ley de Prensa. (Boletín núm. 503, pág. 1, 1-8-1952.)

A este servicio, sin embargo, más que a cualquier otro, el periodista debe aportar aquel carácter del que Nos hemos hablado y que está hecho de inalterable respeto y de amor profundo hacia el orden divino; es decir, en el caso presente, hacia la Iglesia, tal como ella es no solamente en los designios eternos, sino tal como vive concretamente en el mundo, en el espacio y en el tiempo; divina, sí; pero formada por miembros y por órganos humanos.

Si el publicista católico tiene este carácter, sabrá guardarse tanto de un servilismo mudo como de una crítica sin control. Ayudará con claridad firme a la formación de una opinión católica en la Iglesia, precisamente cuando, como ahora, esta opinión oscila entre los dos polos, igualmente peligrosos, de un espiritualismo ilusorio e irreal y de un realismo derrotista y materializado. La prensa católica, lejos de estos dos extremos, habrá de ejercer entre los fieles su influencia sobre la opinión pública en la Iglesia. Solamente así conseguirá eludir todas las ideas falsas, por exceso o por defecto, sobre la función y las posibilidades de la Iglesia en el dominio temporal y, en nuestros días, sobre todo, en la cuestión social y el problema de la paz.

Evocación de los grandes periodistas y de los periodistas mártires

No hemos de acabar sin dirigir nuestro pensamiento hacia tantos hombres verdaderamente grandes, honor y gloria del periodismo y de la prensa católica de los tiempos modernos. Hace más de un siglo que se alzan ante nosotros como modelo de actividad espiritual. Más todavía: desde sus filas se han levantado hoy verdaderos mártires de la buena causa, confesores valerosos en medio de las dificultades espirituales y temporales de la existencia. Bendita sea su memoria. Que su recuerdo os sirva de consuelo y de aliento para el cumplimiento de vuestro deber trabajado, pero importante.

Confianza que a ejemplo suyo cumpliréis fiel y fructuosamente el vuestro, os damos de todo corazón, amados hijos, nuestra bendición apostólica."

I) Discurso del 10 de noviembre de 1951 a los participantes en la Asamblea Internacional de la Prensa Deportiva

"Vuestra visita, señores, nos es muy agradable y os damos por ella las gracias. Esperáis, ya lo sabemos, algunas palabras nuestras, conociendo, por las pruebas que de ello os hemos dado en anteriores ocasiones, el interés que prestamos al deporte y a la prensa. Y he aquí que venís a Nos con el doble título del deporte y de la prensa, o más bien, con el único y comprensivo título de la prensa deportiva.

En efecto: como periodistas, asumís la tarea de informar, y, lo que es incomparablemente más importante, de formar la opinión; pero en la esfera de vuestra especialidad, de informarla y de formarla en todo lo que concierne al deporte. Lo bien que esto nos parece lo hemos dicho expresamente al dirigirnos a los representantes de todos los campos, tan diversos, de la cultura corporal: marcha y carrera, ciclismo, atletismo, etc. Hemos insistido sobre sus felices efectos físicos, morales, intelectuales. Pero tampoco hemos disimulado sus escollos y sus peligros.

Sin embargo, no se podrían esperar de

estos avisos y de estos consejos efectos prácticos y duraderos si en todo el conjunto de la cuestión no fueran comprendidos, apreciados y apoyados por la opinión pública. Es precisamente a aguljonearla por la ruta conveniente a lo que debe tender vuestro esfuerzo y donde se muestre la dignidad de vuestra profesión. No os consideréis, en efecto, señores—estamos convencidos de ello—como simples reporteros, exclusivamente encargados de anunciar los partidos y los encuentros, de marcar sus tantos y de proclamar sus vencedores; de hacer por decirlo así, de este reportaje superficial un género literario "sui generis", por el colorido chulón del esbozo, por la vivacidad pintoresca de la narración y de la descripción, por la variedad, a veces feliz—no siempre—, frecuentemente audaz y aun forzada del vocabulario técnico, intelectual solo a los iniciados.

Influencia de la prensa deportiva

Vosotros pensáis más bien en la influencia que podéis ejercer y que de hecho ejercéis, y es en este aspecto donde sentís comprometida vuestra responsabilidad.

La primera condición para conseguir vuestro fin es tener en el fondo de vosotros mismos y manifestar públicamente, con vuestra convicción persuasiva, una sincera estima del deporte; explicar sus ventajas, sus verdaderos méritos, su verdadero valor, y hacerlo con esa sobria discreción, mil veces más elocuente y más poderosa que los fatigosos razonamientos o que los ditirambos líricos. No faltan ocasiones para una breve reflexión al comenzar o al terminar, y mejor aún, las ocasiones de una simple palabra que aprovecha al vuelo un incidente fugitivo, un gesto, una actitud. A quien sabe observarlos, estos incidentes, más rápidos que el rayo, le descubren un carácter, una inteligencia, un alma con sus cualidades no solamente técnicas, sino espirituales y morales. A veces basta para evidenciar el valor y las promesas del porvenir de un adolescente o de un joven. Subrayarlas de paso es provocar delicadamente la emulación, el deseo de cultivar los dones naturales innatos, tanto los que son comunes de todos como los que son absolutamente personales: la lealtad del "fair play", la dureza, la atención de los senti-

dos y del espíritu; el valor, tanto moral como deportivo; el espíritu de equipo, pero extendido a toda sociedad de la que se es miembro: familia, profesión, pueblo y patria y, en fin, a la sociedad suprema en este mundo: la Iglesia. Faltar a los deberes familiares, sociales, religiosos por debilidad, por burla, por vergüenza, he ahí cosas esencialmente antideportivas.

Y hemos llegado a la segunda condición que tenéis que llenar si queréis ejercer correcta y exactamente los deberes de vuestra profesión de periodistas deportivos, condición cuyo cumplimiento se impone a vuestra responsabilidad; queremos decir: empeñaros en hacer que el deporte, tanto en la vida privada como en la vida pública, ocupe el lugar que le corresponde y se atenga en él a la medida que le asignan la dignidad del hombre, sus deberes superiores y el bien común. Aquí resumimos en los cuatro principios que siguen lo que en otras ocasiones hemos tratado en detalle:

1.º Lo mismo que no debe serlo el cuidado del cuerpo en general, el deporte no debe ser un fin en sí, no debe degenerar en culto de la materia. Está al servicio del hombre entero; debe, pues, lejos de impedir su perfeccionamiento espiritual y moral, promoverlo, ayudarlo y favorecerlo.

2.º En cuanto a la actividad profesional, trabajo intelectual o trabajo manual, el deporte tiene por fin procurar una relajación para permitir volver a la tarea con un vigor renovado de voluntad y con los resortes reparados. Sería un contrasentido, y a la larga resultaría víctima el bien común, si, contra toda razón, el deporte viniese a ocupar el primer lugar en las ocupaciones personales, de forma que el ejercicio de la profesión o del oficio terminase por dar la impresión de una desdeñada interrupción en el negocio principal de la vida.

3.º El deporte no debería comprometer la intimidad entre los esposos ni las santas alegrías de la vida familiar. Tanto menos debe extremar sus exigencias cuanto que las duras necesidades de la existencia, al dispersar forzosamente al padre, madre, hijos e hijas para el trabajo cotidiano, hacen ya sentir demasiado su peso. La vida de familia es tan preciosa, que no se puede negar uno a asegurarse esta protección.

4.º El mismo principio vale, con mayor razón y todavía con una mayor importancia, cuando se trata de los debe-

res religiosos. En el día de domingo, a Dios el primer puesto.

Esparcimiento dominical

Por lo demás, la Iglesia comprende perfectamente la necesidad que el hombre de la ciudad tiene de salir el domingo; así sonríen placenteramente a la vista de la familia padres e hijos, que toman juntos entonces su recreo y su alegría en la gran naturaleza de Dios, y faculta con mucho gusto, en cuanto a tiempo y lugar, la oportunidad deseada para el servicio divino. No prohíbe el deporte dominical y hasta lo considera con benevolencia, con la condición de que siempre se tenga en cuenta que el domingo sigue siendo el día del Señor y el día del descanso corporal y espiritual.

Tales son las directrices que deseamos presentaros, y os pedimos que tengáis cuenta de ellas a su debido tiempo. No os parecerán demasiado severas si conserváis presentes en el espíritu el deber sagrado del culto divino, el inestimable valor moral y social de la familia sana y el bien de la juventud.

El deporte y San Pablo

Como en otra ocasión dijimos, en una de nuestras alocuciones sobre el deporte (Pentecostés 1945), tenéis en este terreno un portaestandarte, un modelo, podríamos decir un "patrón" en el mismo glorioso San Pablo, que, recordando en algunos pasajes de sus cartas las reglas y el espíritu del deporte, se eleva desde ahí a su significación más alta y espiritual. "¿No lo sabíais?, escribe a los cristianos de Corinto. En los juegos del estadio todos toman parte en la carrera, pero uno solo se lleva el premio. Corred, pues, para ganaroslo. Los atletas se someten a un régimen muy riguroso, y esto por una corona que pronto se marchita; nosotros, por una corona imperecedera. En cuanto a mí, corro lo mejor que puedo, pero no a la aventura; golpeo, pero no el aire; domino severamente mi cuerpo para no correr el riesgo, después de haber predicado a los demás, de ser yo mismo reprobado" (1 Cor., 9, 25). Os dejamos considerando estas palabras, señores, y pedimos al gran apóstol de los gentiles que os obtenga de Dios el arte de promover la magnífica función del deporte, que es, según el adagio clásico, hacer de los cuerpos sanos y vigorosos envoltura de almas bellas y fuertes."

NUMEROS ESPECIALES DE A. C. N. DE P.

(REEDICION DE NUMEROS AGOTADOS)

SE HA PUBLICADO EL PRIMER NUMERO, en el que se recogen los distintos trabajos aparecidos en la colección de A. C. N. DE P. sobre

LA AUTORIDAD CIVIL

SUCESIVAMENTE APARECERAN tres números especiales, que se encuentran en prensa, sobre

LA PERSONALIDAD HUMANA -- LA ORDENACION CRISTIANA DE LOS ESTADOS -- EL ORDEN MORAL EN LA SOCIEDAD INTERNACIONAL

MAS DE 50 TRABAJOS, CON UN TOTAL DE 200 PAGINAS

PRECIO DEL EJEMPLAR SUELTO, 20 PESETAS

SUSCRIPCION A LOS CUATRO NUMEROS, 60 PESETAS

Pedidos, a A. C. N. de P. — Alfonso XI, 4, 5.º izquierda